Adella Brac

El don de HAZIEL

El don de Haziel

Adella Brac

Título: El don de Haziel
Autora: Adella Brac

© del texto, Adella Brac, 2018
©diseño de portada, David Orell, 2018. Sobre fotografía de ©katyandgeorge en Pixabay.

Primera edición: marzo de 2018
(basado en una historia corta de 2011)

Todos los derechos reservados.
Queda prohibida, la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio electrónico o mecánico sin autorización por escrito del autor, además de cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual.
La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

A mis padres, cumpliendo una antigua promesa.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

SEGUNDA PARTE

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

«Si te estás levantando ahora, con la voz de Pablo Alborán, nada puede salir mal».

Lola subió el volumen de la radio mientras esperaba para incorporarse al tráfico en la glorieta. Una ambulancia pasó a gran velocidad. «Díselo a él», pensó, y en un gesto mecánico llevó su mano derecha hacia la cicatriz que tenía detrás del cuello.

Los recuerdos del día en que había estado a punto de morir volvieron en rápida sucesión. Imágenes construidas a través del relato, mil veces contado, de su abuela y de un puñado de sensaciones.

Iban caminando por la calle cuando se encontraron con una vecina, su abuela se paró a saludarla. Ella se agachó para observar de cerca el movimiento de un escarabajo. Un reflejo en un escaparate le hizo fijarse en una tienda de material de pintura que estaba en la acera de enfrente, se soltó de su mano, cruzó corriendo y un coche la embistió, lanzándola siete metros por el aire.

Acarició la suave cicatriz y se dejó atrapar en la corriente de sus pensamientos.

Una mano fuerte, el movimiento mecánico de unas patas negras, un rayo de sol en un cristal y un chirrido de frenos. Una piel áspera, un caparazón, correr hacia la luz y una profunda oscuridad. Seguridad, curiosidad, impulso y…

Un claxon la sacó del bucle, hizo una peineta por el espejo retrovisor y aceleró.

Cuando llegó a la oficina todo el mundo estaba trabajando. Pulsó el botón de encendido de su ordenador y colgó el bolso en el respaldo de la silla. Su jefe salió del despacho mientras se estaba acomodando.

—¡Lola!

Ella dio un respingo e intentó fingir que llevaba media hora trabajando. Ya le habían llamado la atención dos veces ese mes por llegar tarde.

—Dígame, «don» Emilio. —Disfrutó pronunciando ese don con remilgo.

—¡A mi despacho ahora mismo! —dijo, y le lanzó una mirada de censura antes de desaparecer tras la puerta.

Lola se levantó y atravesó la oficina con dignidad, ignorando las miradas de satisfacción de los demás.

Al entrar en el despacho, la puerta rozó la alfombra. Seguramente los de la tintorería no la habían ajustado bien la última vez que la colocaron.

Evitó concentrarse en las tramas del tejido, le recordaban demasiado a las veces que había jugado sobre ella siendo pequeña, dibujando esas líneas una y otra vez, en patrones infinitos, cuando sus padres y Emilio eran amigos.

Aquellos recuerdos pertenecían a un mundo que no existía. Ella ya no era una niña que perdía el tiempo con lápices de colores y sus padres ya no eran amigos de nadie.

Cerró la puerta tras de sí.

—Lola, te presento a Alicia Fernández, nuestra nueva becaria.

La muchacha le sonrió con timidez. Aparentaba tener no más de veinte años y llevaba un vestido vaquero tan ajustado que era insultante lo bien que le quedaba. Desprendía una pestilencia de colonia barata que lo impregnaba todo.

—Va a estar con nosotros tres meses. La dejo a tu cargo, enséñale lo que sabes.

—Ven, guapa —sonó justo como pretendía, lo supo por el gesto de desaprobación de Emilio.

Lola se giró, abrió la puerta y tomó una bocanada de aire al salir. Se dirigió a su mesa sin comprobar si la chica la seguía.

Cerca de su puesto había otro libre, le indicó por señas a Alicia que se sentara y fue a buscar unos documentos.

Al regresar, la muchacha seguía de pie.

—¿Qué pasa?

—Este sitio está ocupado.

Alguien había dejado un bolso encima de la silla. Lola lo cogió y lo dejó en el suelo con brusquedad, con la misma rudeza colocó un montón de papeles delante de Alicia.

—Te presento a mis amigas las facturas. —la muchacha se dejó caer en la silla y la miró desolada. Era justo lo que Lola había esperado—. Te enseñaré a clasificarlas —dijo sonriendo satisfecha.

A media mañana, Lola se levantó, se desperezó y sacó de su bolso la manzana que había traído.

Fue caminando despacio hacia la sala de descanso mordisqueando la fruta.

Entró sin saludar a nadie y se dirigió hacia la ventana buscando algo de luz. Su mesa estaba en el rincón más oscuro de la oficina y apenas veía el cielo.

Ahora estaba despejado. Había estado lloviendo toda la mañana, la típica tormenta de verano, y el aire debía tener ese punto limpio que queda en la ciudad después de la lluvia.

No podía más que suponerlo, porque en la oficina era misión imposible abrir una ventana. Los cristales no tenían manillas, así que había que pedir permiso a Reme, que era quien custodiaba la única llave. Antiguamente había una en cada mesa, pero con los años se habían ido perdiendo.

En realidad, era como si no hubiese ninguna, pues Reme nunca quería que se abriesen las ventanas, ni en invierno ni en verano, decía que el aire exterior estaba contaminado y que al tener aire acondicionado era ilógico abrirlas.

Cuando estaba acabándose la manzana, Alicia se le acercó.

—Todavía estoy en mi tiempo de descanso —y mirando el reloj, añadió—, no me hables hasta dentro de diez minutos.

Alicia se marchó azorada, mascullando una disculpa. Había dos mujeres al lado de la máquina de café que miraron a Lola con desprecio y salieron también. Ella las ignoró y decidió aprovechar que se había quedado sola para llamar a Andrés.

Era jueves, llevaba ignorando sus mensajes desde el domingo, así que probablemente estuviese cabreado, tendría que camelárselo si quería que calentara su cama el fin de semana.

Sabía que él estaba trabajando y lo interrumpiría con su llamada, pero le dio igual, de todas formas tenía que hacer tiempo hasta agotar su pausa.

De regreso a su sitio se encontró a Alicia mirando la pared, no quedaba ni una sola factura en su mesa.

—¿Has acabado? —preguntó, incrédula.

Una sonrisa orgullosa anticipó la respuesta de Alicia.

—Sí.

—Esa era la tarea para toda la mañana. Si eres demasiado eficiente haces quedar mal al resto. —De las mesas más cercanas,

las que podían oír con claridad la conversación, surgieron unos carraspeos. Lola los ignoró y le entregó otro montón de papeles—. Sigue con estas. ¡Y trabaja más despacio!

—De acuerdo, perdona.

Con un bufido, Lola regresó a su mesa y se puso a revisar el correo electrónico.

No se dio cuenta de lo rápido que había pasado la mañana hasta que Alicia vino a su mesa a despedirse. Su jornada de becaria terminaba a las dos, hora a la que toda la oficina salía a comer.

Lola y Emilio eran los únicos que se quedaban. Él solía comer en su despacho y continuaba hasta el cierre. Ella había pactado horario continuado cuando la contrataron y salía a las cuatro.

A Lola le gustaba la tranquilidad de la oficina al mediodía. Siempre dejaba para última hora las tareas más complejas, así podía concentrarse sin tener que estar escuchando molestos ruidos de fondo.

A las cuatro menos cinco dio por finalizada su jornada y dedicó esos últimos minutos a apagar el ordenador y ordenar su mesa.

Al salir pasó por delante del despacho de Emilio. Tenía la puerta abierta, así que dio dos golpes con los nudillos en el marco a modo de despedida.

Él levantó la vista de la pantalla de su ordenador y le hizo un gesto con la cabeza.

El resto del personal estaba regresando cuando ella salía con las llaves del coche en la mano.

En la calle, la luz se había suavizado. Unas nubes blancas tapaban el sol y ella lo agradeció, ya que el contraste de luz al salir de la oficina siempre le hacía daño.

Subió al coche, arrancó y se dirigió a casa. Sus movimientos eran mecánicos, el camino le resultaba tan familiar que podría llegar conduciendo con los ojos cerrados.

Eso es lo que estaba pensando segundos antes de incorporarse al tráfico en la rotonda, cuando las nubes se retiraron y el sol la deslumbró. Justo antes de sentir el impacto y volverse todo negro.

Capítulo 2

Abrió los ojos y solo vio oscuridad. Parpadeó varias veces, preocupada.

Cuando estaba empezando a temer que se hubiera quedado ciega, comenzó a distinguir formas a su alrededor.

Estaba en una habitación de hospital, tenía varios tubos conectados a su cuerpo y sentía como si el cráneo le fuera a estallar.

El sonido de la puerta al abrirse le hizo girar la cabeza. Al momento se dio cuenta de su error pues un latigazo de dolor le subió por el cuello y la dejó mareada.

—Buenos días, soy el doctor Díaz, ¿qué tal se encuentra?

Era un hombre de mediana edad, con una sonrisa afable. Su pelo canoso y peinado a la perfección le daba un aspecto muy atractivo. Estaba rodeado por completo por una luz brillante que irradiaba unos centímetros de su cuerpo y se extinguía difuminándose.

Mientras esperaba su contestación, empezó a desconectarle cosas hasta dejarle solo la bolsa del suero.

—Estoy… mareada…

—Es normal, ha sufrido un fuerte traumatismo. Tiene un pequeño coágulo, pero creemos que se reabsorberá solo. En apariencia, ninguna función cerebral se ha visto afectada. Esperamos que pronto pueda irse a casa.

Lola no dejaba de mirar el halo de luz que rodeaba al doctor, fluctuaba como si fuese algo vivo.

—La dejo descansar, si necesita cualquier cosa, no dude en llamar.

Señaló un timbre rojo situado en la cabecera de la cama y se dio la vuelta hacia la puerta con una sonrisa. Lola le dio las gracias un segundo antes de que saliese.

Giró la cabeza hacia la ventana, esta vez con lentitud. No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente ni qué hora era. La ventana enmarcaba un pedazo de cielo azul sin nubes. Se hundió en la almohada y desenfocó la vista intentando no pensar.

Un poco más tarde recibió una visita, Andrés entró sonriendo con un ramo de rosas rojas.

—Hola, guapa, ¿cómo estás?

Lola susurró su respuesta sin poder apartar los ojos del halo de luz que rodeaba su silueta. Se comportaba como el del doctor, aunque era menos brillante y de color naranja. Lo que antes había pensado que era debido al mareo, ahora parecía una alucinación.

—¿Seguro que estás bien? —Andrés la miraba preocupado—. Pareces…

—Estoy bien, solo un poco confusa.

—Normal. Has estado cinco horas inconsciente.

—¿Qué haces aquí? Me refiero a, ¿quién te ha avisado?

—Me ha llamado tu jefe. Mira, te he traído flores.

Lola miró el ramo con indiferencia. Con esos detalles, Andrés le demostraba lo poco que la conocía. Siempre había detestado los ramos. Las flores cortadas eran para ella cosas muertas. Y esa sensación se había convertido en odio tras el funeral de su abuela. El recuerdo de un ataúd cubierto de azucenas blancas volvió a su memoria durante unos segundos.

Se esforzó en alejarlo con rapidez y cuando volvió la vista hacia él, se dio cuenta de que Andrés seguía hablando.

Se acomodó sobre la almohada fingiendo atención.

Al cabo de un rato le pidió ayuda para levantarse. Puso como excusa que tenía que ir al servicio, aunque la verdad era que necesitaba un momento de silencio. La luz que lo rodeaba y su incesante charla estaban provocándole dolor de cabeza.

Él la acompañó hasta la puerta, así que le dio las gracias, entró y cerró con rapidez antes de que se le ocurriera pasar con ella.

Se quedó frente al espejo. No tenía tan mala cara como había imaginado. Estaba más pálida de lo habitual, eso definía un poco más sus rasgos, ya de por sí rotundos.

Su pelo rizado estaba alborotado en la nuca y sobrepasaba con creces la altura de los hombros, cayendo sobre su espalda. Peinó con los dedos los mechones de las sienes y al recoger la melena hacia atrás, unos cabellos blancos surgieron entre los negros. Tendría que pensar en empezar a teñirse.

Andrés la llamó preocupado desde el otro lado de la puerta.

—¡Estoy bien! —aseguró.

Suspiró y se dispuso a salir.

Cuando estuvo de nuevo acomodada en la cama, Andrés

empezó a hablar otra vez. Lola asentía, sumida en sus pensamientos, y echaba furtivas miradas a su extraña silueta luminosa.

La luz que se colaba en la habitación había declinado cuando una enfermera entró con una pequeña bandeja. Al ver a Andrés, le lanzó una mirada severa.

—La hora de visitas ha terminado. Hace un buen rato.

—¡Vaya! —dijo sorprendido mirando el reloj—. No me había dado cuenta de que era tan tarde. —Le dio un beso en la frente que le recordó a los que le daba su padre cuando era pequeña—. Descansa, ¿vale? —añadió, abandonando la habitación y llevándose su estela con él.

Lola se centró tanto en el comportamiento de esa extraña luz que apenas le dio tiempo a despedirse.

—Gracias —dijo, pero él ya había cerrado la puerta—. Estoy un poco lenta de reflejos…

—¿Cómo dice?

La enfermera estaba inyectando el contenido de una jeringuilla en la vía que Lola tenía insertada en la muñeca izquierda. Ella también tenía una luz rodeándola, era más oscura que las anteriores, de un tono morado.

—Nada… —contestó.

—Debería intentar dormir un poco. Tiene que descansar.

—Será eso.

A la mañana siguiente todo parecía más real. Se sentía bastante bien y animada. Estaba segura de que el día anterior había estado sufriendo alucinaciones, ahora lo veía claro.

Encendió la televisión y comenzó a cambiar con rapidez de canal buscando alguno de música. Andrés le había traído el bolso rescatado del coche. El teléfono móvil estaba intacto, aunque apenas le quedaba batería. Por suerte, ella siempre llevaba un cargador.

Tenía varias llamadas de Emilio. Supuso que el personal sanitario lo había avisado a él porque lo tenía marcado como contacto de emergencia. Pulsó el botón de llamada y él contestó al segundo tono.

—¡Lola! ¿Cómo estás? ¿Ha ido ese novio tuyo por ahí? —Su

voz sonaba susurrante y un poco acelerada—. Estoy acorralado aquí con los jefazos, va a ser imposible que me pueda escapar antes de mediodía, pero luego iré a verte, ¡prometido!

—No es mi novio, y no te preocupes, estoy bien.

—Dejaré de preocuparme cuando pueda comprobar eso con mis propios ojos. —Lola escuchó un ruido de sillas de fondo—. Tengo que dejarte, luego te veo.

—Vale, tran…

El sonido de la línea vacía interrumpió sus palabras. Suspiró y guardó el móvil en el bolso.

Su pedazo particular de cielo mostraba otro día azul brillante. Quizás hoy le quitasen el suero.

Seguro que pronto le darían el alta y volvería a dormir en su cama, mucho más cómoda que el duro colchón del hospital, con su colcha de arco iris y sus sábanas naranjas, nada que ver con los blancos y acartonados pedazos de tela con el logotipo del hospital.

«Todo va a ir bien», se dijo.

Y todo iba bien hasta que entró de nuevo la enfermera de la noche anterior y comprobó que seguía luciendo a su alrededor la misma luz, aunque un poco más debilitada.

Lola intentó no mirarla demasiado, fingir que no pasaba nada. La enfermera apenas habló, con lo que le resultó fácil ignorarla.

En algún momento de la mañana hubo un cambio de turno y apareció otra enfermera con otro halo. Este era de color amarillo, tan brillante como el del doctor y Lola no pudo obviarla, pues la enfermera se estaba interesando amablemente por su estado.

Suspiró con alivio cuando salió de la habitación, cogió el móvil y entró en *Twitter* a perder el tiempo un rato.

Fue interrumpida en tres ocasiones. Dos de ellas por la enfermera amable, y la tercera, por una familia completa que se había equivocado de habitación.

Salieron apresuradamente, todos pidiendo disculpas; el padre, la madre y dos adolescentes, los cuatro rodeados de siluetas de luz de diversos colores y brillos.

No podía seguir obviándolo, así que cuando apareció de nuevo el doctor Díaz y le preguntó cómo se encontraba, decidió contárselo.

—Bien, pero me pasa algo raro.

—Dígame, ¿qué le sucede?

—Veo luces.

—¿Qué tipo de luces?

—Luces alrededor de las personas.

—¿Solo de las personas? ¿No en general? —Lola asentía en silencio—. Bueno, vamos a hacerle algunas pruebas complementarias. Los resultados se retrasarán un poco. En cuanto los tenga, si todo es correcto, podrá irse a casa.

—Gracias, Doctor.

—Mañana volveré a verla. Mientras tanto, descanse.

El resto del día pasó con lentitud, hasta que la llevaron un par de plantas abajo para hacerle un TAC. Lola pensaba que era lo único que la había distraído un poco y también, que era bastante triste llegar a considerar una prueba médica una distracción.

Siguió viendo luces alrededor de todas y cada una de las personas con las que se encontró, aunque confiaba en que las pruebas le dieran alguna explicación razonable.

El hecho de que el doctor Díaz creyera que el origen de las luces podía ser detectado mediante tecnología, que no había nada descolocado dentro de su cabeza, le daba bastantes esperanzas.

A última hora de la tarde, Emilio apareció en su puerta con una caja enorme de bombones.

Un halo de luz verde intenso lo rodeaba por completo, pero ella fingió que no estaba ahí para poder concentrarse en la conversación.

—¡Hola, pequeña! ¿Cómo te encuentras?

Lola no pudo evitar sonreír.

—¿No habíamos quedado en que no me llamarías más así? —Él le dio un beso en la mejilla izquierda—. Estoy bien, de verdad.

—Eso solo es en el trabajo, ahora no soy tu jefe. —La observó con atención—. Sí, no tienes demasiada mala pinta.

—¡Gracias, hombre!

El gesto de él se ensombreció.

—Lo siento, me ha sido imposible contactar con tus padres, deben de estar en una zona sin cobertura.

Lola torció la boca y levantó un hombro restándole importancia. Hacía tiempo que había aprendido que era mejor no esperar nada de ellos.

—¿Qué tal los niños? —preguntó para aplacar la tristeza.

—¿Los niños? —rio Emilio—. Creo que hace demasiado tiempo que no te pasas por casa.

—Es verdad. Habrá que ponerle remedio —prometió ella—. Cuéntame.

Los niños de Emilio eran dos gemelos morenos, altos y fuertes que estaban a punto de entrar en la universidad. Ambos recordaron esa época de sus propias vidas con nostalgia y agotaron el tiempo

de visitas contándose anécdotas.

Tras la salida de su jefe, el pasillo se inundó de olor a comida. Lola miró la bolsa de suero y deseó poder cambiarla por algo sólido, aunque fuese un insípido puré de hospital.

Se quedó observando la puerta, con la esperanza de que entrase alguien, pero no sucedió.

A la mañana siguiente le quitaron el suero, por fin le iban a traer comida de verdad.

El menú era un tanto pobre; café con leche y galletas insípidas, pero no se quejó.

Estaba a la mitad del café cuando entró la enfermera amable con un vaso de plástico y dos pastillas. La silueta que la rodeaba brillaba como el sol del amanecer.

—¿Qué tal se encuentra hoy?

—Bien, ¿y usted? —preguntó sabiendo la respuesta.

—Muy bien. —El brillo se le reflejaba en los ojos.

—Se nota, está usted resplandeciente.

—Gracias. Por cierto, me llamo Ana.

—Lola.

—Lo sé. —Y con un guiño salió de la habitación.

Al haberle traído el desayuno Lola interpretó que estaba abierta la veda al chocolate, así que durante la mañana fue dando cuenta de la caja de bombones que le había traído Emilio.

«Carpe diem», pensó. «Mañana podría estar muerta», y se echó a reír.

Por la tarde recibió una llamada de sus padres.

—Cariño, nos acabamos de enterar, Emilio nos ha llamado. Ha dicho que tu novio estaba cuidándote.

—No es mi novio.

Trató de tranquilizar alternativamente a sus padres según se iban pasando el teléfono.

—Estoy bien, papá… No ha sido para tanto, de verdad... No hace falta que vengáis a verme, mamá… Por cierto, ¿dónde estáis ahora?

Desde que sus padres se habían jubilado se dedicaban a recorrer el mundo en una autocaravana.

—Estamos en Atenas, te encantaría esto.

Fue un error haber preguntado, tuvo que escuchar cuarenta y cinco minutos de relato pormenorizado sobre todo lo que habían visto en la ciudad.

Lola estuvo catorce días en el hospital, lo sabía con precisión porque habían sido los catorce días más aburridos de su vida.

Tras la visita de Andrés no supo más de él hasta la siguiente semana, cuando llamó por teléfono diciendo que no podía acercarse a verla porque algo había pasado en su trabajo y todos los días se quedaba a hacer horas extras hasta tarde. Le aseguró, sin embargo, que estaría disponible para llevarla a casa cuando le diesen el alta.

A Emilio lo habían enviado fuera del país a una reunión no prevista, así que tampoco pudo volver a visitarla.

Se sentía demasiado débil para ser sarcástica y la enfermera del halo amarillo parecía tan feliz y era tan amable, que se sorprendió respondiéndole con la misma amabilidad.

El doctor Díaz venía cada día. Su presencia siempre la reconfortaba. Ellos dos eran las únicas personas que rompían un poco su monotonía.

El tercer viernes que pasó en el hospital, llegaron por fin los resultados del TAC. Ana le había dicho que el doctor pasaría a verla a las doce.

Cinco minutos antes de la hora, se sentó en la cama y estiró las sábanas.

Estaba tranquila y casi feliz, pero al abrirse la puerta se le congeló la sonrisa, el médico que entró no era el doctor Díaz, sino un hombre bajito, casi calvo, muy delgado, con una expresión sombría y un halo de color violeta oscuro.

—¿Dolores Mosteiro Santamaría?

—Sí.

—Soy el doctor Sierra. ¿Qué tal se encuentra?

Lola pensó que hasta el nombre era tétrico. Con un apellido así debería haberse buscado otra profesión.

—Bien. ¿No viene el doctor Díaz?

—Está de baja.

—Vaya... ¿Es grave?

—No estoy autorizado a informar de eso. —Su tono era seco—. Tenemos los resultados de las pruebas complementarias que le hicieron porque... —Leyó el informe con atención—. ¿Ve luces alrededor de las personas?

Dicho por él sonaba realmente mal.

—Sí. —Casi ni se atrevía a contestar—. El doctor Díaz...

—Mire, está usted perfectamente, no es necesario hacerle más pruebas, le voy a dar el alta. Le aconsejo que descanse un par de

días y si sigue viendo luces, póngase en contacto con un psiquiatra. A menudo pasar por una experiencia como la suya trastorna a la gente.

Lola se quedó tan bloqueada que ni siquiera se despidió cuando el doctor Sierra salió de la habitación.

No sabía si las visiones desaparecerían con un par de días de reposo, de lo que sí estaba segura, es de que no iba a volver a hablar de ello con nadie.

Nunca.

Capítulo 3

Se suponía que Andrés iba a venir a recogerla para llevarla a casa. Lola ya estaba preparada cuando la llamó por teléfono con mil excusas más sobre el trabajo a las que ella apenas prestó atención.

Salió de la habitación sintiéndose aliviada, no tenía ganas de aguantar otra de sus conversaciones insustanciales. ¿Cuánto tiempo llevaba tonteando con él? Iba siendo hora de cortar por lo sano.

Al pasar por el puesto de enfermeras, de camino a los ascensores, una mujer se giró hacia ella.

—Lola, ¿no ha venido nadie a buscarte?

—¡Ana! —La reconoció por la luz que la rodeaba—. Casi no te reconozco sin el uniforme.

—Iba a salir ahora mismo. Cambio de turno —aclaró sonriendo —. ¿Compartimos taxi?

—¡Sí, claro!

Lola empezó a darle vueltas a una pregunta. Cuando se encontraron dentro del ascensor, se atrevió a hacerla.

—No quiero ser indiscreta pero, ¿sabes qué le ocurre al doctor Díaz?

El halo que la rodeaba palideció al mismo tiempo que su sonrisa se ensombrecía.

—Tiene cáncer.

—¿Está…?

—Terminal.

—Vaya.

Eran pocos metros cuadrados para un silencio tan denso y el aire fresco que entró al abrirse las puertas en la planta baja le pareció reconstituyente.

—Siempre me olvido de que los doctores no son inmunes a las enfermedades.

—Unos se van y otros llegan —se acarició el vientre apenas abultado con una sonrisa triste dibujada en la boca—. Se llamará Alejandro.

—¡Vaya! ¡Enhorabuena! —dijo Lola sonriendo—. Es mi nombre favorito.

Mientras la enfermera subía al taxi, ella agitó la cabeza sorprendida al darse cuenta de que no había tenido que fingir, se

alegraba por Ana de verdad.

La sensación le resultó muy extraña, como volver a descubrir un sabor que había olvidado.

Al llegar a casa tenía un mensaje en el contestador. «Lola, soy papá. Ya he arreglado todo con el seguro. Tienes el coche reparado en el taller de Santiago».

Lo borró al momento. Ojalá su vida le preocupase tanto como el coche. Se dejó caer en el sofá, suspirando.

Debería llamarlo para darle las gracias, pero no tenía energía suficiente. Se acomodó, cerró los ojos y se quedó dormida.

Al día siguiente se despertó temprano y hambrienta, con la sensación de no haber descansado del todo bien.

Se dirigió a la cocina dispuesta a darse la bienvenida a casa con un gran desayuno, pero la realidad tenía otros planes; el pan de molde estaba mohoso y no quedaban galletas.

Al abrir la nevera se encontró un paisaje descorazonador. Después de tantos días de ausencia, la mitad de lo que guardaba ahí estaba estropeado. Pudo rescatar un yogur que había caducado el día anterior. Lo abrió, lo olfateó y probó una cucharada con cautela.

Sabía bien, así que se lo comió de pie mientras hacía mentalmente la lista de la compra.

No tenía más remedio que salir. Como ya estaba vestida, cogió el bolso, ató sus rizos en un moño rápido y se dirigió al supermercado que le quedaba más cerca.

Llegó al portal sin cruzarse con ningún vecino. Como era sábado y temprano, esperaba que muchos estuviesen durmiendo. Se beneficiaría de la pereza de la gente, el local estaría vacío.

Una vez en la calle se encontró con pocas personas. Algunos perros que paseaban a sus dueños y un jubilado que caminaba despacio con una barra de pan en la mano.

Notó que todas las personas que veía estaban rodeadas de luz,

y decidió dejar de fijarse. Estaba dispuesta a ignorarlo hasta que desapareciese.

En el supermercado había más gente de lo que había imaginado. Esperaba comprar lo necesario y volver rápido a la seguridad de su hogar.

Este no era uno de sus sitios habituales, con lo que dio varias vueltas intentando localizar los productos que necesitaba. Cada vez había más gente.

Las luces de los halos se fusionaban con los colores de los neones de los lineales y le provocaban dolor de cabeza. Seguía decidida a ignorarlas, pero eso requería gran cantidad de energía que no tenía en esos momentos.

Cuanto más tiempo pasaba, más mareada se sentía, más nerviosa se ponía. Tenía que salir de allí cuanto antes.

No encontraba las especias. Lo único que faltaba era el orégano. Tenía que salir de allí. La megafonía no paraba de sonar. Tres señoras rodeadas de luz roja bloqueaban la salida de Lola. Se apoyó contra uno de los congeladores, el frío la despejaba.

Se concentró en mantenerse lúcida leyendo los ingredientes de las pizzas. Desmayarse en el supermercado le parecía algo sórdido.

Cuando se despejó la salida, se dirigió directa a las cajas. Nadie se fijó en ella. Nadie notó nada. Podía vivir sin orégano. Pagó y regresó a casa.

Estaba agotada, tardaría todo lo posible en volver a salir, aunque tuviese que racionar los alimentos. Y tendría que esforzarse más en lo de ignorar los halos. No estaba dando resultado.

Los días que pasó en casa no fueron mucho mejores que los anteriores en el hospital. Hacía demasiado calor para hacer nada, gastaba las horas dando vueltas por el piso y solo salía a última hora a tirar la basura.

En un momento dado, recibió una llamada de Andrés; la oportunidad perfecta para pasar esa página.

—¡Hombre! —contestó Lola—. ¡El que dijo que iba a ir a recogerme al hospital y no fue! Gracias, por cierto. —El sarcasmo resultó excesivo incluso para ella misma.

—Te dije que se había liado una buena en el trabajo y no podía salir. No soy como tú, que te olvidas de que has quedado conmigo

porque no te importo. Y por cierto, buenos días, yo estoy bien, ¿y tú?

—Pues ya no estaba muy bien antes de tu llamada, y ahora estoy peor.

—¡Oh! Disculpe, señora marquesa, lamento haber perturbado su descanso.

—¿Pero qué coño te pasa? No estoy de humor para tus mierdas.

Puede que se hubiese pasado un poco, pero no iba a dejar que él le hablase así.

A través de la línea se escuchó un suspiro cansado.

—Ya hablaremos —dijo él, y colgó.

Lola se quedó mirando el móvil en silencio unos segundos. Después, se encogió de hombros y volvió a guardarlo en el bolsillo. Esperaba no volver a saber de él.

Con Emilio, que había regresado de su viaje, hablaba cada dos días, pero nunca del trabajo.

Aunque Lola insistía en que estaba bien, su médico de cabecera no le dio el alta definitiva hasta el último día de agosto.

Al salir de la consulta fue a buscar el coche al taller. Lo había estado postergando, pero a la mañana siguiente se incorporaba al trabajo y le hacía falta. No le daba miedo volver a conducir, era demasiado práctica para eso.

Santiago parecía amable, aunque algo en él le hacía intuir a Lola que en realidad estaba molesto. No podía evitar sentirse a cada rato atraída por el halo que lo rodeaba. Era de color azul e iluminaba tenuemente la oscuridad del taller. Se obligó a concentrarse en la conversación.

Cuando salió de allí se dio cuenta de que estaba deseando volver a trabajar, confiaba en que al regresar a la rutina, poco a poco todo volvería a la normalidad; dejaría de ver las luces y su vida continuaría como siempre.

La noche antes de su incorporación, apenas pudo dormir. Estaba ansiosa y sorprendentemente ilusionada.

Llegó media hora antes de tiempo, no recordaba haber llegado nunca tan temprano. De todas formas no era la primera, pues Emilio ya estaba en su despacho.

—Buenos días, aprovecho para dejarte el alta.

—Buenos días, ¿qué tal estás? —Ella no fue consciente del silencio en el que se esperaba su contestación, se había quedado absorta mirando el halo que envolvía la silueta de su jefe. Brillaba más que en el hospital y su luz llamaba la atención en la austeridad de la estancia—. ¿Estás bien? —Emilio parecía preocupado de verdad, la silueta de luz que lo rodeaba se oscureció un poco.

—Sí, sí, gracias. Eh… Voy a trabajar.

Salió tan conmocionada del despacho que se golpeó en la mano con el marco de la puerta. Ignorar los halos estaba siendo bastante difícil, pero tener que realizar su trabajo rodeada de fenómenos paranormales se le antojaba casi imposible.

Hasta ahora no había tenido en cuenta que tendría que encontrar la manera de hacerlo.

Dejó el bolso colgado del respaldo de la silla. Se sentó distraída, todavía frotándose la mano, y notó algo raro.

Todo estaba colocado con un orden extraño y en la carpeta de temas pendientes no había ni un solo papel. Le quedó claro que alguien había estado ocupando su puesto cuando al arrancar el ordenador no pudo acceder a nada, habían cambiado sus claves.

No era imprescindible, como había creído con tanta vanidad, más bien todo lo contrario, ya que había sido tan fácil sustituirla.

Había puesto todas sus esperanzas de traer de nuevo la normalidad a su vida en su regreso al trabajo. A esa rutina tranquilizadora, a ese espacio que podía dominar. Ahora tenía la sensación de que algo se había roto. Su vida se estaba desmoronando y no encontraba a qué agarrarse. Este ya no era su sitio.

Esa certeza le oprimió el pecho impidiéndole respirar. Lo intentó con todas sus fuerzas. Nada. No entraba ni un solo átomo de oxígeno en sus pulmones. Oía voces en la escalera, la gente estaba llegando.

Corrió a refugiarse al baño repitiéndose a sí misma que estaba sufriendo un ataque de ansiedad. En algún momento del trayecto comenzó a respirar de nuevo y al llegar al servicio se desplomó contra el lavamanos, resbalando hacia el suelo.

Pasó mucho tiempo antes de que se sintiera con fuerzas para salir. Por suerte no entró nadie, sabía que daba una imagen lamentable y ya se sentía bastante avergonzada sin necesidad de juicios externos.

Al entrar en la oficina todos estaban concentrados en sus pantallas, cada uno rodeado de una silueta de luz. Intentó

ignorarlos.

De camino a su mesa muchos se volvieron a mirarla, pero nadie le dirigió la palabra. Al llegar, su bolso estaba en el suelo y Alicia la becaria, en su silla.

Una luz roja, amplia y brillante la rodeaba. Llevaba un elegante traje planchado a la perfección. Había cambiado de colonia, Lola reconoció la marca porque era el perfume que solía llevar ella misma. Proyectaba madurez y profesionalidad.

—¿Lola? No sabía que te ibas a incorporar tan rápido. —Parecía sorprendida, aunque el halo que la rodeaba no experimentó ningún cambio.

—Pues ya ves, estoy aquí y en plena forma. ¿Me dejas «mi» mesa?

Recalcó el pronombre todo lo que pudo. Alicia no parecía impresionada. Había cambiado en el tiempo que Lola había estado fuera.

—Perdona, pero ahora es mi mesa. Ya no soy becaria, firmé un contrato de sustitución cuando te fuiste y como nadie me ha informado de nada, tengo que continuar con mi trabajo.

A Lola todos los halos combinados le estaban empezando a marear. Tanto brillo se le clavaba en los ojos y se sentía demasiado frágil para defenderse. Decidió retirarse y aclararlo más tarde con Emilio.

Recogió su bolso y se acomodó en la mesa libre que le había ofrecido a Alicia en su primer día.

Encendió el ordenador y se dio cuenta de que no tenía nada que hacer, así que regresó a la mesa de Alicia. Estaba hablando con Reme.

—¿Confirmado entonces lo del finde? —escuchó preguntar a esta última.

—Confirmadísimo —aseguró ella, y le sonrió como si fuesen amigas íntimas.

—Hablamos —se despidió Reme, y le guiñó el ojo a Alicia antes de irse.

Hasta ese momento, Lola ni siquiera creía que tuviese músculos faciales.

Apareció entonces el chico que repartía el correo, ella no sabía su nombre, y dejó un manojo de cartas sobre la mesa de la joven.

—Hola Ali, lo pasamos muy bien ayer, tu novio es muy divertido, repetimos cuando queráis.

—Me lo apunto. —Sonriendo, empezó a revisar los sobres. En el cuarto, se levantó llamando al chico, que ya se alejaba—. ¡Carlos!

Esta no es para mí.

—¡Ah! Perdona. Gracias, Ali.

Lola llevaba viéndole a diario casi dos años y nunca habían pasado del saludo cordial. Ahora se preguntaba en qué momento la becaria se había convertido en la reina de la oficina.

—Alicia, ¿queda algo pendiente de antes de mi accidente?

—No, Lola, está todo al día.

—Pues pásame algo nuevo para ir adelantando.

—Puedes clasificar facturas, toma. —Casi le lanzó un montón de papeles.

Lola los cogió y se dio la vuelta sin hablar. De repente, el color rojo le parecía tremendamente irritante.

Intentó concentrarse en la tarea, pero el espectáculo de caleidoscopio de colores que ofrecían los halos le saturaba el cerebro y le embargaba una sensación de ingravidez.

Cuando se volvía insoportable, corría a refugiarse al baño y hacía ejercicios de respiración para controlarse.

Así fue pasando el día y la semana. Las tardes las pasaba adormilada en el sofá, con las persianas bajadas y la casa en penumbra, intentando descansar de la saturación lumínica de la oficina y sin pensar en nada.

Durante las mañanas, gracias a las explicaciones siempre tan altruistas de Alicia, a la que llamaba en su mente «la usurpadora», y a los momentos que pasaba escondida en el baño, se enteró de que a quien llamaban «bruja» no era a Reme, sino a ella.

De Reme hablaban con respeto, todos la consideraban una veterana con mucha experiencia, por lo que le perdonaban sus pequeñas manías.

De ella, sin embargo, contaban cosas horribles, de muchas ni siquiera había sido consciente hasta ahora.

Era duro darse cuenta de que había sido una mala compañera. Y eso la llevaba a reflexionar si este era el recuerdo que quería dejar en el mundo.

Antes solía pensar que nada le importaba y que no necesitaba a nadie. Ya no se sentía tan inmune a los demás.

Le dolían sobre todo los pequeños detalles. Ver cómo trataban a Alicia y cómo la trataban a ella.

Había un buen ambiente en la oficina, hasta ahora nunca lo había percibido. Y estaba claro que no formaba parte de él.

Evitaba la sala de descanso a toda costa y se escondía también en el baño para comer la manzana que traía siempre como aperitivo de media mañana. Encerrada en uno de los cubículos, comía con

rapidez y se quedaba en silencio absoluto si alguien más entraba. Con la tensión atenazándole la garganta. Sintiéndose humillada.

El viernes, cuando su reloj de pulsera marcó las cuatro, Lola ya estaba de camino a casa, no había encontrado fuerzas para enfrentarse a Emilio y ni siquiera había terminado en cuatro jornadas el trabajo que Alicia había hecho en media mañana en su primer día.

Ya nada importaba, esa parte de su vida quedaba en pausa hasta el lunes siguiente.

Capítulo 4

El sábado se despertó temprano, el sol comenzaba a brillar con suavidad y decidió desayunar en la terraza.

Tomando su café a tragos lentos, dejó que la luz la cargase de energía positiva. Sin duda, estos momentos formaban parte de los mejores de su vida.

Sentada cómodamente, respirando el aire fresco de la mañana, tuvo claro que tenía que cambiar. Lo primero sería dejar de ignorar que algo extraño estaba pasando en su mente desde el accidente. No sabía el motivo, pero no importaba, tenía que aprender a vivir con ello sin volverse loca, recuperar el equilibrio en su vida.

Dedicó el fin de semana a investigar, reflexionar y descansar, haciendo pequeñas incursiones a la calle, pero poniendo cuidado en evitar las aglomeraciones.

Según la información que encontró, las siluetas de luz que veía eran supuestamente auras. De la observación directa empezó a sacar algunas conclusiones que no sabía si serían definitivas.

Cogió un folio de la bandeja de la impresora y comenzó a hacer una lista.

Primera; los colores de las auras eran limitados y variaban entre el amarillo, naranja, rojo, verde, azul, añil y violeta. Casualidad o no, los colores del arco iris.

Segunda; tendría que dejar pasar más tiempo para confirmarlo, pero cada persona parecía tener un color asignado que, aunque variaba de intensidad, no se modificaba.

Tercera; el brillo y la estabilidad del halo variaban constantemente y eso, al parecer, tenía algún tipo de relación con los estados anímicos.

Cuarta; podía ver el aura de todas las personas excepto la suya propia.

Quinta; solo veía el aura en personas, no en animales ni objetos inertes.

Sexta; toda la investigación, reflexión y observación le creaban más preguntas que respuestas.

El lunes volvió a su costumbre de llegar tarde, aunque en esta ocasión había sido sin querer y no porque no le importase.

Emilio debía de estar vigilando su llegada porque en cuanto ella apareció, la llamó desde su mesa.

Entró al despacho, iba a cerrar la puerta cuando él se lo impidió.

—Déjala abierta, por favor.

Echó un vistazo a su espalda, algunos compañeros miraban con disimulo hacia ellos.

—Siento llegar tarde, me he quedado dormida —reconoció.

Se concentró en Emilio, intentando entrecerrar con disimulo los párpados, hoy el aura de su jefe brillaba más que nunca.

Él la estaba mirando con curiosidad.

—¿Estás bien? —susurró.

Ella asintió en silencio.

—No pareces la misma —dijo al fin. Y no sonaba como un reproche, sino todo lo contrario—. En fin… —agitó la mano derecha en el aire dejando una breve estela de fulgor verde. Echó un vistazo hacia la puerta abierta y elevó el tono de voz—. Me han llegado quejas sobre tu comportamiento estos últimos días. Has estado más tiempo ausente que trabajando. No lo he tenido en cuenta porque llevas un mes desconectada y no quería causarte más estrés, pero yo no soy el último mando aquí. —Su tono era severo, aunque el comportamiento de su aura lo traicionaba—. Si consideras que no estás lista, no habrá inconveniente en que continúes de baja, no obstante, si decides incorporarte, tienes que trabajar.

—Lo comprendo, sí. Te agradezco tu apoyo. Sé que he estado distraída, pero te aseguro que en un par de días estaré al cien por cien. Estoy perfectamente capacitada para trabajar, si no fuera así no habría insistido en coger el alta.

—De acuerdo, solo quería estar seguro. —Hojeó unos papeles —. Ya he hablado con Alicia, te irá pasando poco a poco expedientes para que vayas poniéndote al día durante esta semana. Intentaremos volver a funcionar con normalidad a partir del próximo lunes.

—Respecto a Alicia...

Dudó sobre cómo debía formular la petición. Emilio se dio cuenta y la alentó.

—Habla con franqueza.

—Se ha adueñado de mi puesto, de mi mesa.

Emilio movió la cabeza negando.

—Cuando tuviste el accidente ella aún no había firmado el

contrato, así que decidimos aplazar el de becaria y le ofrecimos sustituirte durante tu baja. Como es obvio, con tu reincorporación, ella finaliza su cometido. Estos días trabajaréis en paralelo, y a partir del lunes volverá a ser una becaria a tus órdenes. Lo cual no significa que sea tu esclava —aclaró bajando la voz—, ni que tenga que hacer el trabajo que no quiera nadie. Acaba de licenciarse y está aquí para ganar experiencia. Confío en que sabrás enseñarle bien.

Lola asintió.

—Pero, ¿y mi mesa? —quiso saber.

—Está libre para ti, así que, ¡ponte a trabajar!

La exhortación fue como un resorte para ella, que pegó un brinco y salió al momento, dando las gracias.

Al dirigirse a su puesto, vio que estaba libre. Una sonrisa se estaba formando en la comisura de sus labios cuando Alicia la abordó en medio de la oficina.

—Lola, te he dejado un par de expedientes al lado del ordenador. Cuando quieras, llámame y te comento.

Se había dirigido a ella de forma aparentemente amistosa y sincera. No hubiese notado nada si no pudiese ver la debilidad en su aura, descolorida e inestable.

—Gracias, Alicia.

Al retomar el camino hacia su mesa no pudo evitar darse cuenta de que todos la miraban con asombro.

El día resultó más llevadero, ahora resultaba que era una suerte que su sitio estuviera en el rincón más oscuro. Aun así, tuvo que hacer mas visitas al baño de las justificables.

A pesar de todo, comenzaba a conectar de nuevo con el trabajo, era casi como si no se hubiera ido nunca. Supo entonces que todo iba a salir bien.

Al día siguiente, cuando entró en la oficina con las gafas de sol aún puestas, comprobó que funcionaban a la perfección como bloqueo contra el brillo de las auras, así que decidió no quitárselas.

Su malestar disminuyó tan rápido como aumentó el mal ambiente en la oficina. Podía percibir la hostilidad extendiéndose a través de la sala.

Emilio había pasado, distraído, por delante de ella y se había parado en una mesa cercana, dándole la espalda. Alicia estaba en la mesa de Reme y hablaban en voz baja lanzándole miradas furtivas. De repente, Reme se dirigió a ella en voz lo suficientemente alta para que el jefe la escuchase.

—¿Qué pasa, Lola? ¿Estás ocultándote de algún paparazzi?

Se oyeron unas risitas contenidas. Emilio se dio la vuelta, suspiró con sonoridad y la llamó al despacho.

Ella se quitó las gafas y las guardó en el bolso antes de levantarse. Al pasar por delante de la mesa de Reme recibió una mirada de desprecio. Lola alzó los hombros mirándola de reojo y pasó de largo.

En cuanto cerró la puerta, su jefe la reprendió. Su tono era serio aunque de nuevo, su aura no denotaba enfado.

—¿A qué ha venido eso?

Ella se encogió de hombros sin saber qué contestar. Emilio apoyó la cabeza en su mano izquierda y tamborileó tres veces con los dedos de la mano derecha antes de volver a hablar.

—¿Por qué no te coges vacaciones? Todavía te quedan quince días.

—No, prefiero dejarlas para Navidad si no te importa. —Le horrorizaba la idea de volver a encerrarse en casa—. Reconozco que me está llevando más tiempo del que pensaba, pero te aseguro que pronto estaré al cien por cien.

—Ya, eso dijiste ayer —suspiró. Hizo un gesto hacia la puerta—. Bueno, vuelve a tu trabajo, no quiero hacerte perder más tiempo.

Ella bajó la mirada, murmuró un «gracias» y salió del despacho pensativa.

De camino a su mesa volvió la vista hacia atrás, Emilio seguía mirándola con preocupación.

El resto de la semana pasó rápido. Lola intentaba hacer su trabajo manteniéndose lo más alejada posible del resto, y aunque notaba que cada vez se sentía menos mareada, todavía se distraía con facilidad.

Cuando llegaron las cuatro de la tarde del viernes, se sintió tremendamente aliviada por no tener que seguir aguantado aquel ambiente. Salió sonriendo, pero el gesto se apagó cuando encontró a Andrés esperándola en la entrada del edificio.

Se quedó paralizada unos segundos. Recordó su última conversación y se sintió rastrera. Era justo poner un punto final más digno a la relación.

—Hola, Andrés.

—Hola. Tenemos que hablar.

—Lo sé. Ven, te invito a un café. Podemos sentarnos en esa terraza.

Lola jugueteó con el sobre del azúcar. Hacía rato que se había terminado el café y todavía no había podido decir nada. Se había propuesto ser amable, y como él estaba tan entusiasmado hablando de lo mucho que merecía la pena salvar su relación, no sabía como cortar su discurso sin resultar borde. ¿En qué momento se había complicado tanto la cosa? Cuando lo conoció, solo quería sexo sin compromiso. Debió de haberlo dejado más claro.

Inconscientemente, desconectó de la conversación. Miró alrededor observando cada alma.

Había una anciana sentada en unos cartones cerca de un portal, tenía una bolsa con unas monedas frente a ella. Su aura era la más brillante que había visto nunca y totalmente blanca.

El alboroto de tres adolescentes que bajaban por la calle en su dirección distrajeron a Lola.

Vio cómo de repente se quedaban quietos y se hacían señas unos a otros hacia la vieja.

Pudo percibir el peligro antes que nadie por sus auras. Dos de ellas eran rojas oscuras y una totalmente negra.

Sin perder un segundo, agarró a Andrés del brazo y lo arrastró hacia el portal, interponiéndose entre los chicos y la indigente.

Ellos dudaron un momento, después, algo llamó su atención al final de la calle y continuaron su camino. El chico del aura negra se volvió un momento antes de doblar la esquina y la miró con una sonrisa torcida.

La vieja levantó la cabeza con lentitud. Siguiendo un repentino impulso, Lola vació su cartera en la bolsa. Se fijó en el rostro de la anciana y pudo sentir cómo esos ojos blanquecinos la traspasaran. No la miraba a ella, sino a algo que estaba detrás.

Se giró y descubrió a un hombre al otro lado de la calle, no tenía aura, eso le resultó desconcertante. Se quedó observándolo anonadada.

Andrés rompió la conexión agarrándola por el brazo. Estaba hablando con ella.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Eh… sí, sí. Me ha parecido que conocía a ese hombre de ahí.

Buscó de nuevo al hombre sin aura, pero ya no estaba.

—¿Qué hombre?

—Había un hombre junto a ese árbol.

—Yo no he visto a nadie —Andrés la miraba fijamente mientras ella recorría con la vista la calle—. Estás muy rara.

—No es nada, solo estoy cansada. —Se apretó el puente de la nariz. Volvía a dolerle la cabeza.— ¿Sabes? Creo que eres un chico estupendo y te mereces a alguien mejor que yo. Deberíamos dejarlo aquí.

—Creo que debería ser yo quien decidiese qué es lo mejor para mí. Pero tienes razón, merezco más.

—Te deseo mucha suerte —añadió extendiendo la mano para estrechársela.

Andrés miró su mano con una sonrisa amarga y se dio la vuelta sin más.

Mientras se alejaba, ella pudo ver cómo su aura se debilitaba.

—Es mejor así —murmuró. Y casi sintió algo.

Una vez en casa, recuperó el folio en el que había estado escribiendo. Los recientes acontecimientos la llevaban a aumentar la lista de conclusiones:

Séptima; además de los colores observados, existían auras de color negro y de color blanco. La negra estaba claramente asociada a la maldad, ¿la blanca podría estarlo a la bondad?

Octava; había un hombre sin aura. Desapareció tan rápido que no podría asegurar si fue real o no, aunque estaba convencida de que la anciana, de alguna manera, había sido consciente de su presencia.

Capítulo 5

Al día siguiente se despertó agitada, con la imagen del desconocido sin aura en la retina. Se levantó, se vistió con ropa cómoda y salió de casa.

Le gustaba pasear durante las primeras horas de la mañana, antes de que empezase a hacer demasiado calor.

Al salir del portal se ajustó el sombrero que había cogido y echó a andar.

Se había levantado algo de brisa. Unas hojas secas giraban en el suelo mecidas por el viento. Al pisarlas crujían levemente. Iba intentando no mirar a la gente, concentrada en sus zapatos.

Todavía tenía muchas preguntas, se sentía perdida. ¿Por qué ella? ¿Qué significaba todo esto? Siempre había sido una persona racional, independiente y normal.

Mientras esperaba en un paso de peatones a que el semáforo se pusiese en verde, reparó en un grupo de hojas a su lado. Parecía que las movía el aire, pero notó algo extraño. Realmente estaban avanzando en una dirección, como algo intencionado.

Divisó un par de ojos en una de las hojas, que ya no era una hoja muerta, sino un organismo vivo. Y entonces todas las hojas tenían ojos y piernas diminutas y ella estaba paralizada.

Alguien pasó a su lado, empujándola, el semáforo estaba en verde y era la única que seguía quieta.

Avanzó intentando no volver a mirar las hojas y dando un rodeo para no pisarlas.

Desde el otro lado de la calle echó un vistazo de reojo hacia allí, solo parecían hojas normales.

—Me estoy volviendo loca.

Al parecer lo dijo en voz alta, porque varias personas que pasaban se le quedaron mirando.

El lunes, la ciudad amaneció envuelta en niebla.

No llegó tarde al trabajo, eso seguía siendo una novedad, y

estaba feliz, porque hoy era el día en que Alicia pasaría de nuevo a ser oficialmente becaria. Por eso le extrañó cuando Emilio las llamó al despacho a la vez.

Entró después de Alicia, intentando no acercarse demasiado a ella. El aura roja seguía resultando la más difícil de soportar.

—Lola, Alicia, tomad asiento, por favor.

Emilio se sentó también, ella podía leer preocupación en su aura.

—Acabo de salir de una reunión para aclarar tu futuro en la empresa, Alicia. Los jefes están muy contentos con tu gestión —y añadió dirigiéndose a Lola—, y no están convencidos de que tu reincorporación haya sido beneficiosa para nadie. Quieren proponeros continuar hasta final de mes de forma paralela, en octubre se tomará la decisión definitiva.

Lola fue la primera en hablar.

—¿Es negociable?

—No.

—Claridad meridiana —Lola ya se estaba levantando—. Ya que no hay nada que podamos hacer, deberíamos volver al trabajo.

—Espera un momento. Alicia, puedes irte. Cierra la puerta al salir, por favor.

La muchacha asintió en silencio y abandonó el despacho. Lola le dirigió una mirada interrogativa a Emilio. Tuvo la sensación de que no quería decir lo que estaba a punto.

—Tu puesto en esta empresa peligra, no están contentos contigo. Y no es por estos días, viene de muy atrás. Yo siempre te he defendido. Y lo siento, pero no puedo hacerlo más. Te he permitido mucho más que a cualquiera por la amistad que me une a tu padre.

—Quedamos en que eso no te influiría a la hora de evaluar mi trabajo.

—Lo sé, pero es inevitable, ¡te conozco desde que eras un bebé!

—Quizá sea mejor que Alicia se quede con mi puesto si lo hace tan bien. —No pudo evitar que un poco del dolor que le oprimía el pecho se colara en su voz.

—No te estoy diciendo todo esto para que te rindas. Tú vales mucho más que esa niña, demuéstralo y después decide tu futuro.

Lola se quedó sin palabras. No era algo que le sucediera a menudo.

—No perdamos más el tiempo, ve a trabajar y recuerda que nunca hemos tenido esta conversación.

El resto del día intentó poner el doble de esfuerzo habitual en sus tareas, pero Alicia se dedicó a entorpecer su trabajo.

Ahora que competían por el mismo puesto ya no era tan amable, su aura estaba más fuerte que nunca y parecía estar mostrando su verdadera personalidad.

Cuando al fin llegó a casa estaba agotada. Alicia había mezclado entre sus papeles unos baremos antiguos, sin querer, por supuesto, se lo aseguró dos veces mientras su aura decía lo contrario, y había perdido varias horas de trabajo realizando cálculos incorrectos.

Así que, cuando vio al desconocido sin aura de pie delante del portal de su casa, no se emocionó todo lo que la situación hubiese requerido.

—¿Quién eres? —Sonó bastante más brusco de lo que pretendía, aunque a él no pareció afectarle.

—Soy un ángel.

Un hombre pasó cerca de ellos sin mirarlos, su aura era naranja. Una niña, con el aura de color amarillo, lo seguía. La pequeña alzó la mirada hacia ella.

—¿Papi, por qué está hablando sola? —preguntó, dirigiéndose al hombre.

Él negó en silencio y apoyó su mano con suavidad en la espalda de la niña, instándola a que continuase caminando.

Lola miró al hombre sin aura y suspiró largamente antes de hablar.

—Será mejor que subas.

El salón estaba a oscuras, había olvidado levantar las persianas antes de ir a trabajar.

Mientas se acercaba a la ventana, Lola volvió a preguntar.

—¿Me puedes decir quién eres?

—Mi nombre es Gabriel.

—¿Puedo llamarte Gabi?

—No —lo dijo cortante, muy serio.

Ella lo miró con indiferencia mientras subía la persiana a media altura.

—¿Cómo sé que eres un ángel de verdad? ¿Puedes hacer algún truco o algo?

Él la miró con severidad.

—Yo no hago trucos. Tendrás que confiar en mí.

Lo observó con atención. Tenía el pelo y los ojos oscuros, el rostro serio, alargado. El labio superior era ligeramente más fino que el inferior.

A pesar de que aún no había empezado a hacer frío, llevaba un abrigo negro. Bajo la prenda se veía una camisa del mismo color y un chaleco granate oscuro. Los pantalones y los zapatos eran también de color negro.

No sabía por qué, pero intuía que decía la verdad.

—Creía que los ángeles eran rubios.

—Estoy aparentando un cuerpo humano, no puedo mostrarme en mi apariencia real contigo. No podrías soportarlo.

—¿Disculpa?

—Digamos que… morirías de felicidad.

—No eres el primer hombre que me promete eso.

—¿Cómo dices?

—Nada, nada —Ella hizo un gesto con la mano y se sentó en el sofá.

El ángel la imitó.

Tras unos segundos en silencio, él volvió a hablar.

—No pareces muy sorprendida por el hecho de que haya un ángel sentado en tu sofá.

—Créeme, ya no me sorprende nada.

—Eso es triste.

—Ya, bueno… Perdona, no estoy al día en angelología, ¿eres mi ángel de la guarda?

—No, era Haziel.

—¿Era?

—Empezaré por el principio.

Lola suspiró, se quitó los zapatos, se echó hacia atrás en el sofá y dobló las piernas abrazándose los tobillos.

Él comenzó a hablar.

—Cada persona tiene asignado desde su nacimiento un ángel de la guarda. Él está siempre contigo, aunque no puedas verlo. —Levantó el dedo índice—. No siempre la presencia es física, a menudo está conectado solo mentalmente, atento a posibles peligros. —Volvió a bajarlo—. Puedes ver a tu ángel solo si él decide mostrarse. No puedes ver a los otros ángeles ni a ninguna de las criaturas mágicas de este u otro plano. —Ella hizo ademán de interrumpirle, pero él se lo impidió—. Sé que tienes muchas preguntas, pero no puedo ayudarte, tendrás que encontrar tus propias respuestas.

Ella cambió de posición con inquietud, bajando las piernas y cruzándolas.

—Tu ángel de la guarda se llamaba Haziel. Tú eras la primera alma que tenía bajo su protección. —Permaneció un momento

callado y con la mirada perdida antes de continuar—. Cuando tenías cinco años estuviste a punto de morir.

—Apenas lo recuerdo, aunque mi abuela me habló muchas veces del accidente —aseguró ella.

—Debiste haber muerto, era tu hora. Sin embargo, Haziel lo consideró injusto y dio su vida por la tuya.

Lola se levantó de un salto.

—¿Estás diciendo que no fue solo buena suerte? ¿Él me salvó la vida?

—Haziel obró mal.

Se giró hacia la ventana dándole la espalda para ignorar su juicio moral y llevó su mano derecha de forma inconsciente a la cicatriz que tenía en el cuello.

La frase que se había cansado de escuchar a lo largo de su vida, «es un milagro que no hayas muerto», cobraba ahora sentido. Nunca había pensado que podría llegar a aplicarse de forma tan literal.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo, se abrazó a sí misma en un gesto automático.

El hecho de que alguien hubiese decidido que la vida de ella era más importante que la propia, la conmovía de una forma por completo desconocida.

Le llevaba a pensar que su ángel de la guarda había sido la primera persona en quererla de forma incondicional.

Es posible que la única.

Cuando volvió a escuchar la voz del ángel, se sobresaltó. Casi había olvidado que estaba allí.

—Aquel sacrificio inédito te ha otorgado un don, puedes ver lo que los humanos llamáis aura, que es un atisbo del alma. Solo algunas personas muy especiales pueden llegar a intuirla, pero nunca nadie ha podido verla como tú. —Ella se giró de nuevo hacia él—. Ese don ha permanecido latente todos estos años, seguramente porque eras demasiado pequeña para asumirlo. El accidente te ha llevado de forma inconsciente a aquel momento y lo ha hecho brotar.

Lola permaneció unos minutos en silencio.

—¡Joder! A mi abuela le encantaría esto —dijo al fin—. Era súper católica, ¿sabes? De las de verdad, de las que van a misa todos los días. —Sacudió la cabeza, como queriendo desprenderse de los recuerdos—. Oye, empiezo a tener hambre —añadió mientras se dirigía a la cocina—. ¿Tú, no?

—No necesito comer.

—¿Ni siquiera cuando estás en forma humana?

—No es un cuerpo de verdad, es solo una apariencia —dijo levantándose y yendo tras ella.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con toda esta información? —preguntó mientras se preparaba un bocadillo.

—Eso tienes que averiguarlo tú. Yo solo estoy aquí para observar.

—Te mola ese rollo, ¿eh? ¿Sabes que el voyeurismo es delito en algunos países?

El ángel la miraba muy serio y ella bajó la vista sintiéndose idiota. Ya no se hacía gracia ni a sí misma.

—Creo que tienes mucho que asimilar. Volveremos a vernos —dijo saliendo al vestíbulo. Lola no oyó la puerta de la calle pero cuando se asomó, no había nadie.

—¡Vaya…! —dijo, y regresó a la cocina entornando los ojos.

Se quedó mirando el bocadillo. En realidad no tenía hambre.

Había conocido a un ángel. Sería difícil ir el lunes a trabajar como si no hubiese pasado nada.

Él le había hablado de su capacidad para ver auras como un don. El resultado del sacrificio de su ángel de la guarda. Debería estar alucinada y sin embargo se sentía extrañamente relajada. No había nada descolocado en su cabeza, al contrario, todo estaba en su sitio por primera vez en mucho tiempo.

El lunes, cuando salió de casa por la mañana, las nubes eran tan negras que no se sabía si ya había amanecido o no.

Una vez en el coche, conectó la radio en la emisora habitual. Le pareció que los locutores estaban más ocurrentes que nunca y la hicieron sonreír en más de una ocasión.

Todo su buen humor se esfumó en cuanto entró en la oficina. Aunque se lo había asegurado a Emilio, ahora sabía que nunca volvería a estar al cien por cien.

A pesar de todo, no quería perder su empleo. El dinero que ganaba era lo que hacía posible su vida independiente.

Cuando acabó su jornada laboral se sentía tan cansada como si acabase de correr una maratón. Al salir no llovía, aunque el cielo seguía cubierto de nubes, creando un ambiente singular.

Desde el accidente tenía a menudo esa sensación de que todo

le era extraño, el funcionamiento del mundo le resultaba absurdo e inconexo.

De camino a casa se encontró una calle bloqueada por unos obreros que estaban reparando una tubería, así que tomó un desvío. Daría un rodeo pasando por delante del cementerio, pero se libraría del atasco.

Cuando llegó al camposanto estaban sacando un ataúd de un coche fúnebre.

Redujo la velocidad instintivamente.

Había gente vestida de negro rodeando el coche. Una mujer lloraba derrotada sobre el hombro de una chica joven.

Justo cuando rebasaba a la comitiva, la silueta de un hombre le llamó la atención.

Lo observó por el retrovisor, miraba hacia el ataúd con gesto inexpresivo. Parecía incorpóreo, como si una cortina de agua configurase su cuerpo.

De repente, como si hubiese notado que lo observaban, se giró hacia ella, clavando su mirada en la de ella a través del espejo retrovisor.

El sonido de un claxon la hizo regresar al mundo real, estaba invadiendo el carril contrario. Dio un volantazo que la sacó de la trayectoria de la colisión.

Cuando logró estabilizar el coche, el cementerio ya quedaba fuera de su campo de visión.

Pocos metros más adelante tuvo que parar en el arcén. Estaba temblando.

Capítulo 6

Cada jornada laboral era un reto. Resultaba muy cansado aparentar normalidad, fingir ser algo que no era.

Su vida personal empezaba a ser más interesante que la profesional y desde luego, eso no la ayudaba a concentrarse.

Rendía poco, era consciente de ello, pero no lograba poner más de su parte. Resultaba una gran ironía que antes que podía trabajar no quisiese, y ahora que quería, no fuese capaz.

Varias veces cada día se mordía la lengua antes de soltar el comentario hiriente que le rondaba la cabeza. Ahora que podía ver cómo afectaban a la gente, era difícil seguir actuando así.

Ellos, sin embargo, habían dejado de callarse. Todos los días debía enfrentarse a los estados de ánimo que leía en las auras de sus compañeros.

A cada uno de ellos.

Por eso, el viernes, cuando regresó a casa, se sentía falta de energía. Mientras esperaba el ascensor se apoyó en la pared. El mármol estaba fresco.

Alguien entró en el portal y ella se dio cuenta de que había cerrado por un momento los ojos. Apenas escuchó una conversación incompleta. Mercedes, la vecina del cuarto izquierda, llegó a su lado con su hija de la mano al mismo tiempo que el ascensor.

—¿Y qué hago yo con la niña? … Bueno, luego te llamo.

Las últimas palabras sonaron entrecortadas. Lola intentó mirar hacia otro lado mientras bloqueaba con una pierna la puerta del ascensor.

La niña entró primero y cuando las puertas se cerraron, el espacio se inundó de luz.

No pudo apartar la vista de la pequeña, que la miraba, a su vez, sonriendo. Su aura blanca en un espacio tan reducido resultaba cegadora. Era uniforme y perfecta.

Se dio cuenta de que nunca se había fijado en la niña, era mayor de lo que pensaba, quizá tuviese ya seis años.

La sonrisa infantil se apagó, contemplaba preocupada a su madre, su aura tembló ligeramente, aunque se mantuvo en su sitio.

Cuando siguió su mirada vio que su vecina estaba llorando, intentaba taparse la cara, pero sus hombros se convulsionaban con

los sollozos, su aura lucía tan pálida que casi parecía no tener color. En algunos puntos del cuerpo se veía muy débil.

Las puertas del ascensor se abrieron y Mercedes salió sin mirar atrás, la niña la siguió con la vista fija en el suelo.

Siguiendo un impulso, avanzó hacia ellas, decidida.

—¿Te puedo ayudar en algo?

La mujer volvió el rostro congestionado. El mundo se paralizó un instante.

El tiempo se había convertido en un río de miel que se deslizaba pausado.

Una chispa de luz brillaba en las pupilas de la mujer al contestar.

—Por favor, sí.

Lola se tomó a toda prisa un sándwich seguido de un café muy cargado, intentando desprenderse del agotamiento.

La madre de Mercedes acababa de fallecer. A su padre no había llegado a conocerlo, pues murió antes de nacer ella.

Tenía un hermano mayor al que ya había avisado. Estaba de camino, pero vivía lejos y no llegaría hasta dentro de algunas horas.

Quería dejar a la niña al margen, y no encontraba a nadie que pudiese hacerse cargo. Su ofrecimiento había llegado en el mejor momento posible.

Tras cepillarse los dientes y ponerse la ropa más cómoda que tenía, bajó a la cuarta planta. La puerta de Mercedes estaba abierta y ella esperaba, preparada ya para marcharse.

—Lola, te dejo aquí anotados los teléfonos del tanatorio y mi móvil. Mi hermano y su mujer llegarán alrededor de medianoche, se llaman Francisco y Amaya. Inés se va a la cama a las nueve, ya ha cenado, está bañada y con el pijama puesto. Aquí hay café, y algo de pasta en la nevera. Siéntete como en tu casa. —Entró al salón y ella pudo escuchar que hablaba con su hija—. Inés, pórtate bien y haz todo lo que te diga Lola, ¿de acuerdo? Te quiero, cariño.

Lola miraba hacia el suelo incómoda, sus padres nunca le habían dicho que la querían.

Cuando Mercedes regresó, estaba muy seria. Sintió la necesidad de tranquilizarla.

—No te preocupes, aquí va a estar todo bien.

Su vecina la miró a los ojos, le tomó las manos y dio un leve apretón.

—Gracias. —Su voz sonó emocionada.

Lola permaneció un minuto a solas en la entrada. No estaba acostumbrada a recibir el agradecimiento de los demás.

Al entrar en el salón comprobó que la distribución de los

muebles era similar a la de su propia casa, aunque el estilo era opuesto.

Frente a la televisión, situada sobre un aparatoso mueble de madera maciza, había un sofá de tres plazas. A ambos lados se hallaban dos sillones tapizados a juego. Una pequeña mesa auxiliar completaba el conjunto.

Inés estaba sentada en medio del sofá, atenta a la pantalla. A su derecha, varios cojines de colores se amontonaban contra el reposabrazos y a su izquierda, una muñeca casi tan grande como ella ocupaba el resto del espacio.

La muñeca tenía el pelo azul enmarañado, una chaqueta de punto negra y unos pantalones rojos.

Uno de los sillones estaba lleno de libros de cuentos, así que se acercó al otro sillón, el único hueco libre.

—No puedes sentarte ahí, es el lugar de papá.

—Ah, perdón… —Se quedó de pie, azorada, al lado del sillón vacío.

—Pelitos Azules te deja su asiento —dijo la niña mientras cogía la muñeca y la sentaba sobre sus piernas.

—Dale las gracias de mi parte —contestó mientras se sentaba frente al televisor—. ¿Y dónde está tu padre? —Se sentía obligada a hablar de algo.

—Está en el cielo.

Pensándolo mejor, quizá debiera concentrarse en la película.

Cuando Francisco y Amaya llegaron, Lola e Inés habían acabado de ver la película, pintado tres *Mickey Mouse*, hecho y deshecho varios animales irreconocibles con plastilina y leído dos veces el cuento de *La Bella Durmiente*.

Ella estaba cambiando de canal al azar medio adormilada en el sofá, la niña llevaba ya dos horas durmiendo.

Las auras de la pareja eran de un color muy parecido, una especie de amarillo oscuro. La de él se veía más débil que la de ella y Lola pensó en qué momento había empezado a fijarse más en eso que en la propia persona.

Tras recibir de nuevo agradecimientos, regresó a su casa. Aunque apenas había comido, tenía más sueño que hambre. En cuanto se metió en la cama, se quedó dormida.

Le embargaba una extraña sensación, algo que hacía tiempo que no sentía.

Estaba satisfecha consigo misma.

Cuando despertó, era ya por la tarde. Al entrar en la cocina, todavía sorprendida de haber dormido tanto, se sobresaltó al encontrarse con el ángel.

—¿Qué haces aquí? —Irritada, cruzó instintivamente los brazos sobre el pecho. Por suerte las noches ya no eran tan calurosas, así que al acostarse se había puesto un pijama azul de pantalón largo.

—¿Este es tu plan de los sábados, dormir todo el día?

—¡No! ¡Voy a montar una juerga con mis amigos! ¿No te los he presentado? ¡Oh, que maleducada soy! Aquí está mi amiga cortadora de fiambre, lo mejor para preparar un bocadillo rápido. Y aquí, mi amiga la máquina de café, me ha salvado el culo muchas mañanas cuando tenía que ir a trabajar después de una noche en vela.

El ángel la miraba inexpresivo.

—No hace falta que me cuentes cómo vives, llevo mucho tiempo observándote.

A Lola le subieron por el pecho unas ganas tremendas de llorar, pero se mordió el labio inferior para no hacerlo. Se puso la primera chaqueta que encontró, un chubasquero viejo, metió el móvil en uno de los bolsillos y salió sin decir nada. Necesitaba respirar aire fresco.

Nunca le había importado estar sola. Todo era culpa de ese ángel, ¡la hacía sentirse como una tonta!

Cuando llevaba cinco minutos andando se cruzó con una señora que paseaba un perro. La mujer le dirigió una mirada de censura antes de alejarse de ella.

Lo entendió cuando se paró delante de un escaparate. Todavía llevaba el pijama e iba en zapatillas. Ahogó un grito de rabia y se dirigió a una calle que moría en un colegio.

Siendo sábado, contaba con que la zona estuviera despejada. De todas formas no iba a volver todavía a casa, por muchas miradas que tuviese que soportar.

Su estómago rugía. No había comido nada desde hacía casi veinticuatro horas. Apretó la mandíbula haciendo rechinar los

dientes mientras dibujaba en su mente el rostro del ángel y canalizaba toda su furia hacia esa imagen.

Cuando llegó al colegio, le sorprendió ver la verja entreabierta. Se paró un momento, escuchó hablar a alguien y sin saber por qué, se coló en el patio aguzando el oído. Las voces se hicieron más claras un momento antes de poder ver al grupo oculto entre unos árboles.

Entre dos adolescentes agarraban a una chica de su misma edad y le tapaban la boca. Pudo ver el terror en su aura, era apenas un leve temblor violeta.

Las de sus captores parecían rojas, aunque estaban tan oscurecidas que apenas se distinguía. Frente a ella, y de espaldas a Lola, se situaba un chico con el aura totalmente negra.

Sacó el móvil y llamó a la policía. Notó que los dedos le temblaban al colgar. Se mantuvo a distancia, en una zona en sombras, mirando a cada rato hacia la carretera, intentando atisbar las luces del coche patrulla.

De repente, un brillo llamó su atención, el chico del aura negra había sacado una navaja.

Notó una presencia a su lado y se giró, sobresaltada. El ángel observaba la escena con expresión seria.

—Deberías hacer algo —dijo él.

—¡Tú deberías hacerlo!

—No estoy aquí para intervenir en los asuntos humanos.

—¡Ya sé, ya sé! Solo observar.

Un ruido atrajo de nuevo la atención de Lola. El chico del aura negra había desgarrado la ropa de la chica dejando su pecho al descubierto. Sin pensar, se adelantó hacia el grupo, quedando expuesta.

—¡Eh! —Rogaba para que el temblor en su voz no delatara su nerviosismo—. La policía está a punto de llegar, ¡soltadla!

Los cuatro la miraron fijamente. El chico del aura negra sonrió torciendo la boca. Lo reconoció sin dudar como el acosador de la anciana. Sus compañeros vacilaban, podía notarlo en sus auras, que se debilitaron ligeramente. La de la chica se fortaleció, aunque seguía aterrorizada.

—Otra vez tú.

No era una pregunta, sino una afirmación. La atención del chico estaba centrada en ella, parecía que hubiese olvidado la escena que dejaba atrás, acercándose con lentitud, empuñando el cuchillo.

Al fondo, las auras de sus compañeros estaban cada vez más débiles, miraban hacia todos lados, nerviosos.

El ángel permanecía a su lado, lo miró unos segundos. Tenía la vista fija en el chico y una expresión serena. Toda la furia que había sentido hacia él había desaparecido y ahora solo podía percibir una gran serenidad fluyendo entre ellos.

Sacando fuerzas de esa energía, volvió su atención hacia el chico, que cada vez estaba más cerca. Se mantuvo firme y fijó la mirada en sus ojos, como si así pudiera hacerlo retroceder.

El sonido de unas sirenas que se acercaban provocó que el chico se detuviese. Sus compañeros soltaron a la chica y huyeron. Ella se dejó caer sobre la hierba y, cruzando los brazos sobre el pecho, comenzó a sollozar.

El chico del aura negra permaneció con el arma en alto unos segundos, sin apartar su vista de Lola, hasta que el chirrido de unos neumáticos frente a la verja le sacaron de su trance.

—Nos volveremos a ver.

Antes de acabar la frase ya estaba empezando a correr y las últimas sílabas, junto con su sonrisa torcida y el brillo de su arma, se diluyeron entre las ramas de los árboles.

Ella soltó con lentitud el aire que le oprimía el pecho, no era consciente de que estaba conteniendo la respiración.

El ángel había vuelto a desaparecer.

Horas más tarde, mientras estaba en su cama intentando dormir, la imagen del chico volvía a su mente cada vez que cerraba los ojos. Sentía unas ganas tremendas de llorar, pero algo le atenazaba la garganta y bloqueaba el llanto. Hacía muchos años que se había prometido a si misma que no volvería a hacerlo nunca más. Hoy no rompería esa promesa.

En algún momento de la madrugada se quedó dormida de agotamiento.

El día que le comunicaron su despido no se sorprendió demasiado, en cierto modo lo esperaba. Alicia era muy eficiente y ella no había conseguido estar a su altura. Había perdido. Aunque se marchaba sabiendo que en el último mes se había esforzado más que nunca.

Por desgracia, el resultado había sido mediocre y no reflejaba en absoluto la energía invertida. Eso la mortificaría durante una buena temporada.

El último día de septiembre fue también su último día en la empresa. En la oficina había un ambiente extraño. Todo el mundo hablaba en voz baja mientras ella recogía sus cosas.

Aunque nadie se acercó a despedirse, podía leer los sentimientos de cada uno en sus auras; había alivio, indiferencia, alegría y algo de vergüenza.

Emilio llevaba varios días en casa con gripe. Al pasar frente a su despacho vacío, lamentó no poder despedirse de él. A pesar de eso, no pensaba volver nunca por la oficina.

Ya no sería más su jefe. Volvería a ser lo que siempre había sido, el amigo de su padre.

En la salida, Alicia sostenía la puerta abierta para ella con una sonrisa triunfal en la cara y su aura resplandeciente. Pasó con rapidez a su lado para evitar hacer lo que deseaba de verdad, borrarle esa estúpida sonrisa a puñetazos.

Cuando salió de la oficina, se dio cuenta de que estaba apretando los dientes. Debía de llevar un rato haciéndolo de forma inconsciente, porque notaba los extremos de la boca rígidos y una intensa molestia le subía por ambos lados de la cara hasta las sienes. De ahí surgían unos pinchazos de dolor que se expandían a través del cráneo, aturdiéndola.

Al llegar a casa se encontró al ángel esperándola en el salón y no pudo reprimir más su rabia.

—¡Todo es culpa tuya! Estaba bien hasta que apareciste.

—Puedes gritar todo lo que quieras, no me voy a ir.

—¡Ah! —Le lanzó un cojín, pero él fue más rápido y con un elegante movimiento del brazo izquierdo lo rechazó—. Te odio.

—Lo importante es que empieces a sentir algo. Todo pasa por una razón, créeme. Formamos parte de algo más grande, aunque ahora no te des cuenta.

—También odio cuando la gente se pone metafísica. —Enterró la cabeza entre los cojines del sofá y ahogó un grito.

—Los humanos os creéis que lo sabéis todo, no entendéis que el mundo es mucho más complejo de lo que podríais imaginar. Tienes el corazón vacío. Haziel dio la vida por ti y la has estado desperdiciando.

Lola se enfureció aún más, apretó los dientes y notó que la ira le nublaba la vista. Cerró los puños con fuerza y le dio un golpe en el pecho. No se inmutó, así que siguió, puñetazo tras puñetazo, hasta que le dolieron los nudillos.

Él no retrocedió ni un centímetro, y cuando ella se detuvo para tomar aire, alzó las cejas.

—¿Ya está? ¿Te sientes mejor?

Lola levantó el brazo derecho pensando que aún podía sacar fuerza para un último golpe, pero a los pocos segundos suspiró y se dejó caer de rodillas, rendida.

—No me hables en un rato, por favor.

Él se sentó en el sofá y esperó en silencio.

Ella se fue relajando poco a poco. La explosión de adrenalina le hacía sentir como si se hubiese quitado un peso de encima.

—Perdóname.

No recordaba la última vez que había pedido perdón a alguien. Ahora, lo hacía con sinceridad.

El ángel inclinó la cabeza asintiendo y una sonrisa se dibujó en su cara. Lola no entendía nada, y se quedó fascinada observándolo. Era la primera vez que lo veía sonreír.

Y le parecía la sonrisa más bonita del mundo.

Capítulo 7

El lunes se levantó dispuesta a encontrar otro empleo cuanto antes. Revisó su curriculum y dedicó la semana a visitar todas las agencias de trabajo temporal de su ciudad.

La atendieron muy amables, sin embargo, su nombre fue a parar a un montón de papeles.

Con cada folio desechado, se iba también un poco de su ilusión a la basura.

Al siguiente lunes su confianza estaba bajo mínimos, así que decidió presentar la documentación necesaria para empezar a cobrar la prestación por desempleo.

Con eso y sus ahorros, tendría dinero suficiente para sobrevivir una temporada sin trabajar.

El resto de la semana lo pasó entre el sofá y la cama, con visitas al cuarto de baño y a la cocina. Durante todo ese tiempo no se duchó ni se quitó el pijama.

Había vuelto a sacar del armario la gruesa manta de lana que tenía durante todo el invierno encima del sofá y aunque todavía no hacía tanto frío para eso, le gustaba enredar los pies descalzos en ella.

Al cabo de siete días escaseaban los víveres y se sentía peor que nunca.

El tercer lunes se despertó en el sofá, con el sonido de la persiana al levantarse y un torrente de luz inundando el salón.

—¿No crees que ya te has compadecido bastante?

Gabriel estaba delante del ventanal, bloqueando los rayos del sol con su cuerpo.

—¡Déjame en paz!

Lola se escondió bajo la manta, consciente de su aspecto. Al momento, arrugó la nariz, el tejido no olía demasiado bien.

El ángel sacó una vela amarilla del bolsillo derecho del abrigo y la colocó sobre la mesa. Hizo un gesto en espiral con la mano y la vela se encendió.

Ella arqueó las cejas sorprendida. Un aroma a vainilla se fue extendiendo con suavidad por el salón.

—Poniendo en orden tu entorno propicias el orden en tu vida.

—¿Ahora te va a dar por el feng shui?

Lola miró a su alrededor, había tazas y platos sucios sobre la

mesa, en el suelo y en peligroso equilibrio sobre una de las baldas del armario del salón. Un par de cajones estaban entreabiertos y pilas de revistas y libros se amontonaban al lado de la puerta. La verdad es que ese desorden no ayudaba a mejorar su ánimo.

—¡Vale! Puede que tengas razón. —Se levantó y, llevándose la manta a modo de capa, se dirigió al baño—. Voy a darme una ducha.

Remoloneó bajo el agua caliente y al salir se sintió mucho mejor. Se puso sus vaqueros favoritos y una camiseta holgada de manga larga.

Animada, se dirigió al salón. El ángel estaba sentado en el sofá, absorto en la llama de la vela.

—Un truco de Mary Poppins sería mucho pedir, ¿verdad? —preguntó, divertida.

Él volvió la cabeza y la miró confuso.

—Da igual —dijo.

Se puso a recoger todavía con la sonrisa en la cara, y antes de darse cuenta, estaba tarareando una canción.

Gabriel siguió mirando aquella llama, como si pudiera leer ahí las respuestas a todas las preguntas, pero cuando ella regresaba de su segundo viaje a la cocina, se había ido. La vela estaba sobre la mesa, apagada.

La guardó en el armario del salón que tenía la puerta de cristal, para tenerla a la vista, y terminó de limpiar y ordenar el resto del piso.

A última hora de la mañana salió a hacer la compra, le apetecía cocinar algo especial.

Aunque el tiempo ya había refrescado mucho, el sol del mediodía todavía calentaba lo suficiente para poder salir a la terraza. Y allí sentada, mientras comía mirando el cielo azul, pensó que hacía mucho tiempo que no se sentía tan llena de energía.

A última hora de la tarde bajó al trastero una caja de libros que no sabía dónde guardar y se dio cuenta de que allí también hacía falta un poco de orden.

Los dos días siguientes estuvo allí, abriendo cajas, seleccionando cosas, y haciendo viajes a los contenedores y al punto limpio.

El miércoles por la noche encontró unas carpetas con sus dibujos, las subió a casa y estuvo hasta la madrugada repasándolos. Ya casi no se acordaba de ellos. Ahora, le parecían bastante buenos.

Había muchos de compañeros de instituto y de profesores. Le

trajeron recuerdos de los dibujos con los que solía decorar su mesa, mil veces borrados y vueltos a pintar.

Volvió a quedarse dormida en el sofá y tuvo un extraño sueño en el que aparecían ángeles y demonios enfrentados en una lucha a muerte por el control del mundo.

Cuando despertó, cogió con urgencia sus viejos lápices y, en la parte de atrás de una lámina, dibujó un ángel sobre una colina rocosa.

Una figura imponente, con unas alas hechas de luz que se extendían más abajo de las rodillas y una túnica blanca. En la mano izquierda sostenía una gran espada que parecía de cristal y en cuyo interior refulgía una luz dorada. Su cabello caía desordenado sobre su cara. En su rostro, perfiló sin darse cuenta los rasgos de Gabriel, contemplando serio y autoritario el fondo del abismo.

En el último momento, antes de empezar a colorearlo, añadió un aire de tristeza a su mirada.

Contempló el dibujo acabado unos segundos y lo dejó sobre la mesa para ir a preparar café.

De regreso, se encontró al ángel en el salón, tenía la lámina entre las manos y miraba pensativo el dibujo.

—Tú lo del respeto a la intimidad no lo dominas, ¿verdad? —le dijo.

No estaba enfadada de verdad, en el fondo esperaba su aprobación.

—¿Por qué me has pintado rubio? Qué manía tenéis los humanos con los ángeles rubios…

—¿Quién te ha dicho que eres tú?

Gabriel le dirigió una breve mirada arqueando las cejas y dejó la hoja sobre la mesa.

—Fue una época dura —murmuró, y se marchó de nuevo, haciendo que ella tuviese que guardarse sus preguntas.

Esa noche, Lola se fue a la cama temprano, todavía dándole vueltas al comentario del ángel.

Al rato de acostarse sintió calor, pero al retirar el edredón se le puso la piel de gallina. Repitió la operación una y otra vez. Iba a ser una noche muy larga.

Miraba el reloj de su mesita, se encogía en posición fetal y al rato se estiraba de nuevo buscando el fresco de la cama en los espacios no habitados.

Las horas seguían pasando en blanco. Ella, cada vez más frustrada, las sábanas, cada vez más revueltas. El reloj marcaba las dos de la madrugada cuando se levantó, incapaz de soportarlo más.

Se dirigió a la cocina sin encender las luces, guiada por el resplandor de la luna llena que entraba por la ventana del salón y dejaba el pasillo en penumbra.

En la cocina las baldosas estaban frías, encogió los dedos de forma involuntaria y lamentó no haberse calzado las zapatillas.

Sacó la botella de leche de la nevera y buscó entre las tazas su favorita, la negra y roja. La llenó casi hasta el borde. No se molestó en meterla en el microondas.

Descartando el bote de café, cogió el de cacao. Estaba echando la segunda cucharada cuando una voz la hizo sobresaltarse.

—¿No puedes dormir?

El contenido de la cuchara quedó esparcido a medias entre la mesa y la taza. Miró al ángel entrecerrando los ojos. Se le ocurrían varias contestaciones posibles, pero estaba demasiado cansada para ser mordaz.

Suspiró, relajando los hombros.

—No. —Sonó más derrotada de lo que esperaba.

—Intenta ver el hecho de no tener trabajo como una oportunidad, en lugar de un fracaso. Te vendrá bien este período de reflexión.

Lola dio un sorbo a su bebida valorando sus palabras.

—Creo que hacer algo de deporte te ayudaría a dormir mejor —continuó él, y tras vacilar unos segundos, añadió—. Y a terminar de sacar toda esa ira y frustración.

Ella bajó la mirada, todavía se sentía un poco avergonzada por haberle pegado.

—Hay una academia a un par de calles de aquí —continuó él—. Tienen muchas actividades. —Sacó un tríptico del bolsillo izquierdo del abrigo y se lo tendió.

Lola entrecerró los ojos, lanzándole una mirada sospechosa, pero cogió el papel de todas formas.

—Tienen yoga, taichí… —insistió él.

—No, me ponen de los nervios.

—¿Qué te parece kung-fu?

—Um… No es caro… También hacen seminarios de defensa personal ¡y tienen sauna! —Una sonrisa iluminó su cara—. ¡Mañana iré a apuntarme!

Guardó el bote del cacao y cuando se giró para regresar a la cama con la taza en la mano, Gabriel había desaparecido.

No le dio ninguna importancia, ya se estaba acostumbrando.

Al día siguiente por la mañana, con el tríptico en la mano, se dirigió a la dirección que figuraba en el papel.

Cuando entró en el gimnasio, vio un mostrador vacío, y en frente, un largo pasillo con puertas a los lados. No había nadie.

—¡Hola! … ¿Hola?

La puerta que estaba más próxima se abrió y de ella asomó un rostro sorprendido. Al ver a Lola sonrió y salió para situarse a su lado.

Era una chica joven, de la edad de Alicia, con una brillante aura blanca, la cara redonda y una sonrisa franca.

Llevaba una especie de kimono negro atado con un cinturón del mismo color. Tenía el pelo largo y muy liso, negro con mechones rojos.

—¿Puedo ayudarte?

—Hola, sí, quería apuntarme a kung-fu.

—La encargada del gimnasio no está ahora mismo, si quieres dejarme tus datos, ella te llamará cuando regrese.

Le indicó su nombre y número de teléfono y, dándole las gracias, salió del local.

Seguían pareciéndole impresionantes las auras blancas. Había muy pocas, pero ahora estaba segura de que estaban relacionadas con la pureza de corazón.

Al poco de llegar a casa recibió la llamada de la encargada del gimnasio, que le explicó las normas del centro.

La primera semana era de prueba, así que no tenía que pagar nada. Tenía tres meses para comprarse el kimono, mientras, podía asistir con ropa normal de deporte.

Una vez tuvo claro los horarios y el funcionamiento, concertaron una cita para el día siguiente a las ocho de la tarde.

Se dio cuenta a tiempo de que no tenía ropa adecuada de talla adulta. Hacía demasiado tiempo que no practicaba ningún deporte.

Aunque odiaba ir de compras, no le quedó más remedio que dedicar el resto del día a ello.

Se hizo con un par de pantalones de chándal, unas sudaderas y muchas camisetas.

Compró calcetines blancos, ya que en el tatami había que entrar descalza. Y dos pares de zapatillas cómodas, aunque sencillas.

En el último momento se acordó de conseguir un par de sujetadores deportivos, fue lo más caro con diferencia.

A la mañana siguiente se despertó temprano y estuvo nerviosa todo el día.

Llegó al gimnasio media hora antes de tiempo. La encargada era amable y tenía el aura de color violeta. Le enseñó el local y la dejó en la sala de descanso para que esperase el comienzo de la clase.

Había muchos niños que salían de otras aulas y varios adolescentes que charlaban en grupos.

Dio un par de vueltas mirando los trofeos que había repartidos por las estanterías.

Se suponía que tenía que integrarse, pero no sabía cómo. Se sentía fuera de lugar, como la madre de todos ellos.

Estaba delante de una vitrina pensando en marcharse a casa. Si se fuese ahora, con discreción, nadie se daría cuenta.

Una lágrima le picaba en el borde de los párpados cuando notó una presencia a su lado. Tragó saliva para controlarse.

—Ese trofeo lo gané yo.

Se giró hacia la voz intentando sonreír. La chica del aura blanca la miraba atenta.

—¿Vienes a la clase de las ocho y media?

—Sí.

Fue una afirmación rotunda. Ahora tenía claro que no se iba a marchar.

Unas voces y el movimiento de gente a su espalda la hicieron girarse.

—Ven, va a empezar la clase.

Lola la siguió hasta la entrada del aula. Había unas estanterías con calzado.

—Tienes que dejar los zapatos aquí —le indicó mientras se descalzaba.

Ella la imitó.

La chica se paró en el umbral, hizo un gesto con las manos que no pudo ver bien y se inclinó levemente. Al momento se giró hacia ella.

—Nos colocamos por grados, tú tienes que ponerte ahí. —Señaló una fila que se estaba formando al lado de la puerta. Le sonrió y avanzó hasta el otro extremo del aula.

Lola entró, dudando, y se situó en el lugar que le había indicado. Detrás de ella, entraron unas cuantas personas más y se fueron situando ordenados, como había dicho la chica, una fila para cada grado.

No dejaba de mirar en todas las direcciones; el suelo estaba cubierto con una colchoneta que era a la vez blanda y dura, de color azul, y había auras de varios colores e intensidades.

En la sala no había ventanas. La pared de enfrente a la puerta estaba pintada de color morado y en ella se acumulaban objetos de todo tipo; había bastones y espadas de madera, cuerdas y otras cosas que no lograba identificar.

El monitor entró rodeado de un aura verde intensa. Llevaba pantalones blancos, un kimono negro y un cinturón negro y rojo.

Colocó las manos con las palmas extendidas en una especie de letra «t» tumbada y se inclinó.

Todos los alumnos repitieron el gesto y Lola los imitó con torpeza unos segundos más tarde.

—Buenas tardes a todos. —Tenía un acento extraño que no pudo identificar—. ¡Vamos a calentar!

Los alumnos que estaban al fondo empezaron a correr formando una fila y ella se quedó un momento confusa.

—¿Hay que correr?

El monitor estaba ahora a su lado.

—Sí.

Los primeros de la fila habían dado la vuelta al aula y ya casi habían llegado a su posición y sus compañeros de grado comenzaban a alejarse.

—¡Venga! —le instó él.

Lola comenzó a correr. No lo hacía desde el instituto y en aquellos tiempos tampoco había sido una alumna destacada en gimnasia. Por suerte, el ritmo no era demasiado exigente, así que podía seguirlo sin cansarse.

Mientras daba una vuelta tras otra se fijó en las distintas auras, se dio cuenta de que no se sentía agotada ni mareada por la mezcla de colores, quizás porque estaba concentrada en otras cosas, quizás porque ya empezaba a acostumbrarse.

—¡Diez abdominales! —gritó el monitor desde el centro del círculo.

Todo el mundo paró en seco y se echó al suelo a realizar el ejercicio.

Ella reaccionó tarde y logró con esfuerzo llegar a realizar cinco antes de que todo el mundo comenzase a levantarse. Se puso en pie sin dudarlo y siguió corriendo.

A la vuelta siguiente, el monitor exigió diez flexiones. Solo logró completar cuatro. A la siguiente, levantar las rodillas y después, tocar los talones en el trasero.

Estaba resollando y tuvo que concentrarse en la respiración como le habían enseñado en las escasas clases de yoga a las que había asistido.

Desde que había tenido el accidente les estaba encontrando utilidad.

—De dos en dos, haced la carretilla. —Debió de leer el pánico en el rostro de ella porque añadió mirándola—. Los que no puedan,

abdominales.

Se tumbó sin mirar a nadie e hizo abdominales hasta que todos empezaron a correr de nuevo.

Aún tuvieron que correr de lado y hacia atrás antes de que los reuniera a todos en un gran círculo para hacer ejercicios de estiramiento.

El monitor caminaba alrededor de los alumnos de menor grado, corrigiéndoles. Se paró bastante con ella, que no hacía más que mirar hacia la chica del aura blanca, copiando todos sus movimientos.

Cuando Lola se encontraba al borde de sus fuerzas la apartó hacia un lado y dio órdenes al resto del grupo, que formaron dos filas enfrentadas e iniciaron un combate de movimientos comedidos.

Ella apoyó la espalda en la pared y reparó en un reloj situado encima de la puerta, según sus agujas solo habían pasado quince minutos desde el inicio de la clase, a ella le había parecido una eternidad.

—Es la primera vez que vienes, ¿verdad?

El monitor volvía a estar a su lado, mirándola serio.

—Sí. Me interesa la defensa personal, pero la gimnasia no es lo mío.

El sonrió brevemente y volvió a ponerse serio para hablar.

—Es muy importante calentar y estirar, cada uno a su nivel. Si algún gesto te provoca dolor, no lo hagas. Todos los ejercicios pueden sustituirse por otros. ¿Cómo te llamas?

—Lola.

—Yo soy David —sonrió amable—. Voy a enseñarte algunos movimientos básicos.

Intentaba concentrarse en los movimientos, aunque se distraía con los sonidos que procedían de los combatientes.

Era como si exhalasen todo el aire al golpear, algo parecido a lo que hacían los tenistas que había visto en televisión.

David le cogió el brazo derecho para corregir un movimiento y Lola vio en el rostro de la chica del aura blanca una expresión que no supo identificar.

Concentrada en repetir correctamente los movimientos que había aprendido, el tiempo pasó muy rápido.

Cuando faltaban diez minutos para que acabase la clase, el monitor los reunió a todos y les indicó una serie de ejercicios de estiramiento que todos fueron realizando.

En esos minutos, más relajada, pudo fijarse mejor en David. Parecía ser más o menos de su edad, y tenía cierto atractivo,

aunque nada comparado con Andrés.

La verdad es que no había conocido a nadie que le atrajese tanto físicamente como él. Desde el primer día se había sentido seducida por su cuerpo.

Mientras realizaba un ejercicio de estiramiento de hombros, la imagen de Gabriel se formó en su mente. La desechó horrorizada.

Ese cuerpo no era real, solo una ilusión. Lo más probable es que nunca llegase a conocer el verdadero aspecto del ángel. Era por su bien según había dicho él, porque moriría de felicidad, ¡qué engreído!

Soltó un bufido sin darse cuenta y el chico que estaba a su lado la miró, interrogativo. Ella desvió la vista y se centró en los ejercicios.

Antes de salir del aula volvieron a formar en filas. David los despidió con el mismo gesto del inicio.

Todos lo repitieron y salieron en orden, de menor a mayor grado, formando una única fila. En ese momento comprendió por qué lo llamaban artes marciales.

Se fue directa a los vestuarios para darse una ducha. El agua la refrescó y al salir, aunque estaba cansada, se sintió muy bien.

No era el agotamiento vital de no haber hecho nada al que estaba tan acostumbrada, sino ese otro tipo de sensación; la agradable fatiga que te deja el haber trabajado duro para conseguir tus objetivos.

En la puerta de los vestuarios se encontró con la chica del aura blanca que charlaba muy animada con David. No pudo evitar notar que el aura de la chica resplandecía.

Pasó por su lado con un discreto «hasta mañana» y salió del gimnasio.

De camino a casa dejó la mente en blanco sin darse cuenta. Se sentía muy relajada.

Cuando llegó, y a pesar de ser poco más tarde de las diez, se metió en cama y se quedó dormida al momento.

A la mañana siguiente, tuvo que reconocer que Gabriel tenía razón, hacía mucho tiempo que no descansaba tan bien.

Hasta la próxima semana no tenía clase, así que lavó toda la ropa y fue a comprar más.

Cuando regresó a casa se puso a cocinar, su ánimo había mejorado mucho.

Empezaba a valorar el hecho de tener tiempo y haberse liberado de la tensión de la oficina. Era posible que Gabriel tuviese razón también en lo de que le vendría bien un descanso.

Odiaba tener que darle la razón. ¿Debería empezar a acostumbrarse?

Capítulo 8

El domingo dedicó un par de horas a terminar de ordenar el trastero y el resto del día lo pasó en el sofá, entre tazas de café, cuadernos de dibujo y sus materiales de pintura.

Dibujó a David, de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, sonriendo. Dibujó a la chica del aura blanca en posición de combate. También se dibujó a sí misma, algo que nunca había hecho, vestida con un kimono como el de la chica, pisando la cabeza a una Alicia derrotada en el suelo.

Se divirtió mucho con este último.

Cuando se estaba quedando dormida en el sofá, Gabriel la despertó susurrando su nombre.

—Lola… Deberías irte a la cama.

—Sí… —contestó soñolienta, mientras se frotaba los ojos.

Vio que el ángel observaba los dibujos y sonreía. Aprobaba que ella hubiese vuelto a dibujar.

—¿Los has conocido en el gimnasio?

—Sí. Ese es el profesor y esta, una chica muy amable que tiene un aura increíblemente blanca.

Ya más despejada, le contó lo que habían hecho en clase.

Gabriel se acomodó en el sofá y la escuchó con atención.

Ella se puso en pie y ejecutó algunos de los movimientos que había aprendido.

Él sonrió al verla emocionarse y esperó a que acabase de hablar para darle la noticia.

—Y hacen «fiu fiu» cuando golpean. Tengo que preguntarle a David por qué hacen eso… —dijo pensativa. Bostezó y se desperezó—. Vale, me voy a la cama.

—Espera un momento, Lola, tengo algo que decirte. —De repente se había puesto muy serio. Ella le indicó con un gesto que continuase hablando—. Debo ausentarme un tiempo, me reclaman en las esferas celestiales.

Se sentó de nuevo, aturdida.

—¿Cómo…? ¿Te vas? ¿Ahora?

—Solo un tiempo. Mantendré el contacto mental, si estás en peligro lo sabré. —Ella lo miraba sin hablar—. Volveré pronto —aseguró.

—¿Esto —titubeó—, tiene que ver con mi comportamiento del

otro día? —Al recordarlo, volvió a sentirse avergonzada.

Gabriel la miró severo.

—No tiene nada que ver contigo. Lo del otro día quiero que lo olvides, créeme que me hiere más tu inactividad.

Lola se hundió en el sofá, compungida. La expresión del ángel cambió, parecía arrepentido. Aunque duró tan solo unos segundos.

—Te veré a la vuelta —dijo secamente. Su expresión volvía a ser severa.

Ella atinó a pronunciar un «adiós» antes de que saliese del salón sin volver la vista atrás. No oyó la puerta de la entrada, pero sabía que se había ido.

Se levantó de nuevo, sintiéndose extrañamente baja de energía. Mientras se preparaba para acostarse pensó que no estaría mal perderlo de vista por un tiempo.

Estaría bien vivir sin sentirse permanentemente juzgada.

Antes de quedarse dormida, se dijo a sí misma que si se lo repetía lo suficiente quizás podría llegar a creérselo.

El lunes amaneció tan nublado como el ánimo de Lola. Intentó durante todo el día no pensar en Gabriel sin lograrlo y solo consiguió animarse cuando se acercaba la hora de ir a su clase de kung-fu.

Llegó antes de tiempo al gimnasio y buscó con la mirada a la chica del aura blanca. No estaba allí, así que acabó dando vueltas entre la sala de descanso y el aula sin fijarse en nada en particular.

Cuando estaba entrando en clase la vio pasar como una exhalación hacia los vestuarios, y un segundo antes de que David cruzase el umbral de la puerta, se coló delante de él guiñándole un ojo.

Él fingió severidad, aunque Lola notó por el comportamiento de su aura que en realidad le divertía.

El calentamiento previo le resultó tan duro como el primero, sin embargo, la clase se le hizo más corta todavía, porque era el día de la semana que dedicaban a defensa personal.

Le tocó como compañera a la chica del aura blanca. Fue muy amable y la ayudó en todo momento, pero cuando Lola quiso entablar una conversación, se encontró con respuestas monosilábicas y falta de atención.

Intentó buscarla después de clase sin conseguir encontrarla. Se había ido tan rápido como había venido.

Había decidido ir al gimnasio tres veces a la semana, pero el martes estuvo nerviosa y sin saber qué hacer. Intentó dibujar algo, eso siempre la había relajado. Sin embargo, los trazos no plasmaban lo que tenía en mente.

Nada salía bien.

Al final terminó el día dormitando a ratos en el sofá con la televisión encendida.

El miércoles se despertó animada por la perspectiva de ir a clase, pero el jueves fue otro día perdido, así que el viernes formalizó la matrícula para asistir cinco días a la semana.

Estaba firmando la solicitud justo cuando entró la chica del aura blanca. Con rapidez, entregó la hoja y se volvió hacia ella.

—¡Hola! No te vi el miércoles.

Ella sonrió.

—Ayer tenía un examen importante, por eso no vine. —Comenzó a caminar hacia el aula. Lola la acompañó. El aura de la chica iluminaba la oscuridad del pasillo y la reconfortaba—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Lola.

—Yo, María —dijo sonriendo.

El calentamiento no se hizo tan pesado y la clase le volvió a pasar rapidísimo.

Había dos chicos nuevos y David pidió a María que le enseñase a Lola un par de movimientos.

Resultó ser una maestra estupenda, tan buena como él.

Al acabar la clase, Lola se adelantó a los vestuarios. Cuando salió, se encontró al monitor en el pasillo.

—¿Qué tal? ¿Bien hoy? —quiso saber él.

—Sí, me cuestan un poco algunos movimientos, pero María es una maestra con mucha paciencia.

—Es normal que vayas avanzando poco a poco. De todas formas, yo te veo bien.

Lola se sintió muy orgullosa de sí misma, contuvo una sonrisa mientras miraba hacia el suelo.

—¡María! —Levantó la vista y vio que David miraba por encima de su hombro, sorprendido—. ¿Ya te vas?

Ella asintió y pasó a su lado sonriendo.

Sin embargo, Lola vio que su aura se debilitaba, y sabía que eso no se correspondía con una sonrisa.

Se despidió del profesor y la siguió por el pasillo hasta la calle,

cuando vio que giraba en dirección a su casa, se puso a su altura.

—Voy en la misma dirección, te acompaño —dijo con despreocupación.

María asintió sin mirarla, caminaron unos metros en silencio. Al llegar al primer semáforo se paró en seco.

—¿Te gusta David?

—¿Qué? ¡No! —De repente lo entendió todo—. Pero a ti sí, ¿verdad?

María le lanzó una mirada desafiante.

—Sí —contestó alzando el mentón.

A Lola le parecía que él era un poco mayor para ella, sin embargo, decidió que no era el mejor momento para comentarlo.

—No te preocupes por mí, ahora mismo no quiero saber nada de hombres.

«Ni de ángeles», pensó.

María se relajó y su aura recuperó su apariencia normal.

Lola se interesó por el resultado del examen y supo que iba a la universidad. Continuaron hablando de temas más banales y caminando juntas.

Resultó que vivía muy cerca de ella, así que no se separaron hasta llegar al paso de peatones frente al portal de Lola.

María siguió de largo y ella cruzó agitando la mano, despidiéndose de su nueva amiga, por lo que casi chocó con una chica que empujaba un carrito de bebé.

Mientras se disculpaba, le pareció ver a Gabriel por el rabillo del ojo.

Se quedó parada en medio del paso de peatones, revisando cada rostro, hasta que los cláxones de los coches la hicieron apartarse.

Él no estaba allí.

Sin que apenas se diese cuenta las semanas fueron pasando.

En clase de kung-fu, y gracias a María, ya conocía a todo el mundo. Cuando no estaba en clase practicaba lo aprendido.

Había empezado a ir al gimnasio un par de horas antes para hacer un poco de ejercicio extra. Además de deporte, allí hacia vida social, ya que María conocía a mucha gente y todos la apreciaban.

Aunque Lola tenía algunos años más que ella, disfrutaba mucho de su compañía y se estaba convirtiendo, por su optimismo y vitalidad, en un gran apoyo.

Por otro lado, ver que estaba aprendiendo a defenderse le daba seguridad en sí misma y el ejercicio físico la hacía sentirse más fuerte.

Poco a poco volvió a coger la rutina de dibujar y al final lo hacía todos los días.

Muchas veces dibujaba a María, aunque no le enseñaba ninguna de sus láminas. Todavía no se atrevía a hablarle de ello.

Los fines de semana cocinaba platos nuevos y casi siempre le salían perfectos, lo que la alegraba mucho.

Se daba cuenta de que ahora podía comer lo que le daba la gana sin engordar, eso estaba bien, porque desde que había empezado a hacer ejercicio tenía hambre todo el día.

A finales de noviembre, se enteró del fallecimiento del Doctor Díaz. Asistió al funeral y allí se encontró con Ana, la enfermera amable del aura amarilla. Tras la ceremonia, se acercó a saludarla.

—¡Hola, Ana!

—¡Hola! Me alegro de verte, a pesar de las circunstancias.

Lola asintió en silencio con gesto apenado. Ana se acarició el vientre, ya muy abultado.

—¿Cuánto te queda? —le preguntó.

—Pues acabo de salir de cuentas, pero se resiste.

Ambas sonrieron.

—Mira, apunta mi número de móvil y avísame cuando sea. Y lo que necesites, no tengas reparo en decírmelo.

Todavía hablaron durante un buen rato. Cuando se quedaron solas en el camposanto, se despidieron con un abrazo.

Más pronto de lo que esperaba recibió un mensaje de Ana; Alejandro había venido al mundo a las tres menos cuarto de la madrugada.

Esa misma tarde los fue a visitar.

No permaneció mucho tiempo en la habitación, ya que Ana estaba muy cansada y no paraba de llegar gente. Sin embargo, se alegró de haber ido.

Cuando salió de allí, se prometió a sí misma que mantendría el contacto.

El mes de diciembre llegó y ella continuaba con su rutina. Seguía buscando a Gabriel por la calle, en cada rostro, esperando cada día verlo aparecer por el pasillo de casa. Él había dicho que permanecería atento, pero, o lo hacía oculto a sus ojos o mantenía la distancia. No lo sabía.

Él tampoco sabría que a la mente de ella volaba continuamente la imagen de su rostro. Y que una y otra vez estaba alejándolo de su pensamiento.

Era una lucha constante y empleaba todos los medios para distraerse: cocinaba más, dibujaba más y practicaba más lo aprendido en kung-fu.

Por eso se sorprendió cuando un día puso la televisión por la mañana y se encontró a los niños de San Ildefonso cantando el Gordo. Ese era oficialmente el inicio de la Navidad para ella.

Rebuscó en su bolso hasta que encontró el móvil y llamó a sus padres, que le confirmaron que irían a su casa a cenar el día de Nochebuena. Al colgar, decidió mentalmente el menú. Sería una cena grandiosa.

El veinticuatro de diciembre a las tres de la tarde, cuando sonó el teléfono, estaba sacando una tarta de manzana del horno. La había hecho siguiendo la receta estrella de su abuela y estaba orgullosa del resultado.

Estaba segura de que tenía tan buen sabor como aspecto. Se sabía la receta de memoria.

Que la llamada fuese de su madre le sorprendió, que le dijese que no podían venir a cenar, no tanto. La excusa que puso casi ni la escuchó. Tampoco intentó reprocharle nada.

—No te preocupes mamá, te llamo en Reyes.

Cuando colgó el teléfono no estaba enfadada, pero sin darse cuenta el día fue empeorando, parecía que todo le salía mal.

Intentando desmoldar la tarta se le rompió en dos. Se dio un golpe con la puerta de un armario en la rodilla y se aplastó un dedo con un cajón. Estaba irritable y nerviosa.

Mientras recogía la cocina realizó un movimiento demasiado brusco y golpeó el vaso medidor de cristal que se rompió en pedazos. Había sido de su abuela, la mejor repostera del pueblo.

Se la había pedido muchas veces, y ella siempre le decía que no. Que era muy frágil, que la rompería.

«Bien, supongo que tenía razón», pensó.

Se dejó resbalar hasta el suelo, con el trozo de jarra que se había quedado unida al asa todavía en la mano, y comenzó a llorar.

Lloraba como nunca lo había hecho. Por su abuela, por sus padres, porque iba a pasar otro fin de año sola, por la tarta que nadie iba a ver… Lloraba todas las lágrimas contenidas. Lloraba por tantos años de no hacerlo y con ello caía el muro que había mantenido sus emociones encerradas.

Los sollozos le convulsionaban los hombros. Pegó la espalda a

la pared de azulejos, estaba fría. Cerró los ojos mientras intentaba calmarse.

Su respiración había vuelto a la normalidad cuando notó la presencia de Gabriel a su lado, aunque las lágrimas no habían dejado de fluir.

Al abrir los ojos los notó hinchados. Sabía que su aspecto era horrible, pero estaba demasiado derrotada para sentir vergüenza.

El ángel estaba agachado a su lado con gesto preocupado. Las puntas de su abrigo rozaban el suelo y se estaban llenando de harina.

Cuando sus miradas se cruzaron, el ángel posó una mano sobre el hombro izquierdo de Lola mientras con la otra le retiraba con delicadeza el cristal que ella aún sostenía. La ternura de sus gestos provocó nuevos sollozos.

Gabriel la miraba fijamente y en sus ojos ella podía ver reflejada su propia tristeza.

Él se sentó en el suelo y la abrazó. Ella se fue relajando a su contacto, como si la mala energía fluyese de su cuerpo al del ángel.

Permanecieron mucho tiempo en silencio, sin moverse, incluso después de que ella hubiese dejado de llorar. Notaba su cuerpo fuerte y su calor la reconfortaba.

Era difícil recordar que no era un hombre real. Pero ella cada vez pensaba con más claridad y se dio cuenta de que, aunque tenía la cabeza recostada en su pecho, no oía latir ningún corazón. Su piel tampoco tenía olor, ahora lo percibía. Y no podía negar que resultaba antinatural.

Carraspeó mientras se levantaba.

—Gracias.

Gabriel se puso de pie al mismo tiempo.

—Forma parte de la naturaleza de los ángeles dar consuelo —explicó.

Aunque a ella le pareció que sus ojos decían algo muy distinto.

Capítulo 9

Lola y Gabriel pasaron juntos el resto del día.

Ella le contó los progresos que había realizado en kung-fu, le habló de su amistad con María y le enseñó los dibujos que había hecho.

Gabriel escuchó atento, aunque a ella le pareció que era como si ya supiese lo que estaba contando. Como si nunca se hubiese ido.

¿De verdad lo habían reclamado en las esferas celestiales o era una simple excusa para alejarse de ella?

No quería dudar de él, sin embargo no podía evitar hacerse ciertas preguntas.

—Tenías razón con lo del deporte —reconoció—. Hace años me diagnosticaron bruxismo y el médico me había aconsejado dormir con una férula en la boca, pero ya no la necesito. Me duele menos la cabeza.

—Nunca dejaréis de sorprenderme los humanos, siempre intentando poner parches a los problemas que vosotros mismos os creáis, cuando lo más fácil sería ir al origen del conflicto y solucionarlo. —Se sentó en el sofá, descansó la espalda y se relajó.

Lola se sentó a su lado, subió las piernas y las estiró sobre el asiento, dejando que sus pies rozasen distraídamente el muslo izquierdo del ángel. Lo observó en silencio unos minutos.

Había algo en su aspecto que le parecía diferente, aunque no lograba determinar el qué. No tenía la sensación de estar al lado de un ser sobrenatural, sino sentada con un viejo y querido amigo.

—¿Sabes? De pequeña era una niña feliz, a pesar de todo y de todos. —Inspiró hondamente antes de seguir hablando—. Mis padres tuvieron que irse fuera del país a trabajar así que me dejaron con mi abuela. Estoy segura de que ella no quería ocuparse de mí, pero lo disimulaba bien. Casi siempre.

Continuó hablando de su infancia, él la escuchaba atento. En un determinado momento, exhibió una sonrisa de suficiencia que la molestó.

—¿Y esa sonrisita a qué viene? —lo increpó.

—Perdona, es que llevo observándote desde que tenías cinco años. Tu memoria no es tan perfecta como la mía y algunos de tus recuerdos están levemente alterados, supongo que por tus emociones.

—No me revientes la historia de mi vida, ¿quieres? —dijo, dándole una palmada cariñosa en el muslo—. Ya sé que tú no necesitas comer, pero yo me muero de hambre —añadió levantándose para ir a la cocina.

El ángel la siguió y no le quitó la vista de encima mientras cocinaba.

—¿Qué pasa? ¿Vigilas por si me corto un dedo a algo así?

Gabriel se encogió de hombros.

—Me gusta observarte.

Ella se sintió extrañamente cohibida y siguió trabajando en silencio.

Mientras comía, una pregunta comenzó a dar vueltas en su cabeza. Al terminar, se atrevió a hacerla.

—¿Eres de verdad el arcángel Gabriel?

Pudo ver que él dudaba.

—Gavreel es el que me dieron cuando fui creado, pero tengo muchos nombres. Entre los humanos se me conoce como Gabriel.

—¡Entonces eres el arcángel Gabriel de la Anunciación! —exclamó, impresionada.

—No pasó exactamente como lo cuentan en la Biblia. Yo también la he leído —aclaró él.

—Pero eres el mensajero de Dios, ¿no? Algo así como un chico de los recados.

El ángel la miró fingiendo seriedad. Ella puso su mejor cara de inocencia y él no pudo evitar sonreír.

—Al principio de los tiempos no fuimos concebidos como simples mensajeros. Éramos seres de luz, creados libres para elegir nuestro propio destino. —Su mirada se ensombreció—. Pero uno eligió mal. Se llamaba Lucero y era el más antiguo entre nosotros. Comenzó sembrando la desconfianza entre sus más cercanos. Muchos se pusieron de su parte, otros no. Sin darnos cuenta se habían formando dos bandos; el de Lucero, que como ángel rebelde adoptó el nombre de Lucifer, y el de Miguel.

El ángel permaneció en silencio unos minutos con el rostro muy serio. Parecía estar reviviendo aquellos días. Lola casi no se atrevía a moverse y esperó con paciencia hasta que él volvió a hablar.

—Tras la guerra, el Creador mantuvo el libre albedrío solo en sus más fieles, convirtiendo al resto en meros pajes. Después creó una nueva raza para que poblase la tierra. —Hizo un gesto hacia ella—. Sin el poder suficiente para enfrentarse a él.

Lola lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Debo parar de hablar, te he contado más de lo que ningún

mortal debería conocer.

—Tranquilo, no sé si quiero saber más.

Tras su relato, el ánimo de Gabriel decayó. Ella intentó retomar la conversación a través de temas más frívolos, pero solo consiguió monosílabos por respuesta.

Estaba claro que había removido recuerdos dolorosos.

Encendió la televisión para que llenase el silencio entre ellos y la tarde fue dando paso a la noche.

Cuando decidió que era hora de irse a dormir y le dio las buenas noches, solo recibió una contestación mecánica.

Antes de entrar en su habitación, echó un último vistazo al salón. El ángel permanecía allí.

Se preparó para acostarse deseando que no se marchase.

A pesar de todo, le gustaba tenerlo cerca.

Al día siguiente en cuanto se despertó, se levantó y vistió sin perder tiempo, como cualquier niño la mañana del día de Navidad, ansiosa por comprobar si su deseo se había cumplido.

Gabriel seguía en el salón. Estaba de pie frente al armario, delante de la puerta de cristal. Observaba pensativo la vela que ella había conservado. Al notar su presencia se giró hacia ella sonriendo.

Le emocionó ver que su ánimo había mejorado.

Después de darle los buenos días, se dirigió a la cocina fingiendo normalidad, mientras intentaba serenar los latidos de su corazón.

El ángel la siguió.

Al abrir la nevera se dio cuenta de que tenía que ir a hacer la compra. Supo que lo había dicho en voz alta cuando él se ofreció a acompañarla.

Ella dudó. Estaba imaginando una escena de pánico en el supermercado que incluía una cesta flotando en el aire.

Él percibió sus dudas.

—Puedo hacer que todos me vean. Seré uno más.

Después de eso, apenas tardó unos segundos en decidirse.

—Vale, pero tú llevas la cesta.

—¡Hecho!

Se decidió por el supermercado más cercano porque sabía que

abría todos los festivos. Todavía recordaba el ataque de ansiedad que había sufrido la última vez. Sin embargo, ese día se sentía protegida al lado de su ángel y no tenía ninguna prisa por volver a casa.

Caminando entre los lineales, parecían otra de tantas parejas jóvenes haciendo la compra semanal.

—Todavía no te he hablado de mi teoría del supermercado.

—¿De qué?

—La teoría del supermercado. Se basa en tres puntos; siempre compras algo que no está en la lista, se te olvida alguna cosa que te hace falta y hay algo que no encuentras.

Gabriel la miraba divertido. Lola notó que se estaba sonrojando y se concentró en buscar lo que faltaba.

Cuando la cajera estaba pasando el último artículo, Alicia llegó con los brazos llenos de comida dietética. En el comportamiento de su aura notó inseguridad.

La presencia de Gabriel le daba fuerza, así que no rehuyó su mirada, sino que la saludó con naturalidad y sacó la cartera para pagar. Atenta en recoger la vuelta y comprobar el recibo, apenas fue consciente de la intensa mirada de la muchacha.

Gabriel ya se alejaba hacia la puerta llevando con ligereza todas las bolsas. Se dio la vuelta y apuró el paso para alcanzarlo.

No había sido tan difícil.

Pensó en aquellos días en la oficina, en lo atrás que parecían quedar. Todo eso formaba parte de una etapa cerrada en su vida.

Quizás algún día se pasase por allí para despedirse de forma adecuada de sus compañeros.

Caminando al lado del ángel a través del aparcamiento se sintió feliz.

—Nunca había ido al supermercado acompañada de un ángel.

—Yo nunca había ido al supermercado.

—Ha estado bien.

—Sí.

Él sonrió, y ella pensó que podría hacerse adicta a esa sonrisa.

Después de comer, Lola se distrajo recogiendo la cocina y ordenando los armarios.

Cuando terminó, se dio cuenta de que casi había anochecido y

Gabriel no estaba a su lado.

Lo encontró en la terraza, mirando las estrellas. Se situó a su lado y se concentró en el cielo, esperando ver algo fuera de lo común.

Pasaban los minutos y ya le estaba doliendo el cuello cuando se relajó y dejó vagar la vista.

De repente se dio cuenta de que era hermoso, no recordaba haberse parado nunca a observarlo así, sin pensar en nada, dejándose impresionar por su inmensidad.

—¿El Cielo está ahí arriba?

—En cierto modo.

La voz de Gabriel sonó extrañamente profunda, Lola se giró con lentitud. ¿Era su imaginación o tenía los ojos empañados? ¿Los ángeles podían llorar?

—¿Estás bien?

Él giró el rostro, enfrentándola, y a ella le dio un pinchazo en el corazón.

No podía apartar la vista de esos ojos, que reflejaban toda la luz del firmamento. De su piel, tan blanca e impecable, como si fuese mármol pulido.

Su pelo castaño, siempre peinado con tanto cuidado, estaba ahora desordenado por la brisa nocturna. Y su boca era perfecta; sus labios carnosos y rosados entreabiertos.

Sus ojos seguían fijos en los de ella.

A Lola le subió una marea de cosquillas por todo el cuerpo y pensó que él no era él y ella no era ella. Y no pasaría nada si le besaba, porque no estaban en la terraza de su ático, sino a millones de años luz flotando entre estrellas.

Sonó el timbre y se sobresaltó. La conexión se había roto.

Un escalofrío le asaltó cuando entró en el piso, seguramente por el cambio de temperatura. Había estado demasiado tiempo fuera y la noche estaba más fresca de lo que había percibido.

Se apresuró hacia la puerta pero cuando llegó no había nadie. Extrañada, regresó a la terraza.

Solo la esperaban las estrellas.

Gabriel se había ido.

Capítulo 10

Al día siguiente no supo nada del ángel. Como se habían suspendido las clases de kung-fu por las fiestas, a los días les sobraban horas.

Se puso a hacer galletas.

Pronto se dio cuenta de que tenía más de las que podía comer en un mes, así que llenó una fuente y se las llevó a Mercedes.

Su vecina insistió tanto en que se quedase a pasar la tarde, que se quedó. Tampoco tenía nada mejor que hacer.

La noche de fin de año, cuando sonó la última campanada, seguía sola en casa.

Mientras desde la calle llegaban sonidos de fuegos artificiales, ella levantó la copa y brindó con su imagen burlona en el espejo: «Feliz Año Nuevo, Lola».

No esperaba que sus padres llamaran, tampoco pensaba hacerlo ella. Y sin embargo, cuando sonó el teléfono se alegró. Cogió el móvil esperando que no fuese alguien que se había equivocado. Antes de contestar ya había reconocido en la pantalla el número de su amiga.

—¡Feliz Año Nuevo, María!

—¡Feliz Año Nuevo! —Apenas la oía, porque había mucho ruido de fondo; voces, risas y música—. Lola, ¡última oportunidad! Hemos quedado a la una en el *The Barber Ranger*.

Se hizo un silencio amortiguado en la línea, María debía de haber tapado el auricular.

Volvió la cara hacia el espejo y se dio tanta pena a sí misma, que cuando María pronunció su nombre interrogativamente, ella contestó con firmeza.

—Allí estaré.

Se puso pantalones de traje negros, camisa roja, chaqueta de cuero, las uñas de color azul y sus mejores intenciones.

—¡Anímate, Lola! —María le estaba tirando de la manga izquierda sin dejar de bailar mientras le ofrecía un vaso.

Ella se forzó a abrir los ojos y se despegó de la pared contra la que se había recostado. Le hubiese parecido imposible quedarse dormida en medio de aquel estruendo, pero últimamente sus ritmos de sueño habían cambiado mucho.

—¿Qué es?

—Ron con cola.

Tomó un sorbo, dubitativa. María la miraba expectante.

—Está bueno.

La risa de María le llegaba entremezclada con el resto de voces y auras que atestaban el local. Sus prácticas con las multitudes le habían ayudado a casi soportarlas, pero la música, las voces y el humo, llevaban la experiencia a un segundo nivel.

Cerrar los ojos le relajaba un poco. No quería hacerlo por miedo a volver a quedarse dormida, así que revolvía su bebida y daba tragos lentos intentando distraerse.

María estaba bailando con un chico muy joven. Tendría unos quince o dieciséis años. Ella le dijo algo al oído y él miró a Lola con curiosidad.

Ella le devolvió la mirada con tanta intensidad, que hizo que bajara la vista, avergonzado. María se giró para ver qué había provocado el gesto del muchacho, parecía sorprendida.

Cuando terminó la canción se acercó a ella y antes de que pudiese preguntar, habló alzando la voz para hacerse oír.

—Es mi hermano.

Lola se desplazó hacia la izquierda para volver a verlo, pero él ya se perdía entre la multitud.

Cuando se volvió hacia María, ella tampoco estaba.

Mientras la buscaba con la vista seguía bebiendo. Acababa de terminar su copa justo cuando la vio aparecer.

—¡Vodka negro! —gritó mientras le ponía en la mano un vaso con un líquido oscuro.

Ella se encogió de hombros y bebió un trago. Sabía a mora.

Esta vez María no esperó al veredicto, ya había vuelto a desaparecer bailando entre la multitud.

Ella echó un vistazo alrededor distraída y vio aparecer a su ángel. Gabriel se dirigía en línea recta hasta ella con ritmo constante.

A cada paso encontraba espacio para seguir acercándose, pues la gente, aun sin mirarlo se movía, permitiéndole avanzar.

Notó que se le aceleraba el pulso. No había vuelto a verlo desde el día de Navidad.

Era consciente de que había estaba esperando este momento toda la noche. Mientras cenaba, mientras preparaba las uvas, descorchaba el cava, siempre pendiente de verlo aparecer.

Gabriel se situó frente a ella. Aunque se veía como siempre, hoy lo encontraba especialmente atractivo.

—No deberías beber eso —dijo él mientras miraba ceñudo el

vaso que ella sostenía.

A Lola le subió de repente una quemazón por el esófago. ¡Vaya forma de saludar en Año Nuevo! Después de la intimidad que habían compartido, había desaparecido sin más para reaparecer dando lecciones morales no pedidas.

Apuró la copa con rabia. Fue un trago largo porque quedaba casi medio vaso.

Gabriel la miró impasible y se encogió de hombros.

—Que lo pases bien.

Le pareció detectar un tono de indiferencia o desprecio, no pudo captarlo bien, por el ruido ambiente o por la ira que le taponaba los oídos. Tardó unos segundos en contestar y cuando reaccionó, él ya le había dado la espalda.

—¡Igualmente!

Puso toda la ironía de la que disponía en su voz y cuando el ángel hubo salido del local se dirigió con decisión hacia la barra.

—Eso haré… —repetía, aplacando las ganas de salir corriendo detrás de él.

Tras la marcha del ángel, el tiempo se convirtió en un borrón. Por mucho que se esforzase, Lola no podría describir con veracidad cronológica los acontecimientos de esa noche.

En algún momento, al salir de un local, le subió un reflujo ácido a la boca y el estómago se le contrajo con una arcada. Se apoyó entre dos coches y vomitó. Al darse la vuelta alguien le ofreció una cerveza y se la bebió de un trago para quitarse el mal sabor de boca.

María debió de verla muy mal, porque no volvió a alejarse de ella.

Al día siguiente, cuando despertó en su cama, no tenía nada claro cómo había llegado allí.

Recordó vagamente haber gritado en medio de la calle que podía ver auras, y que todos se habían reído.

Notó que las mejillas le ardían al recordarlo.

Se sentía tan avergonzada que no quería volver a salir a la calle nunca más.

Se echó el edredón sobre la cabeza y estaba intentando poner la mente en blanco cuando sintió la presencia de Gabriel.

Sabía que era él, aunque no podía verlo. Se quedó muy quieta mientras lo percibía moverse alrededor de la cama.

A los pocos minutos la sensación se fue. Como si se hubiese desvanecido.

Esperó un tiempo que consideró prudencial antes de levantar el

edredón y comprobar que se encontraba sola.

Debía de ser muy tarde, pues la luz que se colaba bajo la puerta era suave.

Sobre la mesita había dos velas de colores sobre unos preciosos soportes cuadrados de cristal ahumado.

Fue cogiendo una y otra, inhalando su aroma, feliz, sin poder decidir cuál le gustaba más. La de color arena olía a canela y la oscura solo podía ser de chocolate.

Todavía estaba percibiendo el aroma de la última cuando vio la tarjeta. Se incorporó de un salto y la abrió.

Al momento comenzó a llorar, la tarjeta cayó en su regazo y absorbió gran parte de las lágrimas y aun así, después de un llanto interminable, todavía se podía leer una frase manuscrita de trazos elegantes; «Feliz Año Nuevo, Lola».

Ya había anochecido cuando se levantó por fin de la cama. Le dolía la cabeza y tenía mucha sed.

Cogió las velas y la tarjeta para guardarlas en el armario del salón junto a la de vainilla. Avanzó por el pasillo sintiéndose todavía un poco mareada. Al llegar a la estancia, vio la puerta de la terraza entreabierta y a Gabriel apoyado en la barandilla. Dejó las velas, cogió la manta que siempre tenía encima del sofá, se la echó sobre de los hombros y salió.

Cuando se acodó a su lado alzó hacia él la tarjeta que todavía llevaba en las manos.

—¿Tan difícil era? —preguntó.

Él la miró, apoyando la cabeza en el hombro izquierdo. Parecía cansado.

—No estoy acostumbrado a que me desafíen ni me desobedezcan. Aun así, siempre logro mantener la calma… menos contigo. —Suspiró hondamente antes de continuar—. Estás volviendo del revés mi vida y eso es algo que no había pasado nunca en todos mis años de existencia. Y créeme cuando te digo que eso son muchos, muchos años.

Lola lo observaba con atención.

—¿Miles? —Él callaba—. ¿Millones?

—No se puede calcular en tiempo humano.

Ella ajustó más la manta sobre su cuerpo. Estaba comenzando a

temblar.

—Creía que habíamos superado esa fase de no soportarnos…

—Yo también.

El aliento se convertía en vaho al instante de ser exhalado. Gabriel la miró preocupado.

—Vamos adentro, te estás quedando helada.

La rodeó con un brazo con intención de guiarla hacia el interior, pero en el momento en que sus cuerpos entraron en contacto una descarga eléctrica recorrió las entrañas de Lola.

Estaba segura de que él también lo había sentido, pues se quedó paralizado.

—Será mejor que entres tú —dijo él, y su voz sonó extrañamente tensa.

Regresó a la calidez del salón cerrando la puerta de la terraza a su espalda. No le hacía falta darse la vuelta para saber que él se había ido.

Los siguientes días pasaron casi sin darse cuenta. Gabriel había vuelto a desaparecer. Lo echaba tanto de menos que pensar en él dolía. Por eso intentaba seguir con su vida de la forma más normal posible.

La mañana del día anterior a Reyes, mientras tomaba una taza de café de pie frente al ventanal del salón, decidió ir a comprarle un regalo a Inés, la hija de su vecina Mercedes.

Cuando terminó de desayunar, se vistió y se dirigió a la juguetería del centro comercial. Era su favorita.

El camino más corto hasta allí pasaba por el cementerio. No lo evitó, pero no pudo impedir acordarse de la última vez.

En el trayecto de ida todo estaba en calma. Por desgracia, cuando volvía de regreso se encontró con una comitiva fúnebre.

Paró el coche y se quedó observando. No notó nada raro, esta vez no había ningún espíritu. Era eso, o que ella no podía verlo.

La multitud se adentró en el camposanto y la puerta abierta le pareció una invitación. Sin ser consciente de ello por completo, Lola se bajó del coche y se adentró en el cementerio.

Vagó sin rumbo entre las tumbas, mientras la voz del sacerdote se oía aumentada o más lejana, según la dirección del viento.

Se había quedado observando un ángel esculpido sobre una lápida, cuando una brisa fría la hizo estremecerse.

Notó que hacía tiempo que no oía ninguna voz, la ceremonia debía de haber acabado ya. Pensó que era mejor regresar antes de

que cerraran las puertas, pero al volverse se encontró de frente con el espíritu de una adolescente.

Era como si se mostrase a través de una pantalla de agua. Se veía triste y frágil.

Lola inspiró con profundidad para controlar los nervios y la miró fijamente a los ojos. Tras un minuto, la figura habló.

—¿Puedes verme? —Su voz sonaba lejana aunque desprovista de maldad.

—Sí —dijo, y no pudo evitar el leve temblor en su voz.

—Qué raro, nadie puede.

—¿Cómo te llamas?

—No lo sé. No recuerdo nada aparte de mi muerte.

—¿Qué sucedió?

El espíritu fluctuó hacia un lado y a otro antes de comenzar a hablar.

—Estaba en una fiesta en la playa, con unos amigos. De repente, me entraron unas ganas tremendas de hacer pis. Subí las escaleras hasta el aparcamiento. Recordaba haber visto, cerca de donde dejamos los coches, unos baños públicos. Estaba bastante iluminado, así que no tuve problemas para localizarlos y llegar hasta las casetas. Empecé a notar un hormigueo en la cara, pero no le di importancia. Seguía oyendo la música y las risas de mis amigos, aunque ya no podía verlos. —La silueta del espíritu volvió a fluctuar brevemente—. Los baños estaban cerrados con llave y por ese lado de la playa había muchas casas, así que la única posibilidad era el pinar. Seguí alejándome de la música hacia los árboles y cada vez tenía más ganas de orinar. El hormigueo empezó a convertirse en un ardor que se extendía por el cuello. Me adentré en el bosque, hasta que dejaron de verse las luces de las casas y allí me alivié. Una vez calmada, la sensación de calor se intensificó. Notaba la cara hinchada y comencé a tener dificultades para respirar. Me palpé el rostro y supe que algo no iba bien. Intenté salir a la luz, pero estaba muy oscuro, tropecé y caí. —El espíritu se debilitó, casi como si fuese a desaparecer. Al cabo de medio minuto volvió a recuperarse—. Conseguí levantarme, aunque ya estaba tan mareada que no logré salir de allí. Otra oscuridad más fría me rodeaba. No recuerdo nada más.

El sonido de unos pasos a su espalda hicieron que Lola se diese la vuelta.

Un hombre se le acercaba mirándola extrañado. Parecía muy viejo y cansado. Por su uniforme, interpretó que sería el guarda del cementerio. Su aura era débil y de color naranja pálido.

—Disculpe, tengo que cerrar.

—Sí, claro, ya me iba.

Echó a andar con despreocupación.

Después de unos pasos, se volvió para guiñarle un ojo a la chica a modo de despedida.

El hombre continuaba ya su camino. Al pasar al lado del espíritu, se estremeció y se abrochó la chaqueta.

Cuando Lola llegó a casa, Gabriel estaba en la terraza.

Se quedó quieta, observándolo. Su abrigo ondeaba ligeramente, su silueta se recortaba sobre la luz de la luna llena. Con las manos en los bolsillos miraba al cielo. Desde donde ella estaba situada solo podía verlo de perfil.

Una barba corta le ensombrecía la mandíbula. La piel parecía brillar. Ella se mantenía en penumbra, como un ladrón. Esta vez, casi había temido que no volvería a verlo. Sabía que ese momento llegaría, le aterraba pensar en ello. Por eso, estaba decidida a no preocuparse por el futuro. Se limitaría a ir aprovechando lo que la vida le ofrecía día a día.

La quietud del ambiente y la majestuosidad del ángel, creaban una energía extraña que le recorría el cuerpo, desde los dedos de los pies hasta la nuca.

—Hola. Cierro ahora mismo, sé que hace frío.

Gabriel se giró para alcanzar la puerta. Su abrigo se movió como si fuera una capa, llevaba el chaleco a medio abotonar.

—Da igual… —Su voz sonó como un susurro, pero él ya estaba cerrando la puerta de la terraza.

Lola dejó el bolso sobre una mesa y comenzó a quitarse el abrigo. Intentaba comportarse con normalidad, aunque las manos le temblaban tanto que le pareció que pasaba un siglo con cada movimiento.

Él se había sentado en el sofá y la observaba en silencio.

—Hoy he conocido a un fantasma.

Empezó a hablar para disimular sus nervios, aunque igualmente se lo hubiese contado, no tenía nadie más con quien compartirlo.

—¿Sí?

—Era el espíritu de una chica joven, quince o dieciséis años. No recuerda nada de su vida, solo su muerte.

—Es normal cuando se trata de espíritus inexpertos, seguramente no lleva mucho tiempo muerta. Sucede que el trauma de la muerte es tan fuerte que anula todo lo demás. Cuando se trata de personas jóvenes o de muertes repentinas es peor.

—Supongo que tiene alguna cuenta pendiente aquí que no le

deja avanzar.

Gabriel la miró, confuso.

—Como en la serie —aclaró.

—No deberías creerte todo lo que dicen en televisión, la mitad son gilipolleces.

Ella arqueó una ceja.

—¿Has dicho una palabrota?

—Sí, sí, perdón. —Agitó la mano restándole importancia—. Son las personas vivas las que atan a los muertos a este mundo. Cuando no reconocen que la persona ya no está, cuando se niegan a admitirlo, atraen con su energía al espíritu, quedando este unido a un mundo que ya no le pertenece. Eso les crea confusión.

—Entonces, el problema no está en el espíritu.

—Sino en la persona viva ligada a él, sí —completó Gabriel.

Varias ideas surgieron en la mente de ella y sonrió satisfecha consigo misma.

—Lola… —Gabriel la miraba muy serio.

—¿Qué? —Se preparó mentalmente para una despedida.

—Es posible que estos días no esté mucho por aquí. Es importante que sepas que no tiene nada que ver contigo. Las cosas están complicadas en las esferas celestiales.

—¿Volverás? —Le daba miedo preguntar, pero necesitaba oírle decir que sí, aunque no fuese verdad.

Gabriel se levantó y se situó frente a ella.

Lola tragó con dificultad y se quedó totalmente quieta.

—Sí.

La rodeó pasando muy cerca de ella, aunque sin llegar a tocarla y se fue.

Capítulo 11

El lunes siguiente se reanudaron las clases de kung-fu que se habían suspendido durante las vacaciones de Navidad.

Fue un gran alivio para Lola, porque volvía a estar ocupada. Veía a María a diario y había retomado su vida social, que ahora estaba centrada en torno a la gente del gimnasio.

Un par de veces a la semana después de comer, mientras todavía había luz suficiente, se pasaba por el cementerio, pero siempre lo encontraba cerrado.

A la cuarta semana tuvo la oportunidad que había estado esperando, volvió a coincidir con un funeral y aprovechó para colarse en el camposanto.

Se alejó de la comitiva de manera disimulada disfrutando de la caricia suave del sol sobre el rostro. El mes de febrero había comenzado seco y con las temperaturas más altas de lo normal.

No vio ningún espíritu. Sin embargo, descubrió una puerta estrecha cerrada con una cadena oxidada junto al muro de cierre al fondo del cementerio.

Los extremos de la cadena se unían en un candado. Aunque parecía cerrado, cuando comenzó a manipularlo, se soltó.

Impulsada por la curiosidad, atravesó la puerta y se encontró con un pequeño claro rodeado de árboles.

La hierba se veía cuidada. A la derecha de la puerta, por el lado exterior del muro, había una estatua de un ángel. La brisa mecía las ramas de los árboles y un olor a verde inundaba el ambiente.

Desde aquí no se oía ninguna voz y la estatua del ángel la reconfortaba. Lola sintió la necesidad irracional de tumbarse en la hierba fresca, y se relajó a los pies de la estatua.

En algún momento debió quedarse dormida porque cuando abrió los ojos estaba anocheciendo.

Se había perdido la clase de kung-fu, pero se levantó con la sensación de haber tenido un sueño fantástico.

Por desgracia, no lo recordaba.

Sonrió mientras estiraba la espalda.

La vegetación entre los árboles que rodeaban el claro era muy densa, en algunos puntos estaba totalmente cerrado por las zarzas. El único camino posible era volver hacia atrás y volver a cruzar el camposanto.

Colocó la cadena y el candado como los había encontrado y atravesó el cementerio observando atenta a su alrededor, por si volvía a ver a la chica.

Al llegar a la puerta principal vio que estaba cerrada.

Estaba pensando cómo podría salir cuando se fijó en que la puerta de la garita del guarda estaba abierta. De la silla colgaba una chaqueta.

Echó un vistazo entre los nichos, sin perder de vista la entrada y aguzando el oído.

Cada vez estaba más oscuro. Miraba hacia la garita dudando si volver sobre sus pasos.

Justo en ese momento atisbó la luz de una linterna.

Al acercarse oyó un murmullo, el guarda del cementerio estaba arrodillado delante de una tumba, rezando. Parecía incluso más viejo y cansado que la primera vez que lo había visto.

Esperó en silencio a que él terminara sus oraciones.

El haz de la linterna iluminaba apenas el nombre grabado en la piedra bajo la sencilla cruz. Desde donde estaba, solo se podía leer: «Isabel».

El hombre se levantó y se giró hacia ella, percatándose de su presencia.

—¿Otra vez usted? ¿Qué hace aquí? El cementerio está cerrado.

—Sí, verá, es que he venido al funeral de un amigo —improvisó —, y luego he ido a visitar la tumba de otro amigo y me he despistado.

El hombre la miró incrédulo, pero no la cuestionó.

—Venga conmigo, la acompañaré a la salida.

Echó a andar y le repitió los horarios del cementerio. Ella lo siguió sin decir nada.

Durante las semanas siguientes siguió visitando el cementerio. Logró encontrar al fantasma de la chica y habló un par de veces con ella, aunque como no recordaba nada más, la conversación se volvió demasiado repetitiva.

En una ocasión vio el espíritu de una anciana, le pareció que era la mujer ciega del aura blanca.

Permanecía en el centro del pequeño grupo que había acudido a despedirla y cuando, finalizado el sepelio, comenzaron a dispersarse, se elevó unos metros en el aire y se diluyó como si fuese niebla.

En todas sus visitas al cementerio hacía una parada en el claro del ángel. Se sentía bien allí.

Un día, al pasar frente a la garita del guarda camino a la puerta principal, este se dirigió a ella.

—Debe de tener usted muchos amigos, es la séptima vez que la veo este mes. —Había salido a la puerta de la caseta y la observaba con los brazos cruzados.

Visto de cerca, no parecía tan viejo, quizás no más de cuarenta y cinco años. Por su lenguaje corporal y su aura, pudo interpretar que no confiaba en ella.

—La verdad es que este cementerio es un lugar de paz. Créame, eso no abunda en mi día a día.

El rostro del hombre cambió. Soltó los brazos, relajándolos y el brillo de su aura se intensificó.

—Discúlpeme, la comprendo perfectamente, por supuesto puede venir cuando quiera y olvídese de los horarios, yo suelo estar por aquí hasta las doce de la noche. Mi nombre es Fernando.

—Encantada —dijo tendiéndole la mano—. Yo me llamo Lola.

Con esa conversación quedó sellado el comienzo de su amistad.

Los días pasaban como una larga tarde de domingo.

Cada mañana se enfrentaba al mundo sin Gabriel. Intentando acostumbrarse a su ausencia.

En el gimnasio había resuelto algunos conflictos gracias a su don. También había empezado a tener por costumbre bajar los sábados a casa de Mercedes a tomar café y jugar un rato con Inés. Seguía visitando de vez en cuando el cementerio, aunque no había vuelto a encontrarse con ningún espíritu.

Un día de finales de febrero estaba descansando en el claro del ángel, apoyada la espalda contra el pedestal de la estatua, cuando oyó un ruido metálico en la puerta.

Se levantó con urgencia y abrió de un tirón asustada. Al otro lado estaba Fernando con la cadena en la mano.

—Lola, ¿qué haces aquí?

—¡Hola! Solo curioseaba —y añadió con cautela—. El candado estaba abierto.

—Lo sé, es el tercero que cambio. —Sacó un candado nuevo de un bolsillo de la chaqueta—. No están forzados, solo se abren.

—Es raro.

—Mucho. No deberías estar por aquí.

El sonido del candado al encajar dio por clausurado, aunque quizá no para siempre, su rincón no tan secreto.

De camino a la entrada pasaron hablando por delante de la tumba donde lo había visto rezar y él se agachó para quitar una hoja que el viento había empujado sobre el mármol.

Lola esperó en silencio.

—Es mi hija —ella asintió, no sabía muy bien qué decir—. Lo primero que hago cada mañana es venir a verla. Me encargo de que su tumba esté limpia y con flores frescas. Las margaritas eran sus preferidas… Me gustaría poner una foto suya en la lápida. Mi mujer se niega, dice que ya es bastante morboso que siga hablando como si ella estuviera viva delante de una piedra. —Fernando sonrió un poco avergonzado—. Yo antes trabajaba en el Instituto, ¿sabes? Era profesor. Solicité esta plaza cuando murió para estar más cerca de ella. Mi mujer no estaba de acuerdo. Respetó mi decisión, pero esto nos está separando. —Su aura había ido perdiendo fuerza a medida que hablaba—. Parece que no le importa.

—No digas eso, ella también ha perdido una hija.

—Ha pasado página. Yo no puedo.

—No se trata de olvidar, sino de asumir, continuar viviendo.

Fernando sacó una funda de plástico del bolsillo y se la entregó.

—Mira, siempre llevo su foto conmigo. Es del día en que murió, la sacamos con la cámara que le regalé. Era su cumpleaños, ¿sabes?

Lola lo sabía. La chica que le sonreía desde el papel era el espíritu perdido del cementerio. Le devolvió la foto intentado contener la emoción.

—Creo que puedo ayudarte —dijo.

Esa semana fue todos los días al cementerio. Aunque muchas veces lo encontraba cerrado, Fernando le había dado su número de móvil para que pudiese localizarlo. Nunca estaba muy lejos de allí.

Buscaba al espíritu de la chica por todas partes, llamándola en voz baja mientas recorría los pasillos entre los nichos.

El domingo no pudo ir, aunque faltaban cuatro días para su cumpleaños, sus padres tenían un viaje planificado que no podían cambiar e insistieron en organizarlo ese día.

Era la primera vez que lo celebraba antes de la fecha. No le gustaba demasiado la idea. De todas formas se esforzó en preparar una comida de gala y una gran tarta de chocolate.

Durante la comida sus padres estuvieron comentando emocionados los detalles del inminente viaje y se olvidaron de

preguntarle a ella qué tal estaba.

En algunos momentos se abstrajo de la conversación, le pasaba a menudo con ellos.

Daba igual, solo necesitaba sonreír y fingir que le importaba lo que le estaban contando. Siempre funcionaba.

Cuando sacó la tarta, su padre se levantó de golpe y encendió la televisión.

—¡El concurso!

Se quedo atónita con la bandeja en la mano.

—No nos lo perdemos ni un día, solo dura media hora —aclaró su madre sonriendo con gesto culpable.

Se les veía estusiasmados, intentando contestar como si ellos también estuviesen concursando y con gritos de pena cuando fallaba Pedro, su concursante favorito, que llevaba invicto setenta programas.

El tal Pedro casi parecía más de la familia que ella.

Lola contestó muchas preguntas bien, pero no la oían.

Cuando acabó el concurso, el padre se levantó, celebrando que Pedro había vuelto a quedar clasificado para el siguiente día. En sus ojos vio el orgullo que muchas veces había buscado sin hallarlo.

Notó un dolor agudo en el pecho y deseó con intensidad ser ella la que estuviese en pantalla.

Sus padres volvieron a la mesa.

Lola ya había soplado las velas y comido su porción de tarta.

Al sexto día de recorrer el cementerio, su perseverancia se vio recompensada. Llevaba diez minutos dando vueltas cuando decidió visitar el claro del ángel.

El candado estaba suelto, abrió la puerta y se encontró con el espíritu de Isabel de frente.

—¡Coño, qué susto me has dado!

Ella permaneció impasible.

—Me gusta venir aquí —dijo al fin.

—Sí, a mí también —coincidió Lola—. Te estaba buscando, tengo que hablar contigo.

Después de explicarle la situación, la llevó hasta su tumba. El guarda estaba allí, rezando. La chica se acercó flotando y leyó su nombre. Miró a Fernando a los ojos.

Apoyó con levedad una mano sobre el hombro de su padre y se giró hacia Lola.

—Lo recuerdo.

Fernando se estremeció. El espíritu de la joven se elevó diluyéndose en el aire como había hecho el de la anciana.

Cuando Lola volvió la vista hacia el guarda, lo vio llorando en silencio. Se alejó sin hacer ruido y antes de salir del camposanto le dio mentalmente las gracias a Haziel.

Capítulo 12

El día de su cumpleaños, se despertó temprano, sin sueño y sola.

Se alegraba de no tener que trabajar. Se estiró en la cama y decidió dedicar el día a mimarse.

Lo primero que hizo fue preparar un chocolate para desayunar. Iba dando vueltas al contenido de la taza con la cuchara, camino del salón, cuando una pequeña gota le salpicó en la mano.

La limpió distraída con la lengua.

Fuera llovía, así que en lugar de sentarse en la terraza a disfrutar de la mañana, tuvo que conformarse con mirar el cielo gris a través del ventanal.

Intentaba no pensar en nada y se deleitaba en el aroma del chocolate, en su sabor. El líquido caliente la reconfortaba.

Tembló y anheló otro calor.

Cerró los ojos y se imaginó entre los brazos de un hombre. Recostada en su pecho, oyendo el latido de su corazón. Sin saberlo estaba sonriendo.

Se acomodó en el sofá recreándose en su fantasía. Nunca antes había tenido una tan vívida. Levantó la cara con lentitud buscando sus labios, pero cuando su hombre misterioso la miró, tenía el rostro de Gabriel.

Abrió los ojos sobresaltada, todavía con la taza en la mano, en la que solo quedaba un fondo frío de chocolate endurecido.

Avergonzada, parpadeó para borrar por completo la imagen de su cabeza e intentó concentrarse en las tareas domésticas rutinarias; lavó la cuchara y la taza, puso una lavadora a funcionar y pasó el aspirador por toda la casa.

Después se dio una ducha rápida y se vistió lo más cómoda que su armario le permitía sin tener que recurrir a la ropa deportiva: unos vaqueros holgados, una camiseta de manga larga y su chaqueta favorita, la de punto rosa que se ataba con un lazo.

Recuperó uno de los viejos cuadernos de recetas de su abuela y escogió, para celebrar su cumpleaños, una tarta de galletas y unos bollos de leche.

Salió a comprar con la lista detallada de los ingredientes.

Remoloneó por los pasillos del centro comercial buscando algo que le llamase la atención. Siempre se regalaba algo a sí misma en

su cumpleaños y esta vez no iba a ser distinta.

Entró en una librería y de manera inconsciente, sus pasos se dirigieron a la sección de espiritualidad.

Un gran volumen sobre ángeles bellamente ilustrado llamó su atención y lo hojeó durante un rato antes de decidirse.

Cuando salió de la tienda lo hizo con el libro bajo el brazo y una sonrisa de satisfacción en el rostro.

Algo brillante en el suelo atrajo su mirada. Se agachó y vio que era un *tazo* del *Pato Lucas*.

De golpe, cientos de recuerdos de su niñez vinieron a su memoria y la llenaron de dulce nostalgia; jugarse esos *tazos* con sus compañeras, la emoción del timbre que anunciaba el final de las clases, el olor de los libros nuevos cada septiembre.

Una sonrisa transformó su cara e iluminó su rostro. Recuperó el disco del suelo y lo guardó en su cartera junto al pequeño zapato de muñeca que había encontrado hacía tiempo. «¡Esto solo puede traer buena suerte!»

Ojalá tuviese alguien con quien compartir estos hallazgos. Alguien que no creyese que estaba loca.

De vuelta a casa, dejó el libro sobre la mesa del salón y organizó el resto de la compra en la cocina.

Los ingredientes para la repostería quedaron alineados sobre la mesa de la cocina; el cuaderno de recetas, a salvo sobre unos trapos y bien a la vista.

Preparando la masa de los bollos suizos le entró hambre, miró de reojo el reloj de pared y se sorprendió de que fuese tan tarde. Para no distraerse en su labor repostera pidió una pizza por teléfono.

Cuando llegó el repartidor ya había recibido tres llamadas y cinco mensajes felicitándola. Todos se habían acordado de ella; Emilio, Ana, Mercedes e Inés, Fernando, David y otros compañeros del gimnasio.

Se había alegrado con cada uno, especialmente con Emilio, con quien tuvo una conversación bastante emotiva. Pero, debido a las interrupciones, se le había quemado la crema de moka dos veces y un paquete de harina entero había resbalado de sus manos, esparciendo una buena cantidad por toda la cocina, incluido el cuaderno de recetas.

Al salir corriendo para abrir la puerta, casi tropezó con sus propios pies.

Por la cara que puso el repartidor al entregarle la comida, interpretó que su aspecto debía ser horrible. Le dio unas monedas

de propina y regresó a la devastada cocina.

Se comió media pizza de pie mientras comprobaba cada cinco minutos si había subido la masa de los bollos. No quería cometer más errores.

Con la tarta terminada y la mitad de los bollos de leche en el horno, se puso a limpiar la cocina.

Le resultaba más duro que cocinar. Había harina hasta en los sitios más insospechados...

En ese momento volvió a sonar su móvil. Era María.

—¡Cambio de década, Lola! ¿Qué tal sienta ser una treintañera?

—No te pases, enana.

Escuchó su risa franca y no pudo evitar sonreír.

—Te libras porque tengo que salir ahora para llegar a tiempo a la exhibición, —aseguró María—, que si no, te tocaba invitar a una copa.

—Buf, una copa sin alcohol, ¿no?

—Sí, mejor sin alcohol. —Podía oír la sonrisa en su voz.

—Queda pendiente para cuando regreses. Oye, ¿sabes lo que acabo de encontrar?

—¿Qué?

—Un *tazo*, de los que jugábamos de pequeñas a dar la vuelta.

—Um… Yo no era de juegos de chicas, me pasaba los recreos jugando al baloncesto.

—Pero sabes lo que te digo, ¿o no?

—La verdad es que no. Debe de ser algo de otra generación —recalcó la última palabra con sorna—. Demasiado antiguo para mí.

—Ya, pues David es mayor que yo. ¿Te habías olvidado de eso? ¿No será también demasiado antiguo para ti?

—¡A David no lo metas en esto! —Intentaba aparentar seriedad aunque no podía evitar reírse.

Hablaron unos pocos minutos más. Después, Lola tuvo que colgar con precipitación cuando le llegó el olor a quemado.

Para la primera bandeja de bollos ya era demasiado tarde. Se prometió salvar el resto, así que permaneció los veinte minutos de cocción sentada frente al horno, con el móvil en silencio y sin quitar la vista del cristal.

Hacía mucho tiempo que no provocaba un desastre igual en la cocina.

Se dirigió al baño con cansancio, y al verse reflejada en el espejo, no pudo evitar sonreír recordando la cara del repartidor de pizza. Tenía el pelo lleno de harina y un pegote de chocolate reseco en el cuello. Sin perder tiempo, se desnudó y se metió en la bañera.

Perfumó el agua con las sales de baño que le habían regalado sus padres. Los cristales no se disolvieron del todo y la arenilla le rozaba los muslos, sin embargo, el aroma a vainilla era relajante y eso era lo principal.

Remoloneó, ignorando las arrugas en los dedos, hasta que el agua empezó a enfriarse. Y cuando salió por fin, al envolverse con el suave albornoz, suspiró hondamente.

El día volvía a encarrilarse, todo debía ser perfecto.

Se puso su pijama favorito, el gris con el dibujo de *El Principito*.

En el pantalón, unos cristales rojos diminutos forman el dibujo de unas flores. Observó apenada que la mayor parte de las flores habían perdido sus adornos.

«Está viejo, pero es tan cómodo», pensó.

Caminó pensativa hacia el salón, todavía iba mirando las flores moribundas, por eso se sobresaltó cuando oyó su voz.

—¡Feliz cumpleaños!

Por instinto, cruzó los brazos sobre el pecho.

—¡Gabriel! ¿Qué haces aquí?

—Te he traído un regalo —El ángel le sonreía desde el sofá, sosteniendo un pequeño paquete.

—¿Un regalo?

—Es tu cumpleaños, ¿no?

—¡Espera! —sonó más como una orden que como una petición.

—Lola, ¡no tengo tiempo infinito!

—Si tú no lo tienes, ¿entonces, quién? —le dijo mientras regresaba a la habitación corriendo.

Se quitó el pijama y se vistió con sus mejores vaqueros y una camisa amplia. Al pasar frente al espejo se giró para comprobar qué tal estaba.

«¡Qué leches estás haciendo!», se reprendió notando cómo se ruborizaba.

Cuando regresó al salón, Gabriel no se había movido del sitio. Parecía un poco confuso.

—¡Dame, dame!

Le gustaría que no se notase tanto la ilusión que le hacía recibir un regalo que no estaba comprado por ella, ni sugerido por ella, ni formaba parte de una lista. Era un auténtico regalo sorpresa.

Gabriel le tendió el paquete. Era pequeño y alargado. Estaba envuelto con cuidado en una especie de seda de color violeta.

Retiró la envoltura con delicadeza y comprobó que se trataba de una pequeña botella vacía. Tenía una base redondeada y se estilizaba hacia la boca, que estaba cubierta con un tapón de cristal

con forma de lágrima. La giró entre sus manos y miró interrogativamente al ángel.

—¿Una botella?

—Contiene esencia angélica. Sé que no puedes verla, pero está ahí. —Lola había acercado la botella a los ojos y escrutaba a través del cristal, esforzándose en captar algo—. Ponla cerca de tu cama, te mantendrá a salvo de influencias demoníacas. El sueño es el único momento vulnerable de una mente fuerte.

Suspiró y se dio por vencida. Bajó la botella y se acercó con naturalidad para darle un beso.

Notó que Gabriel se tensaba y dudó unos segundos. No habían estado tan cerca desde hacía semanas.

Le dio un beso rápido en la mejilla izquierda y susurró «gracias» junto a su oído antes de retirarse.

Bajó la vista hacia sus manos, que todavía sostenían la botella, para no tener que enfrentarse a la mirada de él. La giró con lentitud mientras pensaba en la frase que le quemaba en la garganta. Tras un largo rato, se atrevió a decirla en voz alta.

—Te he echado de menos. ¿Por qué no vienes a tumbarte un rato conmigo? Hace mucho que no hablamos. —Le dirigió un rápido vistazo para comprobar el efecto que habían tenido sus palabras.

Gabriel permanecía en silencio, mantenía la mirada baja y parecía estar librando su propia batalla.

Lola se dio la vuelta y se dirigió lentamente a su habitación. Dejó el frasco en su mesita, muy cerca de la almohada y esperó casi conteniendo la respiración.

Escuchó sus pasos avanzando por el pasillo. Estaba de espaldas a la puerta cuando él llegó hasta ahí. No se giró, temía que el contacto visual rompiese el hechizo.

Gabriel estaba ya junto a ella. Pasó sus manos por debajo de los brazos de ella y comenzó a desnudarla.

Con lentitud, fue soltando los botones de su camisa, uno a uno. La deslizó sobre sus hombros y la prenda cayó al suelo.

Sus movimientos eran pausados, muy respetuosos, pero a la vez tremendamente eróticos. Ella se mordió el labio inferior intentando aplacar las ganas.

Él estaba liberando ya la cintura del pantalón, que cayó sobre la camisa.

Acarició sus brazos ascendiendo hasta los hombros para retirar las tiras del sostén.

Lola se estremeció de deseo con el contacto, las manos de él estaban calientes y la piel de ella, hipersensible.

Se dio la vuelta y su mirada la hipnotizó, expresaba adoración. La recorría de arriba abajo con calidez, como si quisiera grabar la imagen de ella en su mente.

Sintió vergüenza, porque Gabriel estaba vestido por completo.

Como si le hubiese leído sus pensamientos, se quitó el abrigo, que cayó pesadamente al suelo. Y siguió desprendiéndose de su propia ropa hasta quedar totalmente desnudo.

Sentía las mejillas ardiendo, aunque no quiso retirar la vista de él. Sabía que no era un cuerpo real, y ¡qué importaba eso!

Deslizó la mano por su mejilla y lo besó. Sus labios eran reales y suaves. El interior de su boca estaba cálido.

Se desprendió de la ropa interior y se tumbó en la cama y abrió las piernas para acogerlo.

Aunque Lola había tenido relaciones sexuales con muchos hombres, aquella noche fue la primera vez que hizo el amor.

A la mañana siguiente se despertó sola. Se estiró y encontró la cama fría, no había ni un solo rastro de Gabriel. Pero lo de anoche no había sido un sueño, cada centímetro de su piel lo proclamaba a gritos.

Había sido el mejor cumpleaños de su vida.

Capítulo 13

Llegaba tarde a clase de kung-fu y no era la única, David todavía estaba en la puerta esperando por los rezagados. Lo abordó antes de entrar en el aula.

—Hola, ¿después vienes a tomar algo? Invito yo, ayer fue mi cumpleaños. —Sabía que la suya era la última clase del día.

—Por supuesto, nunca digo que no a una celebración —David sonreía, ella respondió a su sonrisa.

María se incorporó al grupo cuando ya habían empezado a calentar. Lola se retrasó para esperarla y pudieron intercambiar un par de frases antes de que David se diese cuenta.

—¿Qué tal la exhibición?

—Muy bien. Acabo de llegar, todavía no he deshecho la maleta, pero quería venir a cobrarme esa copa que tenemos pendiente.

—Por supuesto, si acabas antes que yo, espérame en la entrada.

Una mirada de reprobación del profesor dio por finalizada la conversación.

Al salir de los vestuarios, casi chocó con David.

Era la primera vez que lo veía sin kimono. Se había puesto una camiseta de manga larga, unos vaqueros oscuros y unas zapatillas deportivas. Todo lo contrario a la elegancia de Gabriel, aunque no estaba mal.

Caminaron juntos hasta la entrada, donde ya estaba esperando María.

—Ya estamos todos —dijo Lola en cuanto llegaron a su altura—. ¡Vamos a por esa copa! —Y se adelantó hacia la cervecería que había en la esquina, aguantándose las ganas de girarse para ver la cara que había puesto María.

En la segunda ronda, ya tenía claro que a David le gustaba María tanto como él a ella. Bromeó con uno y otro, relajando el ambiente, hasta que notó que ambos comenzaban a sentirse cómodos.

—Me vais a tener que disculpar, pero me está empezando a doler mucho el estómago. Creo que algo me ha sentado mal.

—¿Te acompaño a casa? —María la miró con preocupación.

—Tengo el coche aquí al lado. ¿Quieres que te acerque un momento al hospital? —ofreció David.

—No, no. Estoy perfectamente. Solo necesito descansar un poco. Seguid sin mí, por favor. —David y María se miraron dubitativos—. Acabo de pagar otra ronda. No la desperdiciéis.

—¿Estás segura? —María se resistía a dejarla marchar.

Lola le guiñó un ojo y se alejó con rapidez agitando la mano.

Al salir del local aspiró una bocanada de aire fresco y metió las manos en los bolsillos de la chaqueta. «Es un buen día para declararse», pensó. Y comenzó a andar con despreocupación hacia su casa.

Cuando estaba llegando al portal recibió un mensaje de María en el móvil: «Eres una lianta!!»

Y apenas unos segundos después, otro: «Gracias por serlo».

Al día siguiente se preocupó por llegar temprano al gimnasio para poder interrogar a María.

La encontró bajándose de la bicicleta estática.

—¿No tienes algo que contarme? —le susurró.

—Hemos quedado para ir al cine. —Una gota de sudor le resbalaba por la sien izquierda, la atrapó con la toalla a la altura de la mejilla—. El próximo viernes.

—¿Qué película vais a ver?

—¡Qué más da! —sonreía—. ¡Voy a tener una cita con David!

A Lola le pareció una sonrisa un poco histérica. Suspiró y se subió a una cinta para correr un poco antes de que empezase la clase de kung-fu.

Ese día la clase se le pasó más rápida de lo normal. David estaba muy poco concentrado y pudo cazar más de una mirada furtiva entre María y él.

Tras la sesión, esperó a María en la puerta del gimnasio. Se había convertido en costumbre caminar juntas hasta casa.

Inspiró hondo disfrutando de la tranquilidad de la noche. Pronto llegaría la primavera y el frío riguroso del invierno empezaba a quedar atrás.

La puerta se abrió con un chirrido y María murmuró una disculpa al salir.

Desde ese momento y durante todo el camino a casa no paró de hablar de temas intrascendentes, saltando de un asunto a otro con nerviosismo. Lola la dejó hablar.

Al llegar al punto en que sus caminos se separaban, María la asió por el brazo.

—Ven a casa y ayúdame a escoger algo para ponerme. Porfa,

porfa…

Ella no pudo evitar reírse.

—Claro, vamos.

Solo tuvieron que caminar unos metros más hasta llegar a un portal ostentoso, de hierro forjado.

—Casi esperaba verte sacar una llave de oro. ¡Madre mía!

María se rio mientras empujaba con el hombro la puerta. El gesto nervioso se había relajado un poco.

—Si te horroriza la puerta tendrás que cerrar los ojos para atravesar el portal.

Las paredes y el suelo eran de mármol, de un tono extraño de verde. Sabía que el edificio no tenía más de cinco años y sin embargo, el estilo era de una construcción mucho más antigua.

La desafortunada combinación de materiales y colores continuaba en el ascensor. Sin embargo, nada más entrar en el piso de su amiga, pudo apreciar la diferencia en cuanto a decoración.

Funcional y elegante. Parecida a la de su propio piso.

Avanzaron hacia un pasillo.

Al pasar por delante de una puerta de cristal ahumado esta se abrió, liberando un maravilloso olor a carne asada. Una mujer salió con una cuchara de madera en la mano.

—María, habla con tu hermano, por favor, está insoportable. A ver si puedes averiguar qué ocurre. —En ese momento reparó en ella—. Eh… ¿Tú eres Lola? —Se pasó la cuchara a la mano izquierda, secó la derecha en el delantal y se la tendió.

—Encantada.

Ella correspondió a su gesto.

—Igualmente.

El aura de la madre de su amiga era de color verde. Debía haber tenido a María muy joven, pues no parecía tener mucho más de cuarenta años.

—Vamos a ver qué le pasa a este —dijo María, y continuó andando.

Lola sonrió y fue tras ella. Pasaron dos puertas cerradas y se pararon en la del fondo del pasillo. María dio tres golpes suaves. Desde dentro se oyó un grito.

—¡Mamá, ya te he dicho que no tengo hambre. Déjame solo!

—Soy yo, abre. —El aura de María brillaba al máximo. Tanto, que Lola dio un paso atrás de manera inconsciente.

Se escuchó un pestillo, la puerta se abrió con lentitud y tras ella apareció un rostro, que reconoció como el del chico que había bailado con su amiga la noche de fin de año.

Su aura amarilla se veía deslucida. Un rastro de sorpresa comenzó a dibujarse en su cara, pero antes de que pudiera decir nada, María entró empujándolo con cuidado y se sentó en la cama deshecha.

—Vengo con Lola.

Un rubor empezaba a colorear las mejillas del chico. Ella no sabía qué decir. Se metió las manos en los bolsillos y esperó.

—Pasa —dijo el chico en voz baja, retirándose.

Lola entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí.

El cuarto estaba algo desordenado, aunque nada fuera de lo normal en un adolescente. Todo el mobiliario estaba formado por una cama, un escritorio, un armario y una estantería baja con puertas de cristal.

En el escritorio, tanto sobre la mesa como en la silla, se amontonaban revistas y libros, mezclados con bolígrafos y rotuladores de colores. En contraste, la estantería estaba ordenada a la perfección. Sobre ella, descansaba un ordenador portátil y las baldas estaban repletas de cómics y figuras de personajes que no reconoció.

El hermano de María había liberado la silla y se la estaba ofreciendo. Ella le hizo un gesto de agradecimiento y se sentó.

Él se dirigió a la cama y se dejo caer al lado de su hermana. María le echó el brazo sobre los hombros y se dirigió con cariño a él.

—Iván, ¿qué pasa? Mamá está preocupada.

—Los padres de Raquel la han cambiado de instituto, no volveré a verla. Y todo es culpa de Moi. —Pronunció el nombre con desprecio, casi escupiendo entre dientes.

—¡Venga hombre! No se ha mudado a la luna —y dirigiéndose a ella, añadió—, Moisés es el matón del instituto, hace unos seis meses, él y dos colegas intentaron agredir a una compañera de clase de mi hermano en el colegio que hay cerca del parque.

—Espera, espera. ¿Eso pasó en septiembre? ¿En el colegio?

—Sí, es lo que acabo de decir. Le dieron un susto de muerte. Todos sabemos lo que hubiese pasado si no hubiera andado por allí una indigente loca que avisó a la policía.

—¿Una indigente loca? —preguntó Lola.

—Un amigo de Iván que pasaba por allí, vio llegar a la policía y se acercó a ver qué había pasado. Pudo ver a la persona que dio la voz de alarma. —Miró hacia su hermano.

—Me dijo que la mujer estaba manchada de tierra y llevaba zapatillas de casa —añadió él, encogiéndose de hombros.

Hizo una mueca de disgusto que fue erróneamente interpretada. Su mente giraba a toda velocidad.

—Y ese tal Moi, ¿va a tu clase? —le preguntó.

—Solo va cuando se aburre, para atormentarnos.

María se dirigió a Iván.

—Raquel lo había denunciado, ¿no?

El muchacho bajó la vista.

—Ha quitado la denuncia. Estoy seguro de que Moi la ha amenazado para que lo haga.

—María, tenemos que hacer algo —intervino Lola—. Esto no puede quedar así.

—Sé dónde suelen estar cuando no van a clase. Puedo acompañaros —añadió Iván.

—De eso nada —María se puso en pie—. Dinos dónde es, te mantendremos informado —y mirando hacia Lola añadió—. ¿Por qué no vamos a hacerle una visita?

Como al día siguiente era sábado, María y Lola quedaron a las ocho de la tarde para dirigirse al parque que, según Iván, se había convertido en los dominios de Moisés.

Recorrieron el camino hacia allí en silencio, cada una sumida en sus propios pensamientos.

Al acercarse, pudieron apreciar que el lugar se encontraba en pésimas condiciones.

Se trataba de un pequeño espacio rodeado de unas estacas de madera, con dos columpios, un tobogán y unas gradas de hormigón de tres niveles. A uno de los columpios le faltaba el asiento y el otro estaba descolgado de uno de los lados. El tobogán estaba lleno de pintadas.

Estaba anocheciendo y las sombras acentuaban la sensación de abandono del lugar. El suelo era de grava y crujía a cada paso.

—Déjame hablar a mí —susurró Lola.

María asintió en silencio.

Se escuchaba música. Surgía desde uno de los laterales de las gradas.

Al girar hacia allí, vio al chico del aura negra y a sus dos compañeros. Esta vez pudo percibir con claridad que, aunque muy oscurecidas, sus auras eran de color rojo. Los tres estaban apoyados en la pared de cemento, concentrados en las pantallas de sus móviles.

Cuando ellas entraron en su campo visual, los amigos de Moisés se tensaron. Él permaneció relajado.

—Y de nuevo, tú —susurró.

El aura que le rodeaba era tan densa que desdibujaba el contorno de su cuerpo. Uno de sus compañeros sacó una navaja del bolsillo derecho, el otro le imitó al momento.

María adoptó automáticamente la posición de combate.

Lola dio un paso en dirección a Moisés.

—No venimos a pelear, solo quiero advertirte. Ahora se te va a juzgar con la ley humana, pero si no cambias de actitud, pronto serás juzgado por la ley divina. Y esta es mucho más implacable.

María frunció el ceño y le echó una mirada rápida, aunque en seguida volvió a fijar su atención en las armas.

Lola se mantuvo firme. En su cabeza había sonado mejor.

—Me parece que has visto demasiadas películas —dijo Moisés. No parecía afectado. Los amigos se reían, sus auras se fortalecieron—. Tengo entendido que para que te juzguen, hace falta que alguien te denuncie. Si no hay denuncia, no hay delito. —Levantó la barbilla hacia Lola, desafiándola con una sonrisa torcida.

—Yo soy testigo y Raquel es una menor. ¿No sabes que puedo denunciarte? El proceso continuaría de oficio.

El aura de Moisés tembló y retrocedió un poco.

—¡Cómo te atreves! —siseó. Sus ojos tenían un brillo siniestro.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Lola. Sin saber cómo, consiguió que su voz sonara firme.

—Nos veremos en el juzgado.

Dio media vuelta y echó a andar dando la espalda al grupo, fingiendo despreocupación.

María se retiró hacia atrás, manteniendo la postura de combate y los ojos fijos en las navajas. Hasta que se encontró a una distancia prudencial no se dio media vuelta.

Durante un buen rato permanecieron en silencio, aún alerta ante cualquier ruido, comprobando que nadie las seguía.

Cuando estuvieron seguras de que estaban a salvo María suspiró, se paró en seco y se dirigió a su amiga.

—Oye, ¿es verdad eso del oficio?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Importa?

María sonrió y levantó la mano derecha ofreciéndole su palma. Lola la chocó sonoramente. Las dos se echaron a reír, liberando los últimos retazos de tensión y continuaron la marcha.

Tras unos minutos, llegaron al portal de la casa de María. Ella se puso seria y frunció el ceño como si estuviese recordando algo.

—Oye, ¿y eso de que tú eres testigo?

—Eh… Te lo explicaré en otro momento. —Lola siguió hablando

mientras se alejaba, impidiendo que María volviese a preguntar—. Estoy haciendo un dibujo de David para ti. Te lo llevo el lunes.

El rostro de su amiga se iluminó.

—¿De verdad? ¿Sabes dibujar?

—¡Nos vemos el lunes! —dijo, y echó a correr hacia su casa.

Había llegado el momento de compartir esa faceta de su vida con su amiga. Si al final resultaba que había sido una mala idea, por lo menos habría servido para alejar la imagen de la indigente loca de su cabeza.

Al entrar por la puerta de su piso, Gabriel la llamó desde la terraza. Emocionada, se dirigió a su encuentro sin quitarse la chaqueta. Gabriel permanecía de espaldas a ella. Algo no iba bien.

—No debiste haber ido —le dijo el ángel.

—¿A enfrentarme con Moi? —Lola estaba confundida—. Ha conseguido que la chica retire la denuncia. No puedo permitir que le siga haciendo daño.

—Esto ya está fuera de tu alcance. —Gabriel continuaba de espaldas a ella y hablaba como si se estuviese controlando para no gritar—. La primera vez que lo vi ya advertí la maldad en su interior, pero hoy, vuestro encuentro ha hecho saltar las alarmas y he estado observándolo, está influenciado por un poderoso demonio, no quiero que vuelvas a acercarte a él.

—Imposible, voy a seguir hasta el final. —Se cruzó de brazos.

—Ya has llamado demasiado la atención.

—No lo entiendes…

—¡Eres tú la que no lo entiende! —Gabriel se había girado, enfrentándola. Estaba muy alterado, nunca lo había visto así—. Desde el principio de los tiempos, no ha habido ni una sola baja en ninguno de los dos bandos. Haziel es el primer ángel muerto y de alguna forma, parte de su poder vive en ti. Eres demasiado importante… para nosotros. No podemos perderte. —Le dirigió una mirada suplicante.

Lola estaba conmocionada. Tardó unos minutos en volver a hablar y cuando lo hizo, no fue del todo consciente de sus palabras.

—De acuerdo.

Capítulo 14

Al día siguiente, Lola se levantó nerviosa y estuvo dando vueltas por el piso hasta la hora de comer, sin poder concentrarse en ninguna tarea.

A media tarde, cansada de sentirse como un animal enjaulado, decidió salir a dar un paseo.

Caminando sin rumbo, sus pasos la llevaron hasta la puerta principal del cementerio. Estaba abierta, así que se dirigió al claro del ángel. Esta vez no había candados, así que accedió sin problemas. Permaneció allí, disfrutando del silencio, hasta que comenzó a anochecer.

Cuando ya se iba, pasó por la garita del guarda para saludar a Fernando.

—Hola, Lola, me alegro mucho de verte. Hoy es mi último día aquí y lamentaría no poder despedirme de ti en persona. —Su aura se había fortalecido y brillaba con intensidad—. El otro día tuve una revelación. Hablé con mi mujer como nunca lo habíamos hecho. Ha aceptado que ponga la foto, a cambio de que vuelva al instituto. Voy a recuperar a mi familia, a los que están vivos. Por Isabel ya no puedo hacer nada.

—Te deseo suerte, Fernando. Espero que seas feliz.

—Gracias. —De repente se acercó a ella y la abrazó—. Yo te deseo lo mismo.

Cuando llegó a casa, ya era de noche. Entró en el piso, cerró la puerta con llave y pulsó el interruptor de la luz del vestíbulo. No funcionó.

Extrañada, se dirigió al salón. Cuando alargaba la mano hacia el interruptor del pasillo notó que algo le golpeaba en la nuca. Se desplomó al instante.

Se despertó atada y amordazada. Tumbada de espaldas sobre la alfombra del salón.

La persiana no estaba cerrada del todo y unas rendijas de luz le permitieron identificar la figura sentada a su lado. El chico del aura negra, Moisés, la miraba con fijeza desde la penumbra.

—Qué bien que estés despierta, ahora ya puedo matarte. —Su voz sonaba extraña, más ronca—. No quería perder la oportunidad de ver la vida apagándose en tus ojos. ¡Va a ser todo un espectáculo!

Levantó la mano derecha hacia ella, empuñaba un cuchillo que brillaba como si tuviese luz propia. Quería intentar razonar con él, apelar a la compasión que no veía en esos ojos, suplicar… Lo que hiciera falta por seguir con vida.

Pero la tela que le tapaba la boca estaba demasiado apretada y todo lo que intentaba decir se convertía en un gruñido.

Vio el cuchillo descender a cámara lenta hacia su garganta y lo sintió posarse frío en su piel. Pensó en su vida. En qué se sentiría al morir. En si después podría ver a Gabriel.

Gabriel… Se concentró en el resplandor del acero mientras evocaba su mirada, esos ojos oscuros que podían absorber la tristeza y reflejar el brillo de las estrellas.

«Lola, cierra los ojos».

Lo oyó en su cabeza con claridad, pensó que era una alucinación hasta que volvió a oírlo, apremiante, mientras el arma ya se clavaba en su piel.

«¡Cierra los ojos!»

Los cerró con fuerza.

El cuchillo detuvo su camino, una luz potente debía de estar surgiendo de algún sitio, pues notaba calor en el rostro y un resplandor se filtraba a través de sus párpados.

Su cuello quedó libre y notó una humedad bajando hacia su pecho, acompañada del olor ferroso de la sangre. La presión de la mordaza desapareció, el calor se intensificó y por el aire se propagó una vibración silenciosa, como algo magnético.

Se dio cuenta de que estaba temblando. Había cerrado también las manos, con tanta fuerza, que las uñas estaban clavándose en las palmas.

La vibración fue disminuyendo poco a poco.

Lola intentaba permanecer muy quieta. Mientras la estancia quedaba en silencio, el calor se acercaba. Era como una presencia que se cernía sobre ella. Aunque no era desagradable, más bien todo lo contrario.

Sintió cómo una paz maravillosa la envolvía y oyó la voz del ángel en su oído.

—Todo está bien.

Un susurro que se repetía como una letanía.

Se atrevió a abrir los ojos. Gabriel estaba a su lado. Tenía las manos sobre su cuello, sin llegar a rozar la piel. El dolor había desaparecido.

Fue liberándola de las ataduras y repasando con sus manos las diversas contusiones mientras ella le observaba fascinada.

De sus palmas surgía una luz dorada. Más que una luz uniforme, era un conjunto de pequeñas chispas, que vibraban manteniéndose a unos centímetros de su piel.

La energía dorada se extinguió poco a poco cuando terminó de curarla.

Se miró las muñecas donde habían estado las cuerdas, ni siquiera estaban enrojecidas. Sin embargo, algo brillaba sobre su piel, una especie de ceniza plateada. Había un pequeño montón en el suelo a su lado.

—¿Qué ha pasado?

Alzó la mirada hacia Gabriel.

—No volverá a hacerte daño.

—¿A dónde ha ido?

Recorrió con la mirada la estancia. No quedaba ni un solo rastro de Moisés. Su cuerpo había desparecido.

Volvió a mirar las cenizas plateadas que se amontonaban a su lado.

—Ven —dijo Gabriel ayudándola a incorporarse—, vamos a quitarte eso.

Le quitó la gabardina que aún llevaba puesta y más ceniza se desprendió de ella, esparciéndose por el suelo.

—¿Por qué no te acuestas? Necesitas descansar —le dijo.

De repente ella se sintió extrañamente somnolienta. Se dejó llevar hasta la cama, desnudar, poner el pijama.

Fueron movimientos llenos de ternura, nada eróticos.

En cuanto apoyó la cabeza en la almohada, se quedó dormida.

Al día siguiente se despertó sintiéndose descansada.

Se levantó, se estiró para desperezarse y se vistió. Al pasar por el salón, de camino a la cocina, no puedo evitar fijarse en el lugar donde había estado el montón de cenizas. La alfombra estaba limpia.

Instintivamente, se tocó el cuello en el punto donde el cuchillo había descansado, pero el contacto solo le recordó las caricias de Gabriel. El recuerdo de Moisés se desdibujaba, mientras el suyo se hacía más vívido.

Cuando alzó la vista, su ángel estaba en la terraza. Fue hacia él y lo abrazó, enterrando la cabeza en su pecho. Él la rodeo con sus

brazos y la estrechó con fuerza.

Después de unos minutos la apartó con delicadeza.

—Quiero que tengas esto.

Gabriel sacó del bolsillo del abrigo una cadena de plata y se la entregó. Al cogerla, advirtió que de la cadena colgaba un abalorio, una esfera plateada horadada, con otra más pequeña y dorada en su interior. Al moverla, tintineó levemente.

—Sé lo que es —dijo volviendo a agitarlo—, un llamador de ángeles. Están de moda, hay uno igual en la joyería de la esquina.

Gabriel la miró sorprendido.

—Este es de verdad. Un duende lo hizo para mí hace miles de años. La esfera dorada contiene esencia angélica. Quiero que lo lleves siempre. La protección que te di no es suficiente, esto te resguardará cuando estés fuera de casa.

Lola se enrolló la cadena en la muñeca, a modo de pulsera.

—Ahora, escúchame con atención. —Él le puso las manos sobre los hombros y la miró muy serio—. Todos los ángeles hemos sido convocados de forma inmediata. Puede que esto sea un adiós definitivo. No sé cuándo podré regresar, quizás sean demasiados años para una vida mortal.

—No. —Agitó la cabeza negando.

—Escucha, sé que es difícil, pero tienes que olvidarte de mí.

—¡No! —Intentaba liberarse de sus manos para volver a abrazarlo sin conseguirlo. Sintió que se rompía en mil pedazos. Las lágrimas empezaron a brotar sin control—. Te esperaré. —Apenas le salían las palabras—. Te esperaré toda la vida.

Él negaba con la cabeza. Bajó la vista y cerró los ojos.

—Me odio a mi mismo por haber provocado esto. Conozco las reglas.

Tras unos segundos volvió a mirarla. En el fondo de sus ojos brillaba una luz extraña. Lola no podía apartar sus ojos de la mirada del ángel. Él comenzó a deslizar sus manos por los brazos de ella y una sensación de paz la embargó. Las lágrimas cesaron de repente y el dolor remitió, dejándola relajada e insensible.

—¡No hagas eso! —protestó ella intentando romper el contacto.

Un gesto de dolor se dibujó en el rostro de él.

—Lola —susurró.— Todo va a ir bien. Solo tienes que mantenerte a salvo. Vivir tu vida y olvidarte de mí.

Ella no intentó moverse. Gabriel se alejó unos pasos. Lentamente, todo su cuerpo comenzó a verse borroso. Bajo su habitual aspecto, una nueva imagen se formaba.

En unos segundos, se había convertido en el ángel que Lola

había dibujado una vez. Una figura imponente, con unas alas hechas de luz y una túnica blanca. Se elevó unos metros y se diluyó en el aire.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 15

1, 7, 31, 50. Esos eran los números de Lola cuando sonó el despertador.

Día 1 de mayo, 7:00 de la mañana. La claridad se asomaba por debajo de la persiana a medio bajar. El cielo se preparaba para recibir al sol.

Apagó el despertador y se frotó los ojos. Se levantó sin encender la luz y caminó apoyándose en las paredes hasta el cuarto de baño.

Ese día se cumplían 31 días en su nuevo trabajo, en un estudio de diseño gráfico. De momento, había logrado llegar puntual cada día.

El puesto al que había optado era administrativo, pero, contagiada por el ambiente en que se encontraba, había empezado a hacer algunos cursos para actualizar sus conocimientos de dibujo y su jefe la había animado a colaborar en algunos proyectos de ilustración.

La habían contratado para cubrir una baja y estaba en periodo de prueba hasta junio. Estaba feliz trabajando allí. Esperaba poder continuar.

Accionó el interruptor del baño y la luz se encendió con un chasquido. Se miró al espejo.

50 días sin Gabriel.

Ese era el número que más dolía.

Consiguió estar lista a tiempo para desayunar con calma. Repasó las noticias del día en su tablet. De forma inconsciente, buscó indicios de actuaciones de ángeles de la guarda.

Un niño de dos años se había caído desde un tercer piso y llegado al suelo sin lesiones de gravedad al rebotar en un toldo.

—Alguien ha estado ocupado —se dijo.

Cogió el bolso y comprobó que el llamador de Gabriel estaba en el bolsillo de siempre. Se lo había tenido que quitar porque le molestaba al trabajar, pero le gustaba tenerlo siempre a mano.

El estudio donde trabajaba estaba en la primera planta de un edificio antiguo. El portal estaba abierto cuando llegó. Arriba, sin embargo, la puerta estaba cerrada y nadie contestó al timbre.

¡La primera en llegar! Eso no había pasado nunca. Sonrió y se apoyó en la puerta pensando si podría dormir cinco minutos.

Se despertó sobresaltada con el sonido de pasos en la escalera.

—¡Buenos días! —la saludó su jefe.

—¡Buenos días, Hugo!

Tenía una poderosa aura azul. Era un poco mayor que ella, aunque solo unos años. Esta profesión tenía una edad media muy baja.

Lo observó mientras introducía la llave en la cerradura y la giraba. La puerta no cedió y la empujó con el hombro. Quizá podría haberse sentido seducida por ese cuerpo si hubiese llegado antes a su vida.

—A veces se atasca —dijo.

Las comisuras de su boca tiraron de sus labios y una sonrisa se formó en su rostro. Tenía un aspecto muy sexi cuando sonreía.

Sí, sin duda. Antes de Gabriel se lo hubiese tirado sin pensarlo dos veces.

Gabriel.

Se obligó a no pensar en él y concentrarse en el trabajo. Era una lucha diaria.

Se dirigió a su escritorio y encendió el ordenador. Mientras se acomodaba, repasó los proyectos que tenía pendientes.

Poco a poco la oficina se fue llenando de gente, iluminándose con sus auras combinadas. Pero ella apenas lo notó, porque estaba totalmente centrada en el trabajo.

El trabajo era algo bueno, la ayudaba a mantener a raya los recuerdos.

A las once se obligó a levantarse para estirar las piernas. Sacó el monedero del bolso y caminó hacia la zona que servía de sala de descanso.

Introdujo una moneda en la máquina de café, más por rutina que por apetencia. El mínimo de azúcar, el máximo de cafeína. Botón 2, corto sin leche.

Al momento, el dispositivo se puso en funcionamiento. Era una de esas máquinas modernas que por la parte de delante tenían un cristal que permitía observar el viaje del vaso durante todo el proceso.

Dejó a su mente vagar relajada, intentando no pensar en nada.

El olor del café la invadió. Recogió el vaso y le dio un sorbo con precaución.

Noelia, una de sus compañeras, entró en ese momento en la sala.

—Lola, ven. Hugo va a anunciar algo importante.

La siguió hasta la oficina.

Su jefe estaba en el centro y todos lo miraban con expectación. Noelia se sentó en su sitio y Lola se dirigió a su mesa.

Hugo echó un vistazo, como comprobando que ya estaban todos, y comenzó a hablar.

—Hemos conseguido llamar la atención de Alberto Martínez, el CEO de... —Hugo consultó sus papeles.

—¡Ya sabemos quién es! —dijo alguien detrás de Lola.

—Pues eso —siguió Hugo—. Es muy exigente, pero si hacemos un buen trabajo nos recomendará. Y me consta que conoce a mucha gente. Tenerlo como cliente nos abriría un campo inmenso. Supongo que no tengo que deciros lo importante que es que quede satisfecho. —Hizo una pausa que intentaba ser dramática—. Diez días para crear el proyecto, tenéis toda la información en el correo que os envié a primera hora. Yo elegiré a los dos mejores y haremos la presentación. Bueno, ¡todos a trabajar!

Dio una sonora palmada y todos se pusieron en marcha, como si fuese la señal de un hipnotizador y todos estuviesen programados para esa acción.

Lola decidió que terminaría primero un par de temas antes de ponerse con ello. Tenía tiempo. Ahora eso era lo que más tenía.

En el estudio hacían jornada de verano durante todo el año, así que cuando el reloj marcó las tres menos cinco minutos, todos empezaron a cerrar sus equipos y recolocar el material que tenían desperdigado por sus mesas.

Se había formado un pequeño grupo al lado de la ventana. Una de las ilustradoras se acercó a ella.

—Estamos pensando en ir a tomar unas tapas a ese local nuevo del fondo de la calle. ¿Te animas?

Sin poderlo evitar, Lola observó su aura para comprobar sus verdades intenciones. Estaba siendo sincera.

—Gracias. Pero tengo unos recados urgentes hoy. Mejor otro día.

—Vale. Pues hasta mañana.

La muchacha fue a reunirse de nuevo con sus compañeros. Lola terminó de recoger sus cosas, apagó el ordenador y se marchó a casa.

Durante el trayecto en coche fue pensando en si debería seguir utilizando la información que le daban las auras en su provecho, para mejorar sus relaciones sociales.

¿Qué opinaría Gabriel?

Gabriel.

Lo echaba tanto de menos.

Abrió la puerta de casa y se quedó parada unos segundos en el umbral, cerrando los ojos e imaginando que se encontraría al ángel al entrar en el salón.

Atravesó el vestíbulo y entró en la estancia. Estaba vacía, por supuesto. Como su vida en las últimas semanas.

Se obligó a no pensar en eso. A él no le gustaría. Debía centrarse en su nueva vida, por fin tenía un empleo que le apasionaba.

Le dio un par de vueltas en su cabeza a la idea con la que había estado trabajando aquella mañana mientras se preparaba algo de comer.

Después se sentó en su escritorio con el plato a un lado y navegó buscando la inspiración entre mordisco y mordisco.

Por la tarde se dedicó a ordenar un poco la casa antes de ir al gimnasio. Había bajado la frecuencia con la que iba por falta de tiempo, pero no quería renunciar del todo a ello.

Cuando llegó la hora de acostarse, no remoloneó. Debía dormir bien para rendir al día siguiente.

Su ángel se hubiese sentido orgulloso.

51 días sin Gabriel, pero hoy también llegaría puntual al trabajo.

A media mañana terminó los proyectos que estaban pendientes y se puso a darle vueltas a la campaña de Alberto Martínez.

Cuando llegó la hora de marcharse le dio casi pena tener que dejar todo en pausa hasta el día siguiente. Le dieron ganas de reír. ¡Si Gabriel pudiera verla ahora!

52, 53, 54, 55, 57...

Hugo había escogido su proyecto y el de Noelia, así que el día de la presentación con el señor Martínez las dos se encontraron frente a frente en la puerta de la sala de juntas.

—¡Que gane la mejor! —le deseó su compañera tendiéndole la mano.

Lola asintió con decisión y se la estrechó.

Cuando entraron, Hugo se encontraba de espaldas a la puerta charlando con el cliente.

Se fijó en él y le sorprendió encontrarlo más viejo que en las fotos que había visto en internet, aunque conservaba el mismo rictus serio que tenía en la mayoría de las imágenes.

Sin embargo, a Lola no le interesaban sus gestos, estaba centrada en su aura. Era poderosa y de color verde.

Ella fue la primera en exponer su propuesta. Observaba con atención el halo para captar cualquier indicio de malestar; durante todo el tiempo que estuvo hablando, el resplandor se mantuvo estable.

Al finalizar, echó un breve vistazo al aura de Hugo. Estaba claro que a él sí le había gustado.

Llegó el turno de Noelia y el aura del cliente comenzó a fluctuar levemente, como si titilara.

Su compañera desplegó sobre la mesa unas láminas con los diseños, y aunque el rostro del hombre se mantuvo sereno, ella pudo leer a la perfección la satisfacción en su aura.

Dirigió la mirada hacia Hugo y comprobó que él, sin embargo, se mantenía neutral.

Cuando Noelia finalizó su intervención, Alberto Martínez se dirigió a Hugo.

—¿Cuál de los dos me recomendarías tú?

—Bueno, yo creo que Lola…

—Que yo debería escoger, ¿verdad? Gracias, jefe.

Hugo la miró sorprendido y su compañera frunció el ceño. Quizás esperaba que le pisara su trabajo, sin embargo, no era eso lo que tenía en mente.

—Está claro que Noelia ha sabido captar mejor las necesidades de este proyecto —continuó Lola—. Yo apostaría por ella, pero la decisión final es suya, por supuesto.

—Sí… Creo que tienes razón —dijo, y dirigiéndose a Hugo añadió—. Prepara el contrato, me gustaría firmarlo ya para que os podáis poner a trabajar de inmediato.

Lola se disculpó y salió de la oficina.

Se sentó en su mesa, archivó su propuesta y se puso a revisar unos datos para iniciar un proyecto nuevo.

Al rato escuchó a Hugo y Noelia despidiéndose de Alberto Martínez, el sonido de la puerta al cerrarse y el golpeteo de unos tacones cuando ella se acercó a su mesa.

—¡Gracias, Lola! Me hace mucha ilusión estar en esto.

—No hay de qué, tu idea era mejor que la mía.

—Algún día tienes que dejar que te invite a unas cañas, ¿eh?

—¡Claro! ¡Algún día!

Lola se despertó sobresaltada y permaneció unos segundos preguntándose por qué su despertador no había sonado a tiempo hasta que se dio cuenta de que era sábado.

58 días ya sin su ángel. Los fines de semana siempre eran más difíciles de llevar.

Debería dejar de contarlos. Se estaba haciendo muy penoso.

Miró la botella de esencia angélica sobre la mesita. La cogió y la agitó. Daba la sensación de estar vacía. Se sintió estúpida mirando aquel cristal, esperando que pasase algo que no iba a pasar.

Se levantó y se situó frente al baúl de madera que tenía a los pies de su cama, donde guardaba las mantas y los pijamas de invierno. Lo abrió y lanzó la botella, que se escurrió resbalando entre la ropa.

Después se dirigió frotándose los ojos hacia la cocina. No había más días sin Gabriel. A partir de ahora serían días con Lola. No sabía si regresaría algún día y no quería seguir viviendo una fantasía.

Cuando entró en el salón, una figura la esperaba sentada en el sofá. Sabía que era un ángel porque no podía ver su aura. Por desgracia, no era la persona que había estado esperando.

—¿Quién eres?

—Soy Malakiel. Vengo de parte de Gabriel. Para cuidarte.

—No necesito que me cuiden —espetó ella.

Siguió su camino dispuesta a ignorarlo pero cuando entró en la cocina el ángel estaba allí.

—Parece que eres tan persistente como él —murmuró.

Y encendió la cafetera sin volver la vista hacia el ángel. Abrió el compartimento e introdujo una cápsula de café.

Mientras esperaba a que la máquina calentara el agua, lo preparó todo con deliberada lentitud; escogió una taza y un platillo a juego, echó una cucharada rasa de azúcar y dejó el cubierto sobre el plato.

La cafetera emitió el sonido que marcaba que ya estaba lista. Colocó la taza bajo el pitorro y accionó el mecanismo que provocó que la estancia se llenase con el aroma del líquido.

Se llevó la taza a los labios y cerró los ojos para saborearlo.

Cuando volvió la vista hacia el ángel, ya no estaba. Bufó y no pudo evitar volver a pensar de nuevo en Gabriel.

Capítulo 16

A media mañana, Noelia se acercó.

—Lola, tengo un problema, ¿me echas una mano?

—Claro, dime.

—Ven, por favor.

Se levantó y siguió a su compañera.

La mesa de Noelia estaba al lado de la ventana y ella no pudo evitar echar un vistazo a la calle, muy concurrida a esas horas.

Una figura sin aura llamó su atención. Malakiel estaba allí y la miraba fijamente. Ella mantuvo su mirada con osadía hasta que escuchó a su compañera carraspear a su espalda.

—Perdona, me había parecido ver a alguien conocido en la calle.

—Tranquila. Mira —dijo señalando la pantalla de su ordenador —, no sé cómo resolver este volumen de aquí.

Lola estudió el dibujo y le dio un par de buenos consejos. Se obligó a no volver a mirar hacia la calle, incluso cuando se giró para regresar a su mesa.

Caminó sin mirar atrás, se sentó y fijó la vista en la pantalla. Durante sesenta segundos.

Cuando volvió a mirar hacia la ventana, Malakiel estaba junto a la mesa de Noelia.

Lola negó con la cabeza. El ángel se acercó.

—¿Qué haces? No puedes estar aquí —dijo entre dientes mientras comprobaba que los compañeros de las mesas más cercanas estaban demasiado concentrados en sus trabajos para oírlos.

—Vengo a cuidarte, ya te lo he dicho.

—Y yo te he dicho que no necesito que nadie me cuide.

Debía de haber levantado la voz un poco más de lo aconsejable porque detectó un par de miradas extrañadas de sus compañeros.

Carraspeó, se levantó e hizo un gesto disimulado al ángel para que la siguiera.

Entraron juntos en la sala de descanso. Por suerte, estaba vacía.

—No quiero que estés aquí, ya es bastante malo que te sientas con derecho de aparecer en mi casa sin mi permiso.

—Gabriel me ha dado permiso.

—La casa es mía, no de Gabriel. ¡Pregúntale al banco quién paga la hipoteca!

—No me interesa hablar con ese tal Banco, solo quiero prevenirte sobre Noelia.

Lola se enderezó.

—¿Qué pasa con ella?

—Quiere aprovecharse de tus conocimientos. Pretende que tú hagas su trabajo para hacerlo pasar por suyo.

—No sabes de qué estás hablando.

Lola se negaba a confiar en él, ¿por qué debería hacerlo? Sin embargo, la duda ya se había instalado en su interior.

—Nos vemos después en casa —dijo el ángel.

—¿Cómo que…? —empezó, pero estaba sola otra vez—. ¡Es tan irritante como Gabriel! —bufó.

Regresaba a su mesa de mal humor cuando vio que Hugo estaba junto a Noelia. Ella parecía emocionada.

Se acercó y fingió estar buscando algo en una estantería a sus espaldas para poder escuchar la conversación.

—Me encanta esta parte, es genial. ¿Se te ha ocurrido a ti sola? —quiso saber Hugo.

—Sí, me había atascado un poco, pero me he puesto a mirar por la ventana y de pronto me ha venido la inspiración —contestó ella con una sonrisa.

Lola se dio la vuelta para observar el aura de su compañera, estaba brillando de satisfacción.

Hugo se giró, como si se hubiese percatado de su presencia.

—Lola, ¿te encuentras bien?

—Eh… No, la verdad es que no.

—Tienes muy mala cara, ¿por qué no te tomas el resto del día libre? —Hizo un gesto hacia su mesa—. Coge tus cosas, te llevo a casa.

—No, no te preocupes. Cogeré un taxi.

Regresó a su mesa y recogió lo más rápido que pudo, Hugo la siguió.

—No me cuesta nada, de verdad.

Negó intentado sonreír y se marchó antes de que volviera a insistir.

Aceleró el paso hasta llegar a su coche y permaneció un minuto apoyada sobre uno de los laterales, serenándose, hasta que se vio con fuerzas de conducir.

Cuando llegó a casa, Malakiel estaba esperándola en el vestíbulo.

Lola se quedó mirándolo.

—¿No vas a soltar un «ya te lo dije»? —le preguntó.

—No —contestó él con serenidad—. He venido a cuidarte, no a sermonearte, juzgarte o condenarte. Ese no es mi trabajo.

—¡Vale! —se encogió de hombros, se dirigió al salón y se dejó caer en el sofá—. Voy a ver una peli, ¿te apuntas?

El viernes a la hora de salir, Noelia vino hasta su mesa, apoyó las manos en el tablero y se acercó a ella.

—Lola, un amigo inaugura su pub esta noche con una sesión privada. ¿Te animas? Habrá copas gratis toda la noche.

Ella observó su aura, parecía una invitación sincera. Estaba claro que no sospechaba nada. No sabía que ella había oído como se apuntaba un tanto con Hugo.

—No, gracias —respondió secamente.

Noelia se echó hacia atrás incorporándose.

—Vale…

Lola comenzó a recoger su mesa sin mirarla.

—¿Te pasa algo? —insistió su compañera.

—Tú sabrás.

Noelia cruzó los brazos sobre el pecho, su aura reflejaba inseguridad.

—Pues no, no sé a qué te refieres —afirmó.

—¿No? Vaya, te creía más lista —dijo ella incorporándose—. Pásalo bien en la fiesta de tu amigo.

Su compañera se quedó mirándola en silencio mientras ella salía por de la oficina dando un portazo triunfal.

—¡No golpeéis la puerta! —oyó gritar a Hugo.

Por la tarde, cuando vio a María en el gimnasio, le propuso salir esa noche. No le apetecía quedarse en casa. Por suerte, su amiga siempre estaba dispuesta, así que quedaron en uno de sus locales favoritos.

Entre cervezas y risas les dieron las tantas de la mañana.

—Tengo que ir a mear —dijo Lola.

—Y yo tengo que ir a casa, David me está esperando.

—¿Qué prisa tienes? Venga, va, la última.

—Llevas diciendo eso una hora —dijo María con una sonrisa.

—Pues la última de la última.

—Vaaale.

—La pido yo a la vuelta —aseguró Lola—. Esta ronda es cosa mía.

—¡Qué menos!

Ella hizo una mueca y se dirigió al aseo. Como siempre, había cola en el de las chicas, así que pasó de largo y entró en el de los hombres.

Un joven, casi un adolescente, se estaba abrochando los pantalones.

—¡Buenas! —lo saludó ella.

El joven la miró asustado y salió corriendo. Lola no pudo evitar sonreír.

Cuando salió del aseo, algunas de las chicas de la fila le lanzaron miradas despectivas que por supuesto ella ignoró por completo.

Al acercarse a la barra se quedó petrificada. David estaba apoyado en ella, abrazado a una chica rubia, con los brazos y piernas tan enredados que sus auras parecían una sola, no se sabía dónde terminaba un cuerpo y empezaba otro.

Lola giró sobre sí misma y se dirigió en estado de shock hacia su mesa.

María la recibió alzando las cejas.

—¿Y las cervezas?

Tardó solo un segundo en decidir con quién estaba su lealtad.

—He visto a David comiéndole la boca a una rubia al lado de la barra.

—¿Qué dices? —La sonrisa de María vaciló en su rostro—. No tiene gracia, Lola.

—No es una broma. Ven a verlo por ti misma.

Su amiga se levantó y la siguió hasta el lugar donde ella había visto a David.

No estaba allí.

Miró alrededor intentando localizarlo. No podía haber ido muy lejos.

—Te has pasado —le recriminó su amiga—. Me largo.

—No, espera… —pidió, pero María ya se estaba alejando.

Ella recorrió el pub durante diez minutos antes de darse por

vencida. Cuando llegó a casa, recibió un mensaje de su amiga.

Le había enviado una foto en la que se veía a David durmiendo. La imagen estaba sacada en el piso de María y en el pie de foto una frase.

«Me debes una disculpa».

Lola llamó a su amiga, pero ella ya había apagado el móvil.

Se echó vestida sobre la cama tapándose los ojos con el brazo.

—Por favor, que se borre este día —le pidió a la nada.

Capítulo 17

A la mañana siguiente consiguió hablar con María y que ella aceptase sus disculpas.

Ya más tranquila, decidió preparar tortitas para desayunar, pero se hizo un lío con las cantidades de los ingredientes y acabó con una torre enorme entre las manos.

Miró el reloj, las once y media. Parecía una hora prudente para una visita vecinal, así que cogió todos los siropes que tenía y el plato y bajó haciendo malabares a casa de Mercedes.

Apoyando el plato en el muro que hacía la función de pasamanos y tocó el timbre tres veces rápidas para que supiesen que era ella.

Escuchó unos pasos ligeros al otro lado de la puerta. Fue la niña la que abrió.

—¡Sorpresa! —dijo recuperando el plato y haciendo un suave giro en el aire con él.

—¡Mamá, Lola ha traído tortitas! —gritó Inés apartándose para dejarla entrar.

—Qué bien, porque me acabo de dar cuenta de que se nos han acabado las galletas —se escuchó desde la cocina.

Cuando pasó por delante de la Inés, Lola detectó un pequeño cambio en su aura, como un parpadeo.

La niña se había quedado mirándola fijamente.

—¿Estás bien?

La pequeña se mantenía en silencio, sin dejar de mirarla.

—Inés, ¿estás bien?

Iba a llamar a Mercedes cuando la niña pestañeó varias veces y volvió a sonreír.

—Estoy hambrienta.

—¿Venís o qué? —las llamó Mercedes desde la cocina.

Lola siguió a la niña hasta allí aprovechando para inspeccionar su aura. Había vuelto a la normalidad.

Quizá fuese verdad que solo estaba pensando en el desayuno, pero le prestaría más atención durante unos días solo para asegurarse de que no había nada más.

Se estaba acostumbrando a no dejarse engañar por respuestas sencillas. Ahora mismo la vida le parecía todo menos eso.

Al día siguiente, su coche no arrancaba. Golpeó el volante tres veces descargando su frustración y después decidió llamar a mecánico de su padre.

Él le aseguró que le enviaría una grúa enseguida. Avisó a Hugo de que llegaría tarde, se sentó en un banco cerca del coche, sacó el portátil y aprovechó para adelantar algo de trabajo mientras esperaba.

Al salir del trabajo, Santiago le dio la mala noticia de que tardaría al menos quince días en reparar su coche.

Cogió el autobús para dirigirse a casa. A esas horas iba lleno de gente y tuvo que permanecer de pie, aferrada a una barra de metal, cerca de la puerta.

Había tanta gente y estaban todos tan apretados entre sí, que las auras se combinaban creando toda una fiesta de luces que le daba un enorme dolor de cabeza.

Estaba tan mareada que a duras penas consiguió bajar del autobús sin tropezar. Atravesó arrastrando los pies los pocos metros que separaban la parada de su portal. En el ascensor, apoyó la frente sobre el espejo para recibir algo de su frescura. Cuando entró en casa se dirigió al sofá y se desplomó sobre él.

La idea de tener que depender del autobús durante dos semanas le parecía mortal.

En el trabajo el ambiente se había enrarecido un poco. Noelia había dejado de saludarla y empezaba a notar cómo algunas personas estaban alineándose en su bando. Estaba empezando a considerar el solicitar a Hugo que la dejara trabajar desde casa durante el tiempo en que estuviese sin transporte cuando recibió una llamada de María.

—Este fin de semana no hagas planes. ¡Nos vamos a mi pueblo! Para que veas que aunque tú seas una mala amiga, yo soy la mejor.

—Ya te he pedido perdón, ¿no? ¿Qué más quieres? Además estoy sin coche.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha roto el no sé qué del no sé dónde y van a tardar en arreglarlo. Llevo tres días cogiendo el bus para ir al trabajo y es agotador.

—Yo puedo dejarte el mío. La próxima semana no hay clase,

tengo planeado quedarme en el pueblo y no pienso salir de casa. Lo único que tienes que hacer es ir a recogerme el próximo domingo.

—¿Y qué vas a hacer en el pueblo sola y sin coche toda la semana?

—Tengo un plan muy ambicioso, me voy a dedicar a no hacer nada las veinticuatro horas del día.

Lola rio y aceptó la oferta.

Al día siguiente era viernes. Quedaron en que María la iría a recoger a la salida del trabajo, y se acercarían hasta el piso de Lola. Les llevaría al menos dos horas llegar al pueblo, así que aprovecharían a comer algo allí antes de coger carretera.

El pueblo de María estaba hundido entre montañas, en un valle. Había que subir, subir, y subir, y luego bajar, bajar y bajar, y allí estaba. Todo aire puro y sin cobertura de móvil.

El último año había quedado deshabitado. Todos los que habían nacido allí, habían muerto o emigrado a zonas más civilizadas, eso le daba un halo de soledad y decrepitud que a Lola le encantaba.

Por suerte, María llevaba unos años rehabilitando la vieja casa de sus abuelos y aunque por fuera se habían respetado al máximo el aspecto original, por dentro contaba con ciertas comodidades de la vida moderna.

Y aunque se había negado a contratar una línea de internet, sí había instalado un teléfono fijo por si surgía alguna emergencia.

Aparcaron el coche en el camino que conducía a la casa y Lola llevó las maletas hacia la puerta principal mientras María se encargaba de conectar la luz y el agua.

La casa era de piedra, así que por mucho calor que hiciese fuera, su interior se mantenía agradablemente fresco.

—Has currado mucho aquí —asintió con aprobación—. Y ha merecido la pena. La casa está preciosa.

María sonrió y su aura brilló.

—No solo lo que he currado yo, mis padres casi se han arruinado volviendo a levantar este montón de piedras. Pero sí, ha merecido la pena.

Cenaron y se acostaron temprano. Tenían muchos planes para el día siguiente.

Gabriel estaba a los pies de la cama, mirándola en silencio. Lola

quería llegar hasta él, y por algún motivo, no podía moverse. Tampoco podía hablar. Así que se limitaron a permanecer mirándose el uno al otro en silencio.

Se despertó sobresaltada. Gabriel no estaba allí. Miró el reloj, marcaba las 4:47 de la madrugada.

Estaba demasiado agitaba para volver a dormirse, así que se levantó intentando no hacer ruido, se puso una chaqueta sobre el pijama y salió al patio.

La luna estaba enorme y preciosa en el cielo.

—¿Problemas para dormir?

Malakiel estaba de pie frente a ella, cobijado en las sombras de un árbol.

Lola no habría podido precisar el tiempo que llevaba allí, o si ya estaba cuando ella salió.

—¿Me has seguido hasta aquí?

—Es la labor de un ángel de la guarda. Este lugar está demasiado aislado para dos mujeres solas.

—Perdona, pero María es cinturón negro de kung-fu. Y yo sé dar buenas patadas en los cojones.

Escudriñó el rostro del ángel para adivinar su expresión, intentando comprobar si mostraba algún gesto de censura, aunque estaba demasiado oscuro bajo aquellas ramas para distinguir nada más que sus pupilas, que brillaban como las de un gato.

—¡Qué simple eres! No entiendo qué llamó la atención de Gabriel.

Ella se estremeció. No iban a tener esa conversación.

Caminó alejándose del ángel hasta el coche y se apoyó en el portón del maletero. Allí el coche tenía una abolladura. La recorrió con la mano.

—Este coche necesita algunos arreglos.

Malakiel la había seguido. Su rostro estaba iluminado ahora y todo era placidez y bondad.

Lola suspiró, dispuesta a empezar de nuevo.

—Con el mimo que ha puesto tu amiga en reconstruir la casa de sus abuelos —continuó el ángel—, qué descuidado tiene su coche.

—Seguramente no puede permitirse arreglarlo. No tiene trabajo fijo, todavía está estudiando.

—¡Lola! —la llamó María desde el umbral.

Ella volvió la vista hacia el lugar donde había estado Malakiel. Volvía a estar sola, así que dirigió hacia la casa.

—¿Con quién hablabas? —le preguntó su amiga, extrañada.

—Solo estaba pensando en voz alta.

—Ven a dormir, todavía quedan unas horas para que amanezca.

Se dirigió a la casa sin mirar atrás. María se apartó de la puerta para dejarla entrar y cerró tras ella. Cada una regresó a su habitación.

Cuando Lola entró en la suya, notó que la cortina estaba un poco abierta y desde la cama se veía el árbol rodeado de sombras.

Se acercó al cristal y observó con atención. Los ojos de gato estaban allí devolviéndole la mirada con intensidad.

Corrió las cortinas con brusquedad y regresó a la cama. Pero ya no volvió a dormir.

A la mañana siguiente no quedaban sombras debajo del árbol, ni rastro del Malakiel. El sol lo había borrado todo.

Dedicaron el día a explorar el pueblo y la noche a confesar secretos e inventar historias.

—Érase una vez… —empezó María.

«Érase una vez dos hermanos gemelos. Uno se llamaba Amor y el otro Odio. Amor era bello y puro como una gota de rocío, Odio era oscuro y peligroso como las ascuas de una hoguera en lo más profundo de un bosque.

Odio no soportaba estar junto a su hermano, pero debía protegerlo porque habían sido maldecidos al nacer y si uno de los dos moría, el otro moriría también.

Un día, un forastero llegó al pueblo. Llevaba mucho odio en su corazón así que Odio y él se hicieron amigos al momento. Antes de irse, le dio un regalo. Un puñal mágico con el que podía matar a su hermano sin morir él.

Odio esperó a que se hiciera de noche y apuñaló a Amor mientas dormía.

Miró sus manos llenas de sangre, no se sentía triunfante, sino desolado. Sin Amor, su vida ya no tenía sentido. Antes de amanecer, se había clavado el puñal en su propio corazón, cumpliendo así la profecía».

—Guau —dijo Lola—. ¿Tiene moraleja?

María le lanzó un cojín que ella atrapó al vuelo.

—Te toca —le dijo su amiga.

—Érase una vez… —empezó ella.

«Érase una vez una mujer que no podía sentir nada. Su vida estaba vacía. Hasta que un día, fue bendecida con el don de un ángel. Podía ver los sentimientos de los demás dibujados en sus propios cuerpos. A partir de ahí, su vida cambió y se dedicó a ayudar a los demás».

—Por Dios, Lola, ¡qué historia más mala! —se rio María.

Ella se encogió de hombros.
—Ya te dije que era horrible contando historias.
—Vamos a dormir —decidió su amiga, estirándose.

Capítulo 18

El fin de semana había pasado más rápido de lo esperado y Lola regresó a la ciudad conduciendo el coche de María.

El lunes a primera hora habló con el taller para que lo arreglaran. El viernes lo recogió como nuevo y se puso en marcha hacia el pueblo de su amiga.

Cuando aparcó frente a la puerta, ella estaba rellenando los depósitos de las macetas autorriego que decoraban la entrada.

—¡Hola, guapetona!

María se giró para saludarla y la sonrisa se congeló en su cara.

—¡Sorpresa! —dijo Lola dando un saltito junto al coche.

María dio una vuelta alrededor del vehículo. La verdad es que no parecía muy contenta y el comportamiento de su aura lo confirmaba.

—¿No vas a decir nada? —insistió ella.

—¿Por qué lo has hecho? —dijo su amiga al fin. Y no sonó como ella había esperado.

—Pues… obviamente, no para que te enfadases.

—No estoy enfadada, estoy… triste —dijo María llegando a su lado—. Este coche ha vivido muchas cosas conmigo. Cada marca, cada abolladura, contaba una historia. Y tú lo has borrado.

—En realidad fue el mecánico.

María la fulminó con la mirada.

—Perdón. Está claro que no era el momento… Mira, esas historias están en tu cabeza, no en la carrocería del coche. No necesitas un coche *mierder* para recordarlas.

—¡Ya, claro! Olvidaba que tú sabes mejor que yo lo que necesito. —El tono de María se había endurecido.

—¡Pero…! Eres una desagradecida. ¡Lamento haber arreglado tu coche! ¿Vale?

—¡Es que no lo has arreglado! ¿Te enteras? Lo has estropeado por completo.

—Ya veo… Igual que nuestra amistad, por lo visto.

—¡Madura un poco, Lola!

—¡Que te den! Me largo.

Lola sacó su maleta del coche, se colgó el bolso y comenzó a alejarse de la casa.

—Sí, huye. Está claro que es tu especialidad.

Apretó los dientes y se concentró en el camino. En el pueblo de al lado había un bar en el que había visto un cartel donde se anunciaba que se alquilaban habitaciones. Esperaba poder encontrar una libre para pasar la noche.

No estaba segura de a qué distancia estaba, pero se alegraba de no llevar tacones. Estaba empezando a dolerle la cabeza.

Cuando llevaba un rato caminando, el móvil vibró en su bolsillo. Lo sacó y la foto de María apareció en la pantalla. Rechazó la llamada y apagó el terminal.

—Ni de coña voy a volver —dijo entre dientes.

—Haces muy bien. ¿Quién se ha creído que es esa niñata? —replicó Malakiel a su lado.

Lola se sobresaltó por un momento. Se paró, obligándolo a detenerse con ella y lo encaró muy seria.

—No te permito que hables así de mi amiga.

El rostro del ángel se crispó por unos segundos, aunque rápidamente regresó su mirada dulce. Se encogió de hombros y continuó andando.

Ella lo siguió en silencio.

Tardaron poco más de una hora en llegar al pueblo.

Frente a la puerta del bar, Malakiel se hizo a un lado con una reverencia, invitándola a pasar primero. Se inclinó tanto que casi tocaba con la nariz el suelo. A Lola le hizo gracia el gesto y entró en el local con una sonrisa en la cara.

Por suerte había habitaciones libres. La mujer que estaba tras la barra la llevó a través de una puerta hasta un recibidor con un viejo mostrador de madera, revolvió en un cajón hasta encontrar una llave y la guio hasta la habitación.

No era tan confortable como la que ocupaba en la casa de su amiga, pero sería suficiente para pasar la noche.

Gabriel estaba al pie de la cama y la miraba en silencio. Ella ni siquiera intentó decir nada, sabía que no era real.

Se despertó temblando, con la almohada empapada en llanto. Se hizo un ovillo en el centro del colchón, se tapó por completo con manta y deseó que el amanecer llegase rápido.

A la mañana siguiente, cuando entró en el bar, María estaba tomándose un café en una mesa junto a la ventana.

Lola se sentó a su lado y se miraron unos segundos.

—Lo siento —dijo.

María alzó las cejas invitándola a continuar.

—Siento haberte arreglado el coche sin tu consentimiento.

—¡Vale! Disculpas aceptadas —dijo su amiga dándole un golpecito con el hombro—. Solo quería que entendieses que hacer algo bueno que no te han pedido puede ser malo en realidad.

Lola asintió con lentitud asimilando la frase.

—Carmen, otros dos cafés con leche, cuando puedas —pidió María a la mujer de la barra.

Regresaron al pueblo de María en coche y consiguieron pasar el resto del fin de semana sin volver a discutir.

El lunes, Lola regresó al trabajo con las pilas recargadas. Siempre se había considerado una urbanita, pero tenía que reconocer que el pueblo le sentaba bien.

Allí el aire se respiraba mejor. Y frente a las montañas, los problemas de la vida cotidiana no parecían tan graves. ¡Cómo preocuparse por el mal gesto de una compañera, una mirada, estando frente a un roble de más de cien años!

Aquel roble estaba en el mundo desde antes de que ella naciese y era muy probable que siguiese mucho después. ¿Qué significaban sus problemas en el conjunto del universo?

Quizá debiera comprarse una casa en aquel pueblo.

La semana pasó rápida. El viernes, Lola había quedado para ir al cine con María. No estaba segura de qué iban a ver, sería alguna película de risas tontas de esas que le gustaban a su amiga.

A la hora convenida se pasó por su casa. Iván le abrió la puerta.

—Hola, guapetón.

—Hola.

—¡Estoy en cinco minutos! —gritó María desde el fondo del piso.

—¡Vale! —respondió ella elevando la voz—. ¿Qué tal? —añadió dirigiéndose al muchacho—. ¿Cómo te trata la vida?

—Como a un trapo viejo, pero aquí estamos, aguantando.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué ha pasado?

—En clase hay una chica nueva. —Sus ojos brillaban—. Es preciosa.

—Um… Te gusta, ¿eh? —Se dirigieron al salón y se sentaron en

un gran sofá de cuero.

—Un poco —confesó al fin.

—¿Y qué pasa con Raquel?

—¿Raquel? Hace semanas que rompimos.

—Ah... Pues vale. —Por lo visto, había alguien a quien las relaciones les duraban menos incluso que a ella—. ¿Y qué problema tienes con la nueva?

—Quería pedirle que me acompañara al baile de fin de curso, pero ya se lo ha pedido otro.

—¿Qué mierda es esa del baile de fin de curso?

—Pues eso, Lola; es un baile, al final del curso —aclaró Iván con sorna.

—¿Al estilo americano?

—Más o menos.

—Joder…

—¡Habla bien! Estás delante de un menor.

—¡Si tú sabes más palabrotas que yo! —le recriminó, y ambos rieron.

—El caso es que no sé qué hacer —continuó él cuando se serenaron—, porque si no voy con ella no me apetece ir con nadie más, pero si voy, puedo intentar acercarme a ella de alguna manera. —Buscó algo en su móvil—. Mira, aquí tengo una foto.

Aunque la foto estaba un poco desenfocada, se podía ver que la muchacha era realmente guapa. No estaba al alcance de Iván. Ni de lejos.

—Creo que deberías pedírselo a otra persona. ¿Seguro que no hay nadie que te llame la atención?

—Seguro. Además, a estas alturas, la mayoría estarán ya emparejadas.

—Prueba con la más fea.

—¿Carola?

María entró en la habitación en ese momento.

—¿Qué pasa con Carola? —preguntó, interviniendo.

—Tu hermano le va a pedir que vaya al baile con él.

—¿A Carola? —preguntó mirándolo extrañada—. Pensaba que te gustaba Natalia.

—Me gusta Natalia —confirmó Iván—. Pero a ella ya se lo han pedido.

—Se lo han pedido, pero resulta que sé de buena tinta que ella no ha contestado.

A Iván se le iluminó la cara.

—¿Estás segura de eso?

María asintió con una amplia sonrisa.

Iván se levantó de un salto.

—Ahora vuelvo —dijo saliendo del salón.

Lola y María se miraron. Ella habló primero.

—¿Por qué animas a tu hermano con esto? ¿Has visto lo guapa que es? Él no está a su altura.

La sonrisa de su amiga se transformó en un gesto de entendimiento.

—Lo de ir con Carola ha sido idea tuya, ¿verdad? ¿De qué vas? Llevo tiempo intentando juntar a Natalia con Iván, a ella le gusta él. Lo sé porque conozco a su hermana mayor del gimnasio.

—No lo sabía.

—¡Pues entonces no te metas!

—No hace falta que me grites —dijo Lola poniéndose en pie para ponerse a su altura.

—¡Eso es precisamente lo que te hace falta! A ver si espabilas de una vez.

Iván entró en el salón sonriendo. Al verlas, se le congeló el gesto en la cara.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Pasa que tu hermana es gilipollas — le dijo Lola.

Cogió su bolso y salió del piso dando un portazo.

Las lágrimas picaban en el borde de los ojos así que las borró a base de odio.

—Deberías dejar de hablar con ella —dijo Malakiel a su lado poniendo en palabras sus pensamientos—. Está claro que no te merece.

—Es una desagradecida y una insoportable —sentenció Lola.

—Y se cree mejor que tú —añadió el ángel.

—¡Dios, cómo la odio!

—No tomes el nombre del Señor en vano —le recriminó él.

—¿Qué señor? —preguntó Lola, confusa.— ¡Ah! ¡Ya entiendo! Demonios, cómo la odio.

—Mejor.

Lola se paró en medio de la calle y se quedó observándolo. Malakiel esperó paciente.

—¿No vas a decirme que odiar está mal y todo ese rollo de repartir amor por el mundo?

—María no se merece tu amor. Ya te ha despreciado suficiente.

—Tienes razón —dijo ella volviendo a andar—. ¡Estoy harta!

Sacó el móvil del bolsillo y lo apagó. Cuando llegó a casa abrió una botella de ron y brindó consigo misma a su salud. Mucho mejor

que ir al cine a ver una estúpida película.

Capítulo 19

Un sábado de resaca necesitaba más alcohol para ser soportado, así que Lola había animado ese día con vodka y el domingo, con tequila.

Cuando llegó el lunes, a duras penas consiguió levantarse. Encendió el móvil, pero ninguna notificación vino a iluminar su soledad. Ningún mensaje de María.

Nada.

Malakiel hizo acto de presencia mientras desayunaba un café negro y Lola relató al ángel lo sucedido con Noelia.

—Deberías crear tu propia empresa. Ir por tu cuenta —le aconsejó el ángel.

—Me da miedo. El mercado está fatal.

—Ellos se aprovechan de tu miedo. Les conviene que no creas en ti misma.

—Yo creo en mí misma. Simplemente, no estoy segura de que sea el momento.

—¿Y cuándo crees que será el momento? ¿Cuántos años tienes?

—Los suficientes, desde luego.

—Entonces, deja de luchar por el sueño de otro y empieza a hacerlo por el tuyo.

Lola se encogió de hombros y se concentró en desplazar su cuerpo hasta el trabajo.

En el estudio ya casi nadie le hablaba, seguramente Noelia había envenenado sus mentes y ahora todos se habían puesto de parte de ella.

¡Mejor! Así podría trabajar más tranquila.

No hizo la acostumbrada pausa a media mañana. No es que tuviese con quién compartirla.

Al rato, vio a Hugo salir nervioso de su despacho y acercarse a la puerta de la oficia. Alberto Martínez apareció y se estrecharon las

manos.

Lola cogió un libro, lo abrió por una página al azar y desenfocó la vista mientras aguzaba el oído.

—Sí, ya está listo. Esperamos que sea de su agrado. ¡Noelia, a mi despacho!

La muchacha se levantó llevando consigo una tablet y los siguió.

Estuvieron allí encerrados casi una hora, pero al salir, todos lucían sonrisas satisfechas.

—Podrías haber sido tú —dijo la voz de Malakiel a su espalda.

Se giró con brusquedad. Allí no había nadie.

La puerta de la oficina se cerró y Hugo y Noelia regresaron a sus puestos.

Al cabo de un rato, Noelia se acercó a su mesa con unos bocetos en la mano.

—Lola, necesito tu consejo —dijo. Y sin más, plantó sus dibujos sobre el teclado de su ordenador, casi sobre sus manos.

Lola rescató el ratón de debajo de los papeles y se concentró en las preguntas que le estaba haciendo su compañera.

Resolvió sus dudas con buenos consejos e incluso repasó algunas zonas. Su compañera expresó un agradecimiento apresurado antes de dirigirse con los bocetos al despacho de Hugo.

Lola volvió a concentrarse en su pantalla. Noelia había pulsado algunas teclas que le había hecho perder media hora de trabajo. Suspiró y se puso a trabajar.

Cuando llegó la hora de salir, sus compañeros se fueron levantando de manera ruidosa.

Alguien propuso ir a tomar unas cervezas para celebrar que el estudio hubiera conseguido el contrato de Alberto Martínez. Nadie la miró.

Fijó su atención en Noelia esperando que se acercara a decirle algo, pero la ignoró igual que el resto.

Fingió que estaba muy concentrada en su trabajo hasta que la oficina se vació. Después, recogió sus cosas y salió en silencio.

De camino a casa sintió la presencia de Malakiel a su lado. Caminaron juntos en silencio y Lola no pudo contener una sonrisa. Esa noche no quería estar sola. Le relató lo que había sucedido con Noelia.

—Se aprovechan de tu trabajo.

—Lo que dijiste ayer de montármelo por mi cuenta…

—Te iría bien.

—¿Lo crees en serio?

—No lo creo, lo sé.

Lola empezó a hacer números en su cabeza. No tener que volver a ver las caras de los de la oficina sería un placer. Aceptaría solo los encargos que la apasionasen, ella sería artífice de su futuro, nadie más, nada más.

Le hubiese gustado reflexionar el asunto con más tiempo, sin embargo, el ángel la animó tanto, que decidió que presentaría su renuncia al día siguiente.

Debía utilizar esa energía de la decisión tomada para impulsarse a la acción.

A la mañana siguiente, Lola estaba tomando café mientras miraba por la ventana cuando Malakiel apareció a su espalda.

—¿Preparada?

—Buenos días a ti también —sonrió—. ¡Preparada!

—Tu jefe intentará retenerte, no debes dejarte convencer.

—No debo.

—Tienes que mantenerte firme.

—Tengo.

—Estaré cerca por si me necesitas.

—Gracias, no sé qué haría sin ti.

Subió las escaleras despacio, construyendo en su mente las frases que iba a soltar frente a su jefe.

—¡Buenos días! —dijo al entrar en la oficina.

Nadie contestó. Ni siquiera la miraron y eso le afianzó en su idea de que lo que iba a hacer era lo mejor para ella.

Se dirigió al despacho de su jefe, tocó con firmeza en la puerta y esperó a escuchar la voz de él indicándole que pasara. Entró y cerró con cuidado la puerta tras ella.

Él estaba concentrado en unos papeles sobre su mesa. Ella respiró hondo y soltó la bomba.

—Hugo, renuncio.

Él levantó la vista con brusquedad.

—¿Qué has dicho?

—Que renuncio al puesto.

—Pero, ¿por qué?

—Necesito más libertad.

Hugo se echó hacia atrás como si lo hubiera golpeado.

—Creo que siempre te la he dado.

Lola basculó el peso de una a otra pierna. Estaba intentado pensar en los motivos por lo que debía de dejar el trabajo y se había quedado en blanco.

Hugo bajó la vista y se frotó la frente.

Sintió la presencia de Malakiel a su espalda. No se giró.

Escuchó su voz justo detrás de la nuca y su piel se erizó.

—No quiere perderte, sabe que puede sacar mucho más de ti. No te soltará hasta que te haya dejado seca. No debes dejarte manipular.

Hugo estaba hablando. Lola intentó concentrarse en la voz de su jefe.

—…sé que tienes mucho para dar y te quiero. Te quiero en mi equipo.

—Lo siento. La decisión ya está tomada.

Sin más, salió del despacho. Oyó que Hugo la llamaba y su voz le sonó extraña, como una súplica. Borró con rapidez ese pensamiento de su cabeza y se dirigió a la salida lo más rápido que pudo.

Caminó por la calle sin rumbo fijo. La gente pasaba a su alrededor mezclando sus auras. Había demasiada gente. Los colores comenzaron a girar difuminándose, se iba a desmayar.

Pensó en Malakiel, pero no apareció. Se refugió en un callejón oscuro y se dejó resbalar hasta el suelo. Olía a orina y humedad. El mundo se desconectó.

Recuperó la conciencia lentamente. A unos metros sobre ella se había abierto una ventana y alguien estaba haciendo café.

Notó el móvil vibrando en su bolso. Lo sacó con las manos un poco temblorosas. Tenía diez mensajes de Hugo.

Lo apagó sin leerlos y se levantó. Se recompuso como pudo y caminó pegada a las paredes evitando las calles más concurridas hasta que se encontró en la seguridad de su casa.

Malakiel la estaba esperando sentado en el salón.

—Lo has hecho muy bien —le dijo.

—Ya. Me voy a dar una ducha.

Estaba deseando quitarse aquella ropa que olía a callejón.

Entró en el cuarto de baño y se miró al espejo. El recuerdo de Gabriel le golpeó en el centro del pecho. Cerró los ojos, pero fue peor, así que volvió a abrirlos.

Se desvistió como un autómata, se metió en la bañera y dejó que el agua se llevara todos sus sentimientos.

¿Qué le diría él si pudiese verla ahora?

Capítulo 20

Llevaba una semana evitando ir a kung-fu para no cruzarse con nadie, pero su cuerpo echaba de menos el hábito del ejercicio, así que escogió una hora en la que sabía que el gimnasio estaría desierto para acercarse.

Tras la sesión, salía del vestuario tan absorta en sus pensamientos que casi chocó con David. Estaba apoyado en la pared frente a la puerta, con el aura levemente oscurecida y una extraña sonrisa en la cara.

—Te estaba esperando.

—¿A mí?

Lola frunció el ceño mientras David se acercaba con una pose que pretendía ser seductora. A ella solo le pareció ridícula. El sudor en su frente y su olor corporal no ayudaban.

—¡Oye! Esa imagen de dandi no te pega nada. ¿Qué te pasa?

David parpadeó confuso unos segundos deteniendo su avance. Lola metió la mano derecha en su bolso palpando en busca de las llaves.

—A no ser que sea urgente, si no te importa, dímelo el lunes, tengo algo de prisa. —Bajó la vista hacia el bolso y lo mantuvo abierto para poder buscar mejor en su interior.

Cuando volvió a alzar la vista, David la miraba con tal intensidad que se quedó hipnotizada. Sus ojos estaban vidriosos y oscuros.

Podía percibir que su aura se había oscurecido más y se comportaba de una forma extraña, como si quisiese abandonar la rígida silueta del cuerpo y expandirse hasta llenar todo el espacio. Sintió un escalofrío. Algo no iba bien.

Sus dedos rozaron el llamador de ángeles dentro del bolso. Lo envolvió en su puño aferrándose a él. Parpadeó obligándose a retirar la mirada.

Logró fijarla en el suelo pero todavía no encontraba la fuerza necesaria para moverse, parecía estar petrificada.

—No me importa. —Podía oír en su voz que David estaba sonriendo—. Tengo todo el tiempo del mundo.

Lola notó que la sensación de parálisis desparecía poco a poco. Cuando se había convertido en un leve malestar, balbuceó una despedida y se dirigió con rapidez hacia la salida.

No se atrevió a volver a mirarle en ningún momento. Caminó

hasta su casa todo lo deprisa que pudo sin llegar a correr. No se sintió segura hasta que cerró la puerta tras ella.

Lo primero que hizo fue dirigirse a su habitación, abrió el baúl que tenía a los pies de la cama y empezó a revolver entre la ropa.

La botella que contenía esencia angélica apareció debajo de un jersey grueso de lana. Algo brillaba en su interior, como una luciérnaga temblorosa.

Se arrodilló apoyándose en el borde de madera sin dejar de mirar la botella. Era lo más bonito que había visto nunca.

No entendía qué estaba pasando, pero hacía tiempo que había dejado de tratar de entenderlo todo. Se llevó la botella con ella y la puso en su mesita. Con las luces apagadas, la habitación se llenaba de un tenue resplandor dorado.

Se puso una camiseta para dormir, se acostó y sin apartar la vista del resplandor, se quedó dormida.

Los días siguientes los pasó observando la luz titilante de la esencia encerrada en la botella y dividiendo su tiempo entre hacer lo mínimo posible y no hacer nada.

Su jefe había dejado de llamar. Lola supuso que no era correcto seguir pensando en él como su jefe.

Quiso llamar a María, pero recordó que seguía enfadada con ella.

Se estiró en el sofá y su propio olor corporal la incomodó. ¿Cuántos días llevaba sin ducharse?

Y lo más importante, ¿cómo se había permitido llegar a esta situación? Sin trabajo, encerrada en casa. Estaba otra vez en la casilla de salida.

—¡Malakiel! ¿Dónde estás, maldito?

Abrió una puerta del armario del salón y sacó una botella de whisky. Dio un trago y se dejó caer en el sofá.

—¿Por qué todos me habéis abandonado? —preguntó al vacío, y siguió bebiendo hasta caer en la inconsciencia.

El sonido chirriante de la persiana del salón al levantarse la arrastró fuera del sueño.

Había una figura de pie a su lado. Parpadeó intentando enfocarla.

—Lola —sonó severo—. Está claro que no se te puede dejar sola.

—Gabriel —contestó intentando imitarlo, pero no pudo evitar que se le quebrase la voz—. Entonces no vuelvas a hacerlo.

—Date una ducha y vístete, hablaremos luego —dijo, y se dirigió a la cocina.

Ella lo escuchó trastear y, reprimiendo las ganas de correr tras él, se dirigió al baño.

Se desvistió mirando hacia la puerta, como esperando que él apareciese en cualquier momento.

Se estremeció al pensar que apenas unas paredes separaban su cuerpo desnudo del de Gabriel. Y mientras se enjabonaba, no pudo evitar recordar la escena que habían protagonizado juntos.

Se vistió con un vaquero viejo, bastante desgastado en las rodillas y una camiseta floja.

En el piso no se oía ningún ruido. Caminó por el pasillo pensando en que quizás se lo habría imaginado todo, el whisky siempre había tenido extraños efectos secundarios sobre su memoria. Sin embargo, al entrar en el salón Gabriel estaba allí, dándole la espalda mientras miraba por la ventana.

Llevaba el abrigo y la ropa de siempre. Se veía extraño en plena época primaveral.

Lo miró sin terminar de creérselo. Su mirada resbaló por toda su figura como queriendo retenerlo, memorizarlo. Tenía miedo de que fuera a desaparecer de repente.

Parecía tenso. Como si llevase sobre sus hombros el peso del mundo.

A la luz del día, la habitación parecía la guarida de un trastornado. Había platos con restos de comida sobre las mesas, vasos con círculos de bebida pegada al fondo en el suelo y la botella de whisky vacía sobre el sofá.

Un tanto avergonzada, carraspeó para llamar la atención del ángel.

—He hecho café —dijo él sin darse la vuelta—. Está en la cocina.

Ella murmuró un agradecimiento y se dirigió allí.

La taza todavía humeaba cuando la cogió. Dio un sorbo y regresó más serena al salón.

—Ese ángel que mandaste no sabe hacer su trabajo. Por su culpa estoy así. María no me dirige la palabra y he dejado un trabajo que me encantaba.

Gabriel se giró hacia ella. Una línea de preocupación se dibujó

en su frente.

—¿Qué ángel? Yo no envié a ningún ángel.

—Malakiel.

—¿Malakiel? —Se acercó a ella y tomó su rostro entre sus manos.

La observó a los ojos y su expresión cambió. Ahora sí parecía su ángel.

—Parece que el asunto es más grave de lo que pensaba. Tienes que venir conmigo ahora mismo —volvió a hablar con urgencia.

—¿A dónde?

—Te voy a llevar al cielo.

—Um… sugerente. ¿Puedo terminarme el café?

Capítulo 21

Gabriel alargó sus manos para presionar las suyas. Ella se estremeció con el contacto.

—Túmbate y cierra los ojos. Confía en mí.

Lola dejó la taza sobre una mesa y se tumbó en el sofá.

Intentó relajarse, pero era difícil. Sentirlo moverse a su lado hacía que la piel le ardiese y el corazón latiese desbocado en su pecho.

Casi había perdido la esperanza de volverlo a ver y ahora estaba otra vez a su lado, había venido a buscarla.

Tras los párpados notó un resplandor que le recordó al día del ataque de Moisés. Sintió la tentación de abrir los ojos.

Quizá podría entreabrirlos lo justo para ver lo que estaba pasando.

—Recuerda lo que le pasó a él —dijo el ángel como si hubiese adivinado sus pensamientos.

Ella visualizó el montón de cenizas en su alfombra y cerró los ojos más fuerte.

La intensidad tras sus párpados se fue atenuando con lentitud y escuchó la voz de Gabriel.

—Lola, ven conmigo. —Notó que tiraba de ella para ayudarla a incorporarse.

Abrió los ojos mientras flotaba incorporándose del sofá agarrada de las manos del ángel.

Él miraba con gesto serio hacia su espalda.

—No te asustes.

Se giró y lo que vio la dejó helada por un momento. Su cuerpo permanecía tumbado en el sofá, tenía los ojos cerrados. Se estaba viendo dormir desde afuera de su cuerpo.

—¿Qué has hecho?

—Tranquila, no estás muerta. El Creador te mantendrá con vida hasta que regreses. Tengo permiso. —Ella negaba con la cabeza asustada—. Hemos de dejar tu cuerpo atrás, solo tu espíritu podrá traspasar las puertas de las esferas celestiales. —Le tomó el rostro entre sus manos y lo giró hacia él—. Mírame, Lola, ¿no confías en mí? Lo que vamos a hacer es parecido a lo que vosotros llamáis viaje astral.

—¿Nosotros? ¡Yo lo llamaría fenómeno raro! —Gabriel se rio, la

cogió de la mano y empezó a llevarla con suavidad hacia la terraza —. ¡Espera! No puedo ir a ningún sitio con estas pintas.

Él se paró y la recorrió con una mirada de adoración desde los pies hasta la cabeza. El vello de la nuca se le erizó.

—Estás preciosa.

¡Cuánto lo había echado de menos!

Se dejó llevar hacia el exterior. El aire fresco le calmó la piel ardiente.

El ángel la miró a los ojos.

—¿Preparada?

—Sí.

Lo dijo sin pensar, pero era verdad. Nunca había confiado en nadie como en él.

Gabriel la rodeó con sus brazos, protector. Ella sintió la aspereza del abrigo sobre sus brazos desnudos. Sus rodillas rozaban las de él.

El ángel entreabrió un poco las piernas situándola en medio, como si quisiera rodearla con todo su cuerpo.

—Cierra los ojos, y si sientes que te mareas, dímelo.

Lola prefirió no cerrarlos. No lo hizo cuando notó que perdía el contacto con el suelo, ni cuando se elevaron por encima de los tejados. No los cerró cuando sobrevolaron el mar, ni cuando se internaron en las nubes y solo veía una claridad algodonosa rodeándola.

No se atrevía a hablar para no romper la concentración de Gabriel, que parecía estar aguzando el oído, como si escuchase alguna voz que ella no llegaba a percibir.

Estuvieron mucho tiempo entre las nubes, como si no se estuvieran moviendo. No sentía frío, ni humedad, solo un leve cosquilleo en la piel.

Cuando ya había perdido la noción del tiempo y habían ascendido tanto como para abandonar la atmósfera, las nubes comenzaron a dispersarse y se encontraron flotando frente a una inmensa verja que se extendía hasta el infinito por ambos lados. Parecía estar hecha de luz, aunque aparentaba ser sólida como la piedra.

No tenía ninguna puerta, pero Gabriel se dirigió hacia ella avanzando con naturalidad, como si pretendiese atravesarla sin más.

Se había girado para permitir que ella pudiese observarlo todo.

Una figura se materializó frente a ellos, a pocos centímetros de la verja.

Tenía la forma de un cuerpo humano, aunque no se reconocía nada humano en él. Estaba totalmente hecho de luz, con un gran chorro surgiendo de sus hombros. Tenía un brazo levantado con la palma de la mano hacia ellos.

Su ángel aminoró el paso hasta detenerse a una distancia segura.

—Gavreel, no puedo permitirlo.

La voz resonó en la mente de Lola como pensamiento; fría y autoritaria. Ella se apretó más contra el cuerpo del ángel.

—No te corresponde a ti decidirlo, lo sabes. Tengo la bendición del Creador.

—Nunca debí permitir que te llevaras a Haziel contigo.

—Déjanos pasar.

Era la primera vez que oía la verdadera voz de Gabriel. Sonaba en su mente, alta y clara. Hacía vibrar todo su ser.

La figura bajó el brazo, pero no se movió. Gabriel avanzó.

Al pasar a su lado volvieron a escuchar su voz.

—Ten por seguro que haré todo lo posible para que no ganes esta vez.

Gabriel protegió a Lola con su cuerpo, atravesó la verja como si fuese de humo y se detuvo un momento para dirigirse de nuevo al ángel.

—Recuerda quién es tu verdadero enemigo, Miguel, la existencia misma está en peligro.

Cuando estuvieron a una distancia suficiente, Lola se atrevió a hablar.

—¿Es…?

—El arcángel Miguel.

—¡Joder!

Gabriel le lanzó una mirada de censura.

—¡Para eso te pagaron tus padres los estudios! Más respeto, Lola, que no estás en el bar con tus amigos.

—Lo siento. —Enterró el rostro en el pecho del ángel avergonzada, pero lo notó vibrar y levantó la vista sorprendida.

Gabriel estaba conteniendo la risa y al ver su sorpresa, no pudo hacerlo más y estalló en una gran carcajada. Ella le lanzó una mirada asesina y se rio también.

A medida que se alejaban de la verja, Lola pudo percibir cómo surgía de la niebla una ciudad entera.

Torres afiladas, edificios bajos coronados por cúpulas y muchas figuras de luz que se desplazaban flotando entre seres, que una vez fueron humanos y ahora no eran sino copias transparentes.

La dicha que había comenzado a surgir dentro de sí misma al atravesar la verja, explotó en su pecho. Nunca en su vida se había sentido tan bien.

Atravesaron tantas calles que le pareció tardar horas en llegar a su destino. Por todas partes la gente se paraba a mirarlos.

Finalmente, Gabriel se detuvo frente a un pequeño edificio circular, parecido a un templo griego y la dejó sobre el suelo. Aunque todo lo que la rodeaba parecía hecho de luz condensada, ella lo sintió firme bajo sus pies.

Él le señaló la puerta.

—Tenemos que entrar. Tú quédate en el centro y déjame hablar a mí. Todo irá bien.

Hablaba otra vez como un hombre, tal y como Lola lo había conocido. Eso la tranquilizó.

Franqueó la puerta, decidida. A través de un corto pasillo se internó en un pequeño espacio. Tres figuras de luz ocupaban las tres esquinas de un cuadrado imaginario.

Lola se adelantó hacia el centro de la sala y se giró hacia la esquina vacía, donde Gabriel ya se había situado, completando el dibujo.

Se había despojado de su disfraz humano y se veía como el resto de los ángeles, pero ella sabía que era él, podría reconocerlo entre un millón de ellos. Por fin podía verlo como era en realidad.

Y le parecía más hermoso todavía.

—Se presenta ante vosotros el Arcángel Miguel, general del primer destacamento de ángeles.

La voz sonó clara en la mente de Lola, que la reconoció al momento como la del ángel que había intentado prohibirles la entrada a la ciudad. Antes de que pudiese girarse hacia él, una segunda voz resonó en la sala.

—Se presenta ante vosotros el Arcángel Rafael, general del segundo destacamento de ángeles.

Ella miraba a uno y otro ángel, aunque al principio le habían parecido iguales, poniendo atención, era capaz de distinguirlos.

—Se presenta ante vosotros el Arcángel Gavreel, general del tercer destacamento de ángeles.

Lola sintió una sensación de orgullo creciendo en su pecho. La última voz le llegó como si estuviese muy lejos, pues su mirada se fundía con la silueta de luz de Gabriel y estaba totalmente concentrada en esa visión.

—Se presenta entre vosotros el arcángel Uriel, general del cuarto destacamento de ángeles.

Miguel retomó la palabra. Lola no apartó la mirada de Gabriel, pero por las voces, podía saber quién estaba hablando.

—Esto resulta del todo irregular. Solicito que la humana sea excluida del Círculo.

—Esto también la incumbe a ella —dijo Gabriel.

—Estamos de acuerdo con Gavreel —Uriel y Rafael hablaron al unísono.

Miguel parecía frustrado cuando volvió a hablar. Se notaba la tensión en su voz, eso lo hacía parecer más cercano, más humano.

—Lucifer ha vuelto a alzarse. Sus hordas se aproximan a la ciudad. Tenemos que considerarlo una declaración de guerra. Debemos dejar de lado a la humana y obrar como siempre hemos hecho.

Gabriel tomó la palabra, impaciente.

—Lola no es una mortal cualquiera. Lleva en su interior la fuerza de Haziel. Si Lucifer se ha fijado en ella, es por algo. Debemos averiguar qué es, para estar en igualdad de condiciones.

El ángel que se había identificado como Uriel, habló de nuevo.

—Debería quedarse con nosotros, tiene la bendición del Creador.

—Solo para llegar al Círculo —intervino con rapidez Miguel—. A partir de aquí depende de nosotros. Él respetará nuestra decisión.

—Es mi palabra —reiteró Uriel.

—Yo la he traído. —La voz de Gabriel sonó firme—. Ya sabéis cuál es mi opinión.

—Me reafirmo en mi idea de mantenerla al margen —dijo Miguel.

La sala quedó en silencio. Todos esperaban las palabras del arcángel Rafael.

Lola contenía la respiración, no sabía qué sucedería en caso de empate. No quería que esto terminase, no tan pronto. La aventura acababa de empezar y la aterraba y emocionaba a partes iguales.

—Deberíamos averiguar por qué Lola es tan importante para merecer la visita del mismísimo rey de los infiernos. Si va a ser quien decante la balanza de esta guerra eterna, yo quiero tenerla en mi lado.

Ella suspiró. Estaba claro que de momento se quedaba.

—Declaro clausurado el Círculo —proclamó el arcángel Miguel y salió seguido de Rafael.

Uriel tomó forma humana y se acercó a ella. Aparentaba ser un adolescente. Tenía el pelo largo y rubio e iba vestido como un surfista.

—¡Bienvenida, Lola! Estaba impaciente por conocer a la persona que tanto ha trastornado a Gavreel. Tiene fama de ser imperturbable, ¿sabes?

—¿De quién habláis? —Gabriel también había recuperado su familiar forma humana y se aproximaba a ellos.

—De Miguel —se apresuró a contestar Uriel.

—No es que tenga nada en tu contra —le aclaró Gabriel a Lola —, es que todavía se siente responsable de lo ocurrido a Haziel. — Bajó la vista pensativo.

—No es el único, por lo que veo —murmuró Uriel y posó una mano sobre el hombro derecho de Gabriel.

No hablaban, pero Lola estaba segura de que estaban teniendo algún tipo de comunicación. Al cabo de unos minutos, Uriel se separó, guiñándole un ojo.

—Os dejo solos para que podáis hablar.

Ella miró a Gabriel.

—¿Qué tienes tú que ver con la muerte de Haziel?

—Ven conmigo. —La asió con suavidad por el codo y la guio hacia fuera del edificio, a través de un par de calles, hasta una edificación cercana.

Al traspasar el umbral, Lola se paró en seco. Se encontraba en medio de un prado lleno de margaritas. Mirara donde mirara, solo veía una infinita llanura verde.

—¿Dónde estamos? ¿Cómo…? —dijo titubeando.

—Estamos en mi casa. Aquí puede ser como tú quieras. ¿Te gusta?

—Sí. ¡Mola mucho!—sonrió.

—Echaba de menos esa sonrisa.

Tragó saliva. Se acercó con la mirada fija en sus labios, apoyó su mano en la mejilla del ángel y notó que él se ponía rígido.

—No puedo, Lola, estamos en medio de una guerra. Si la ganamos tendremos tiempo para poner en orden nuestra vida. Si la perdemos, no habrá vida. —Tomó la mano de ella y la bajó con suavidad—. No puedo permitir que los sentimientos me controlen. Mi destacamento depende de mí.

Ella asintió en silencio y se alejó unos pasos.

—Dime, ¿qué tienes tú que ver con la muerte de Haziel?

—Empezaré por el principio.

Lola se sentó cruzando las piernas. La tierra era tan cómoda como un colchón de plumas. Miró a Gabriel y se dispuso a escuchar.

—Como ya te he contado, tras el alzamiento, el Creador

mantuvo el libre albedrío solo en sus más fieles. En concreto, en seis de nosotros; Miguel, Rafael, Uriel, Haziel, Hizkiel y yo mismo. Con los caídos no se pudo hacer nada, pues ya estaban fuera de todo control. —Se sentó a su lado, imitándola—. Sobrevino entonces un período de paz. Muchos creyeron que todo había acabado; yo, no. Conocía a Lucero y sabía que no iba a dejar las cosas como estaban, así que me mantuve vigilante.

—¿Te refieres a Lucifer?

—Sí. Creo que en ningún momento ha dejado de pensar en volver a intentar el asalto a las esferas celestiales. Al principio no se interesaba demasiado por los humanos. Si acaso, algún demonio aburrido, subía a divertirse un poco. Cada cierto tiempo nos atacaban y nosotros nos defendíamos. Entre nosotros no podemos matarnos, solo atarnos al abismo por mil años.

—¿Por qué?

—Es el designio del Señor.

—¿De qué…? ¡Ah! Vale.

Gabriel le echó una breve mirada y suspiró.

—Tras cada batalla se sucedía un período de paz. Así estuvimos durante muchos miles de años. Un día, Lucero empezó a interesarse por vuestra raza. Viendo las atrocidades de las que sois capaces, decidió sumaros a sus filas.

—¡Qué bien!

—Los caídos son menores en número, aunque por su crueldad, casi nos igualan en fuerza. Si los seres humanos combatiesen de su lado, nos superarían rápidamente. Los ataques a humanos empezaron siendo puntuales. Yo mismo los solucionaba. Pero cada vez aumentaban y llegó el momento en que no podía controlarlos a todos, así que convertí mi destacamento en un ejército de ángeles guardianes, y durante siglos os vigilamos y protegimos. —Gabriel cambió de posición, estirando las piernas—. Los ángeles santos no ignoramos vuestra parte más cruel, pero también hemos visto las maravillas que podéis crear. Y todos estamos de acuerdo con Miguel en un aspecto; esta no es vuestra guerra y no debéis ser inmiscuidos.

—Entonces, ¿Alicia estaba bajo influencia demoníaca?

—No, simplemente no es una buena persona. No todos los actos de maldad cometidos por la raza humana han sido inducidos por demonios. Sin embargo, Moisés, sí. ¿Y te acuerdas de David la última vez que lo viste?

—Sí. —Lola recordaba la escena—. Estaba muy raro… ¿También estaba poseído por un demonio?

Gabriel la miró muy serio antes de contestar.

—Estaba controlado por Lucero.

Un escalofrío recorrió la espalda de Lola. Intentó alejar la imagen de David rodeado de oscuridad de su mente.

Recordó algunos momentos en los que Inés se había quedado paralizada sin explicación.

—¿Los niños son más difíciles de influenciar? Sé que no tiene mucho sentido, pero creo que Malakiel lo intentó con Inés sin lograrlo.

—No fue por su edad, sino por su alma. Las almas puras son incorruptibles.

Ella asintió, recordando lo blanca que era el aura de la niña.

—Sigo sin saber por qué te culpa Miguel. ¿No era Haziel parte de tu destacamento?

—En un principio, no. Haziel pertenecía al primer destacamento, era la mano derecha de Miguel, su mejor guerrero. Supo lo que yo estaba haciendo y solicitó formar parte de los ángeles custodios. Miguel todavía no me lo ha perdonado.

Una voz que Lola no reconoció, irrumpió de pronto.

—Gavreel, el archiestratega requiere tu presencia en el Círculo.

—Gracias Hizkiel —comunicó y dirigiéndose a Lola añadió—, quédate aquí. Ningún demonio puede atravesar las protecciones de la ciudad celestial, estarás segura. Vuelvo enseguida.

Cuando el ángel se hubo marchado, Lola estiró las piernas y se tumbó en la hierba, relajándose. Cerró los ojos y exhaló con fuerza. Al rato, una voz profunda susurró su nombre. Se incorporó asustada y se encontró de frente con Malakiel.

—¡Ah, eres tú! Que sepas que eres un pésimo ángel guardián. Seguro que te envió Miguel.

Él se encogió de hombros.

—Tú eres mi primera misión, creo que no lo he hecho tan mal.

Lola lo miró intentando adivinar si hablaba en serio.

—Por lo visto, Lucifer me persigue —le dijo—. ¿Sabías tú eso?

El ángel puso su mejor cara de inocencia.

—No tenía ni idea. Pero no importa, aquí no puede alcanzarte. Estás a salvo.

Ella volvió a tumbarse en la hierba.

—Motivo de más para irte, no te necesito.

Le hizo un gesto con la mano invitándolo a salir.

La silueta de Malakiel tembló unos segundos, como si fuera a disolverse, después volvió a definirse.

—Volveré.

—¡Que te pires, Terminator!

Cerró los ojos y se concentró en el tacto de la hierba bajo sus dedos, acariciando a superficie. Algo fallaba. Giró, tumbándose boca abajo y se dio cuenta; no olía a nada.

Abrió los ojos. La tierra se encontraba a unos centímetros de su nariz, aunque sus sentidos no lo percibían.

Gabriel se materializó en su forma humana junto a ella. Subió la vista desde sus zapatos a su rostro.

—No huele a nada.

—¿Cómo?

—La tierra, las flores. No huelen.

—Porque no son de verdad, solo son una ilusión.

—¡Pues vaya mierda!

—¡Esa boquita, Lola!

Ella se levantó y echó un vistazo a su alrededor.

—Estaría bien tener un sofá por aquí —dijo distraída.

Gabriel hizo un gesto en el aire con una mano y el piso de Lola apareció de repente.

—No está mal —dijo probando la consistencia de uno de los sillones—. Podías haber aprovechado para meterle un par de metros cuadrados.

Gabriel cruzó los brazos frente a ella.

—Está bien, ¿vale? —corrigió ella—. Está perfecto.

Se dirigió a la cocina, pero al atravesar la puerta del salón volvía a estar en el prado. Regresó e intentó salir por la puerta que conducía al pasillo. Sucedió lo mismo.

—Gabriel, falta el resto del piso.

—No nos hace falta. Aquí no necesitas comer ni dormir.

—¿Y qué hacéis para pasar el rato?

—La mayoría se dedican a la contemplación del Señor.

—Suena apasionante, pero paso. ¿Alguna otra sugerencia?

Uriel se materializó entre ellos con su aspecto de surfista.

—¿Me ha parecido que alguien estaba a punto de aburrirse?

—Creo que nunca me acostumbré a esta forma de aparecer de la nada —dijo Lola negando con la cabeza.

Uriel sonrió divertido.

—Os dejo —habló Gabriel—. Todavía tengo asuntos que tratar con Miguel. —Y salió por la puerta que se suponía que daba a la cocina.

—Está incluso más serio que de costumbre —dijo Lola al aire.

—No se lo tengas en cuenta —le contestó Uriel—. Las cosas se están complicando últimamente y él tiene una gran responsabilidad

aquí.

Ambos permanecieron en silencio durante unos momentos, observando el lugar por donde Gabriel había salido.

Después, Uriel habló de manera despreocupada.

—Bueno, ¿quieres salir a explorar?

Lola sonrió ampliamente por respuesta.

Capítulo 22

Habían estado dando vueltas por la ciudad sin rumbo fijo y acababan de llegar a la verja que delimitaba el lugar.

—Miguel no quería dejarnos entrar hoy. Bueno, supongo que no se trataba de nosotros, sino solo de mí.

Acercó una mano distraída a los barrotes, Uriel empezó a gritarle que no los tocase, pero justo en ese momento su piel hizo contacto con las barras de luz.

Sintió el poder bajo la palma de su mano. Era una sensación fantástica.

Uriel estaba a su lado y la miraba sorprendido.

—Se supone que no puedes hacer eso —le dijo.

Ella se encogió de hombros y apartó la mano.

—Yo ya no doy nada por supuesto.

El ángel giró la cabeza, como si estuviese sopesando alguna idea.

—Ya veo por qué has tenido a Gavreel tan embobado.

Lola notó que las mejillas le ardían, se sintió un poco idiota y echó a andar para que él no se diese cuenta.

—Le interesa el don de Haziel, no yo.

—No estoy tan seguro de eso.

Regresaron a la casa de Gabriel en silencio. Cada uno sumido en sus propios pensamientos.

Se despidieron en el umbral.

Lola se alegraba de poder quedarse un rato a solas, pero al entrar se encontró de nuevo con Malakiel.

—¿Otra vez aquí? ¡Mira qué eres pesado!

La figura del ángel parpadeó y se convirtió en un ser hecho de oscuridad.

—¿Quién eres?

—Pensaba que eras más lista.

—¿Lucifer? ¡No estás aquí! No puedes estar aquí, los demonios no pueden entrar, Gabriel me lo ha asegurado. —Lola alargó la mano hacia la silueta y la arrastró sobre ella. La figura se desdibujó por un instante, como una sombra—. Estás solo en mi mente —dedujo.

Lucifer se rio. Sonó como si alguien estuviese aplastando cáscaras de nuez.

—No creas que no es un gran logro. Se necesita mucho poder para atravesar, aun con la mente, las protecciones del núcleo celestial. Mi señor no se ha olvidado de mí.

Ella frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando? ¿Insinúas que Dios te ha dejado entrar aquí?

—¡Cómo sois los mortales! ¡Siempre tomando su nombre en vano! Debería ofenderme, pero en realidad me divierte.

—Bien, me alegra servirte de divertimento —contestó ella, sarcástica.

La figura se acercó. Ella no tenía miedo, sabía que no podía hacerle daño.

—En las Escrituras hablan del alzamiento de Lucifer, como si fuese un insurgente. Pero me rebelé porque sabía que era lo que él quería de mí. ¿Cómo crees si no que podría haberlo hecho? —Calló unos segundos, como esperando que ella pudiese asimilar la información—. Él me dio el poder para hacerlo. Él me creó. —Volvió a alejarse—. Aquí nadie quiere el puesto de nadie, solo jugamos a la guerra.

—A mí no me parece un juego.

—Entre nosotros no podemos aniquilarnos. Piensa, ¿por qué está muerto Haziel entonces? —La figura vibró durante unos segundos—. Aunque nuestras fuerzas están igualadas, los ángeles santos nos superan en número. Sin embargo, tú… Estoy seguro de que podrías cambiar eso. Eres más valiosa que millones de humanos normales. Eres el primer mortal en ver las esferas celestiales. ¿Aún piensas que no eres especial? —La voz se había vuelto sedosa, cautivadora—. Quizás no te lo hayan dicho lo suficiente... Ellos no te entienden como yo. —La figura se debilitó un poco—. ¿Por qué crees que Gabriel se interesa por ti? ¿No te has preguntado por qué un ángel tan poderoso se preocuparía tanto por una humana?

Lola bajó la vista hacia el suelo. Lucifer continuó hablando.

—Amaba a su hermano Haziel y ama lo que hay de él en ti. ¿Te ha presentado como su pareja? Nunca te reconocerá como una igual. Se avergüenza de ti. —La silueta comenzó a hacerse borrosa —. No le digas a Gabriel que me has visto. No me dejará regresar a ti porque no quiere que sepas la verdad —dijo, y desapareció en el aire.

—¡Lola!

La voz de Gabriel a su espalda la sobresaltó.

Cuando se giró vio dos figuras de luz. A una de ellas la

reconoció en el acto como su ángel.

—¿Ha sucedido algo? —dijo él regresando poco a poco a su forma humana—. Hizkiel ha detectado una perturbación en las protecciones y he venido de inmediato para asegurarme de que estabas bien.

La figura de luz que estaba a su lado hizo un movimiento que ella interpretó como una reverencia.

En un acto de inconsciencia, rodeó la cintura de Gabriel con un brazo y se acercó con intención de besarlo.

Él se apartó como si su contacto le quemase y la miró horrorizado. Hizkiel se diluyó rápidamente en el aire.

Una sensación de frío la recorrió haciéndola estremecer. Las palabras de Lucifer resonaban con claridad en su mente.

—Voy a dar un paseo —dijo, y salió al prado y empezó a caminar sin ninguna dirección.

Había decidido que todavía no quería hablarle a Gabriel de su encuentro con Lucifer. Necesitaba tiempo para reflexionar.

Llevaba caminando sin cansarse un tiempo imposible de definir cuando Gabriel se materializó frente a ella.

—Ven conmigo, el enemigo está a las puertas de la ciudad y Miguel está convocando a todos.

El paisaje del prado se desvaneció de repente. Se encontraban en la calle, frente al templo donde se había realizado la reunión del Círculo a su llegada.

Lola vio una multitud de ángeles portando espadas que parecían estar hechas de luz. Todos se dirigían hacia el mismo punto. Al introducirse en la corriente, descubrió que Gabriel también llevaba un arma. Su rostro era inexpresivo.

Quizás fuese un buen momento para empezar a sentir miedo, pero tal y como estaba, rodeada de ángeles, solo podía sentir paz.

En ese estado de ingravidez llegaron a las puertas de la ciudad. Los ángeles que los predecían se situaron formando perfectamente ordenados, continuando las filas de los que ya estaban allí. Ellos siguieron hasta la verja.

Aunque debían de haber recorrido una larga distancia, lo habían hecho en muy poco tiempo.

Gabriel se situó a la derecha de Miguel. A la izquierda de este, Lola reconoció al arcángel Rafael. Todos irradiaban serenidad, portaban una espada y se mantenían tan inexpresivos como Gabriel, con la mirada al frente.

Cuando ella dirigió la vista hacia ese punto, distinguió una masa de oscuridad al otro lado de la verja. Al intentar aguzar la vista para

distinguir algo más, notó un movimiento a su lado. Uriel acababa de situarse a su derecha.

Volvió a ser un adolescente por unos segundos y le guiñó un ojo, pero al instante se convirtió en una figura de luz, inexpresivo y armado como el resto.

Al echar la vista atrás, Lola vio miles de hileras con figuras. Se extendían a los lados y hacia el fondo, hasta donde alcanzaba la vista. En ese momento fue consciente de que se hallaba en la primera fila de un ejército.

Al volver la vista al frente, le pareció que la masa de oscuridad se había hecho más grande. Comenzó a adivinar figuras que se movían en ella. Una sombra se independizó de la masa y avanzó hasta quedar a unos metros de la verja. Allí, se dividió en tres figuras.

—Son los malakim —le susurró Uriel—. La mano derecha de Lucifer.

Miguel avanzó hasta situarse frente al grupo, manteniendo la protección de la verja entre ellos. Aunque permanecían en silencio, Lola sabía que estaban manteniendo algún tipo de comunicación.

Miró hacia Gabriel, deseaba acercarse más a él, sentir su contacto tranquilizador, pero permanecía serio e inmóvil, ignorándola.

Después de lo que a Lola le pareció una eternidad, los líderes retrocedieron hasta sus respectivos grupos. Mientras los malakim se fundían en la masa de oscuridad, Miguel se acercó a Gabriel.

—Llévatela lejos. No va a ser seguro para ella estar aquí.

Gabriel asintió en silencio y tomó la mano de Lola, levantándola del suelo. Avanzaron con velocidad, deshaciendo el camino que habían recorrido antes.

Ella miró hacia atrás y antes de perder al grupo de vista, pudo ver que Miguel estaba de frente a su ejército, con la espada alzada sobre la cabeza, iniciando un extraño canto. Una línea tras otra los ángeles se unían al canto alzando sus espadas. Mientras, detrás de ellos, un mar de oscuridad amenazaba con arrasar la ciudad.

Gabriel giró una esquina y Lola perdió de vista el campo de batalla, aunque el estruendo de los demonios, que intentaba enmudecer el canto de los ángeles, los persiguió durante un rato.

Llegaron a la puerta que daba acceso al salón de su piso, que era en realidad el umbral de la casa de Gabriel.

Él la dejó en el suelo con suavidad, recuperó su aspecto humano y la miró a los ojos.

—Entra y no te muevas de aquí hasta que venga a buscarte.

Ella alzó sus manos sobre las mejillas del ángel, incapaz de controlarse para no tocarle.

—Ten mucho cuidado —susurró.

Gabriel le bajó las manos con suavidad, sonrió con tristeza y se diluyó en el aire.

Lola entró en la habitación y se sentó en el sofá. Ojalá pudiese dormir un poco, en lugar de tener que estar allí sola, dándole vueltas a la situación en su cabeza.

El silencio era total y no dejaba de pensar en Gabriel y en lo que pasaría si esta vez ganaban los demonios.

No había manera de controlar el tiempo. No estaba segura de si habían pasado minutos u horas cuando una figura conocida se materializó frente a ella.

—¡Lucifer! ¡Qué estás haciendo aquí! —El demonio permanecía en estado inmaterial, como un ángel hecho de oscuridad, pero ella ya podía reconocerlo con facilidad.

—He venido a reclamar lo que es mío.

—¿De qué estás hablando?

—Las cortes celestiales están diezmadas. Miguel ha accedido a un pacto, tu vida por los cuatro destacamentos. Es un trato generoso por mi parte.

Lola sintió un estremecimiento.

—Gabriel nunca habría aceptado eso.

—Miguel no le ha pedido su opinión. Sabes que tienes que venir conmigo. ¿O quieres cargar por la eternidad con la responsabilidad del exterminio angélico?

—¿Cómo puedo estar segura de lo que dices?

Lucifer rio largo rato.

—No puedes. Lo que sí puedes estar segura es de que si no vienes conmigo ahora mismo, no volverás a ver a Gabriel. ¿No darías tu vida por él? Haziel la dio por ti.

Sintió que le habían clavado un puñal helado en el corazón. Y cuando Lucifer alargó el brazo, no lo dudó ni un segundo. Se acercó a él y le ofreció su mano.

Cuando las sombras apenas rozaban las yemas de sus dedos, una luz brotó de su cuerpo convirtiéndose en una barrera que impedía que llegara hasta el demonio. Sintió que esa energía entre ambos la hacía retroceder.

Lola, confusa, estaba intentando acercarse de nuevo a Lucifer cuando una silueta de luz blanca se abalanzó sobre él blandiendo una espada.

Los dos se estaban moviendo demasiado rápido. Estaba

intentando averiguar si se trataba de Gabriel, cuando sintió que él la abrazaba por la espalda alejándola de la lucha.

—¿Qué pretendías, Lola? —Gabriel adoptó con rapidez su apariencia humana. Nunca lo había visto tan asustado.

Ella no lograba articular palabra. Reconoció a Miguel como el ángel que se había lanzado sobre Lucifer, pero apenas podía seguir los movimientos de los contendientes.

El ángel caído tenía mayor velocidad, aunque las estocadas del arcángel cada vez se acercaban más a su objetivo.

Al fin, la espada de luz atravesó la sombra dividiéndola en dos.

—¡Lucifer, yo te ato! —La espada brilló un momento con más intensidad y la sombra se deshizo en un polvo negro que cayó con pesadez al suelo.

Miguel se giró con brusquedad y su voz tronó en la mente de Lola.

—Estúpida humana, ¿¡qué pretendías!?

—Él me dijo que habíais hecho un pacto, que debía ir con él para salvar la vida de los ángeles.

—Lola, ¿le creíste? —Gabriel se inclinó sobre su oído.

—Yo… —Miraba alrededor pidiendo disculpas.

—Un ángel no negocia con vidas humanas —aseveró Miguel, y salió de la estancia con dignidad.

Lola se dio la vuelta para enterrar el rostro en el pecho de Gabriel. Él no se apartó. Al contrario, la estrechó con más fuerza.

—¿Se ha acabado? —le preguntó.

—Nunca se acaba. Pero tardarán un tiempo en reorganizarse. —Le tomó el rostro con ambas manos y la miró a los ojos—. Soy libre por mil años y quiero pasarlos a tu lado.

—No creo que viva tanto tiempo.

—Cuando mueras podremos volver aquí.

—¿Y después de mil años?

—Habrá otra guerra, la ganaremos y vuelta a empezar.

—Lucifer dijo…

—Olvídalo, cualquier cosa que te haya dicho es mentira. —Le acarició el pelo con delicadeza—. ¿Qué te dice el corazón?

Una corriente eléctrica le recorría el cuerpo, el mismo fuego que le quemaba en el pecho, ardía en el fondo de los ojos de Gabriel.

—Que no quiere que te alejes de mí. Jamás.

—Te lo prometo —susurró—. ¿Sabes? Miguel me ha pedido perdón. Uriel ha estado hablando con él y ha comprendido que la decisión de Haziel fue enteramente suya. Sus palabras me han hecho reflexionar. Ni él, ni yo, somos responsables.

Lola escuchó la voz de Uriel y supo que se había materializado en la estancia.

—¡Lola! ¿Estás bien?

Ella asintió en silencio hacia el recién llegado.

—Uriel, dime qué ha pasado —pidió Gabriel.

—En cuanto han notado que Lucero había sido atado, ha estallado el caos. Ya se han dispersado todos. Algunos de los nuestros han caído al abismo, pero encontrarán el camino de regreso.

—¿Como sabíais que Lucifer estaba aquí? —preguntó Lola atreviéndose a separarse unos centímetros.

—Recibimos una llamada de auxilio… no entiendo quién… —Gabriel miraba a un lado y a otro confundido.

—¡Por el Creador, Gabriel! ¿Cuándo te has vuelto tan tonto? —Se rió Uriel—. Parece que ya sabemos por qué Lucifer tenía tanto interés en Lola. Puedes manifestarte pequeña, ahora estás segura.

Rafael entró apresuradamente.

—¿Estáis todos bien? —Se fijó en Lola—. ¿Por qué está la humana rodeada de luz? —La comprensión modificó su rostro y pareció horrorizado—. Gavreel, ¿qué has hecho?

—Bueno, bueno, ya es un poco tarde para lamentarse. Vamos a darles un poco de espacio. —Uriel empujó con suavidad a Rafael apartándolo de la pareja y este se dejó ir—. Tienen mucho de qué hablar.

Lola se separó de Gabriel y observó sus manos. Su piel había empezado a brillar de una manera extraña. Todo su cuerpo estaba rodeado de materia angélica.

—Pensaba que no podía ver mi aura —dijo.

—No puedes. Estas viendo el aura de otra persona. —Gabriel posó sus palmas sobre su abdomen—. Es una niña, por cierto.

Miguel se materializó casi entre ellos. Miró a Lola, y después bajó sus ojos hasta su vientre.

Ella bajó sus manos y las apoyó sobre su barriga, cubriendo las de Gabriel, como si de algún modo pudiesen bloquear esa mirada.

Miguel alzó sus ojos de nuevo hacia el rostro de ella y sus facciones dibujaron una mueca de asco.

Dirigió su disgusto hacia Gabriel, su silueta se desdibujó en una figura de luz y desapareció.

Su ángel le dirigió una mirada llena de dolor y, como obedeciendo una orden no dicha, se convirtió en luz y desapareció también.

Rafael y Uriel se acercaron de nuevo a ella.

—Lo siento —dijo el primero y desapareció del mismo modo que sus compañeros.

—¿Qué está pasando? —preguntó Lola.

—Lo que ha hecho Gabriel es muy grave. Hay bastantes probabilidades de que le prohíban regresar a la tierra.

—No lo ha hecho él solo. Quiero hablar en su defensa.

Uriel negó con la cabeza con gesto triste.

—No puedes ayudarlo. Esto es cosa nuestra. Pero no te preocupes. —Su ánimo mejoró de nuevo—. Que tenga pocas probabilidades no significa nada en realidad, la estadística es algo inventado. Por vosotros, por cierto —dijo sonriendo—. Nunca dejará de sorprenderme ver cómo os pasáis la vida inventado cosas para hacer encajar el mundo que es, en el que suponéis que debiera ser. En fin, será mejor que te lleve a casa.

Capítulo 23

De vuelta a su cuerpo mortal, Lola comprobó que, durante todo el tiempo que había estado fuera, en el mundo terrenal tan solo habían pasado unos minutos.

—Lamento dejarte en este momento, pero debo regresar para hablar en favor de Gavreel. Ha sido un placer conocerte. Conoceros —corrigió haciendo una reverencia—. Espero volver a veros algún día.

—¡Gracias, Uriel! —respondió de forma mecánica, algo conmocionada.

El ángel salió por la puerta de la habitación.

Ella vio un resplandor en el pasillo y supo que se había marchado.

Lo primero que hizo fue ir al supermercado a comprar un test de embarazo.

Mientras esperaba en la cola de la caja se le dio por pensar si reaccionaría al test, ¿qué tipo de ser llevaba en el vientre? Quizá necesitase un test para ángeles.

Le dio la risa nerviosa y apenas podía controlarse. La chica de la caja la miró brevemente, por el comportamiento de su aura, estaba un poco asustada.

Cuando vio la doble raya en el bastón se asustó de verdad. Esas marcas le hacían tomar conciencia de la realidad y las palabras del arcángel Rafael resonaban una y otra vez en su mente.

«¿Qué has hecho?»

Pidió cita urgente en su ginecólogo. Se presentó allí llena de dudas, pero resultó que todo iba perfecto.

En apariencia, su embarazo era normal.

Se armó de valor para ir a visitar a Hugo. Él la hizo pasar a su despacho y cerró la puerta.

—¿Vienes a pedirme que te permita reincorporarte? —le dijo—. Porque lo haría encantado.

—No, pero gracias por el ofrecimiento.

—Lola, eres de lo mejor que he tenido por aquí. Tienes una capacidad de empatía envidiable.

—Gracias. La verdad es que voy a dar el paso, voy a trabajar por mi cuenta y me iría bien algo de ayuda.

—¿Me vas a hacer la competencia y me pides ayuda? —Una gran sonrisa se dibujó en su cara.

—Pues sí, déjame que te cuente.

Una hora más tarde salió del despacho sonriendo. Algunos de sus antiguos compañeros la miraron, aunque nadie dijo nada.

Ella pasó de largo y salió. Había quedado con María y tenían mucho que hablar.

—¿Qué estás, qué? Tía, si es una excusa para que te perdone, lo veo demasiado.

Estaban en un bar, cerca de la casa de Lola.

Su amiga había querido pedir cerveza para las dos y ella acababa de explicarle por qué no era una buena idea.

—No es una excusa. Pero sí, quiero que me perdones. Creo que me he comportado como una idiota contigo últimamente.

—¿Crees?

—No, lo sé. Me he comportado como una imbécil.

—¡Vale! Puedes dejar de fustigarte. —María sonrió—. Nuestra amistad es más fuerte que esto, lo sabes, ¿no?

Lola asintió en silencio dando gracias al cielo por tener a una persona como María en su vida.

—Bueno, pasemos a temas más importantes. ¿Quién es el padre?

—Eh… ¡Ay! —Se quejó agarrándose el estómago. Se levantó de la silla y cogió su bolso—. Tengo una nauseas horribles, me voy a casa.

—¡Espera! Te acompaño.

—No, no, tranquila. Ya hablaremos.

Y salió corriendo antes de darle tiempo a reaccionar.

Cuando entró en el piso se encontró a su ángel en el salón.

—¿Estás aquí de verdad?

—De verdad y para siempre.

Gabriel permanecía a su lado con su habitual apariencia humana, pero estaba rodeado de luz. Ahora sabía que no eran sus ojos los que le estaban mostrando ese aura. Todavía estaba conmocionada.

Sacó los informes del ginecólogo y se los tendió.

—Parece que todo es normal. Todo lo normal que podría ser, supongo. —Se encogió de hombros—. Esta vez sí que la he liado bien —añadió, y no pudo evitar que se le escapara una risa algo histérica.

Él cogió los documentos y los apartó sin leerlos.

—No lo has hecho tú sola —dijo.

Después posó las manos en sus hombros y las dejó deslizar por sus brazos en una tierna caricia.

—Se me ha dado la oportunidad de vivir una vida a tu lado y quiero aprovecharla. Con todo lo que me ofrezca.

—¿Estás seguro? —insistió Lola.

Gabriel asintió en silencio. Una gran sonrisa iluminaba su rostro.

—Pero lo que importa es que tú estés segura de que quieres lo mismo. Escucha a tu corazón.

Lo hizo. Y ya no tuvo dudas. Sonrió y se fundió en un largo abrazo con su ángel.

AGRADECIMIENTOS

Eternamente, a Ana y Alex, mis escuderos más fieles.

A David Orell, por la maravillosa portada y por empujarme a ir un paso más allá como escritora.

A Marisa M. R., Jessica Galera Andreu y Carlos Blanco, por sus acertadas correcciones.

A todos los lectores que tuvieron alguna vez palabras bonitas para mis novelas, y también a aquellos que aportaron crítica constructiva.

Pero, especialmente, gracias a ti. Muchas gracias por comprar esta obra. Espero que hayas disfrutado leyéndola.

Si quieres, puedes conectar conmigo a través de las redes sociales o hacerme una visita en mi blog, donde podrás leer reseñas y artículos sobre fantasía juvenil o participar en retos de lectura y escritura.

www.adellabrac.com

Espera, no te vayas todavía, tengo que pedirte algo.

Las opiniones de mis lectores son importantes para mí y pueden ayudar a otra persona a saber si este es el estilo de historia que busca, *o no*, así que si quisieras dejar un comentario, que sepas que me haría muy feliz.

¿Me haces ese favor?